

folios

MEDELLÍN, JUNIO DE 1998 - NUMERO 3

Una publicación de la Especialización en Periodismo Investigativo
de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia
ISSN - 0123 - 1022



ORÍGENES DE UN ESCRITOR DE NO FICCIÓN
Gay Talese

LA PESADILLA
Luis Felipe Atehortúa

EL JARDÍN DE LOS NIÑOS MUERTOS
Luz Enith Arias

NO HAY TAL LUGAR
Marco Antonio Mejía

UN GRITO AHOGADO CONTRA LA CORRUPCIÓN: ¡DESTAPEN!
Arturo Giraldo Suárez

NEUTRALIDAD ACTIVA: EL DERECHO A VIVIR EN PAZ
Marcela García

LA TORMENTA SOBRE "ALIANZA OSCURA"
Peter Kornbluh

XIMÉNEZ: TRAGICOMEDIA DE UN REPORTERO
Andrés Vergara

UN EMPLEADO DEL GOBIERNO EN EL ESPECTADOR
Alberto Donadio

ISSN-0123-1022

NUMERO 3
Julio de 1998

Una publicación de la Especialización en Periodismo Investigativo de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia.

Ciudad Universitaria. Bloque 12
Oficina 12-121 Apartado Aéreo 1226
Medellín, COLOMBIA

Director
Juan José Hoyos

Editora y Coordinadora de la Especialización
Maryluz Vallejo

Comité Editorial:
Carlos Agudelo
Juan José Hoyos
Maryluz Vallejo
Alberto Donadío

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

Rector:
Jaime Restrepo Cuartas
Vicerrector General:
Luis Fernando Jaramillo Salazar

FACULTAD DE COMUNICACIONES

Decana:
Maria Elena Vivas López

Las opiniones expresadas por los autores no comprometen a las empresas periodísticas a las que están vinculados ni a la Universidad de Antioquia.

Contenido

1

LA PESADILLA
Luis Felipe Atehortúa

27

EL JARDÍN DE LOS NIÑOS MUERTOS
Luz Enith Arias

33

NO HAY TAL LUGAR
Marco Antonio Mejía

40

**UN GRITO AHOGADO CONTRA LA CORRUPCIÓN:
¡DESTAPEN!**
Arturo Giraldo Suárez

46

NEUTRALIDAD ACTIVA: EL DERECHO A VIVIR EN PAZ
Marcela García

50

LA TORMENTA SOBRE "ALIANZA OSCURA"
Peter Kornbluh

61

XIMÉNEZ: TRAGICOMEDIA DE UN REPORTERO
Andrés Vergara

68

LA TARJETA PROFESIONAL DE PERIODISMO: Q.E.P.D.

72

UN EMPLEADO DEL GOBIERNO EN EL ESPECTADOR
Alberto Donadío

74

LIBROS

76

LA DURA POLÉMICA DE SILVIA GALVIS Y CAMBIO
Cartas, respuestas y otros documentos para el debate

FOTOGRAFÍAS EN ESTA EDICIÓN DE GABRIEL BUITRAGO

Esta edición

En este tercer número de Folios presentamos una selección de los mejores trabajos de grado realizados por estudiantes de la primera promoción del posgrado en Periodismo Investigativo de la Universidad de Antioquia. Por tratarse de grandes reportajes o amplias series periodísticas, elegimos capítulos que ilustran sobre las técnicas narrativas y la intencionalidad de los distintos trabajos.

Dos de ellos recibieron mención de honor: “Siete años de pesadilla”, sobre la condena que pagó Jorge Argiro Tobón, injustamente acusado del asesinato de Guillermo Cano, realizado por Luis Felipe Atehortúa, y “El aborto como problema de salud pública en Medellín”, de Luz Enith Arias, del cual publicamos un relato de escalofriante realismo. Incluimos una historia tomada del reportaje sobre “Los suicidas de Ciudad Bolívar”, de Marco Antonio Mejía; otro relato sobre un juicio público de los indígenas Emberá, de la investigación sobre “La Neutralidad activa: el derecho a vivir en paz”, de Marcela García, y un fragmento de la investigación histórica realizada por Arturo Giraldo Sánchez sobre el escándalo de la IX Conferencia Panamericana, que se celebraba en Bogotá en 1948 cuando asesinaron a Jorge Eliécer Gaitán.

Fieles al propósito de valorar la tradición del periodismo colombiano, entregamos una semblanza de José Joaquín Jiménez —más conocido como Ximénez—, de quien el año pasado la editorial Planeta publicó una antología, preparada por profesores y estudiantes de periodismo de la Universidad de Antioquia. El autor de este retrato es Andrés Vergara, egresado de la Facultad de Comunicaciones de esta universidad.

También ofrecemos dos traducciones: una del escritor norteamericano Gay Talese, un revelador testimonio sobre sus orígenes en la escritura, y otra tomada de *Columbia Journalism Review* sobre un caso de corrupción denunciado por el periódico *San Jose Mercury News* como “La Alianza Oscura”, en el que se destapa la complicidad entre la Cía, la Contra nicaragüense y un clan de vendedores de droga en los Estados Unidos.

En el panorama nacional, la polémica que sin duda ha puesto a trastabillar al muy endeble Cuarto Poder, a periodistas profesionales y empíricos, a estudiantes, académicos y, en general, a todos los opinadores de oficio, se originó con la sentencia de la Corte Constitucional que declaró inexecutable la Ley 51 o Estatuto del Periodista. En Folios quisimos registrar algunas declaraciones a favor y en contra del fallo, en un intento de ordenar un poco el caos y de ofrecer a los lectores, ya apaciguados los ánimos, este debate que, si se mira positivamente, puede servir de revulsivo a la mediocre enseñanza del periodismo y al laxo ejercicio de la profesión.

Y como confiamos en los efectos profilácticos de la crítica, damos la bienvenida a un nuevo miembro del comité editorial y colaborador de esta revista, Alberto Donadío, quien en esta ocasión cuestiona el nombramiento de Rodrigo Pardo, una ficha del gobierno Samper, como director de *El Espectador*, con toda la ironía que encierra este cambio de timonel en el más antiguo de los diarios colombianos.

Orígenes de un escritor de no ficción

GAY TALESE

Traducción de Maryluz Vallejo
y Juan José Hoyos

Reproducido del libro *Writing creative nonfiction. The literature of reality*, publicado por HarperCollins College Publishers. New York, 1996

I

Vengo de una isla y de una familia que reforzaron mi identidad como un americano marginal, un "outsider", un extraño en mi propia nación. Pero en lugar de que esto impidiera mi asimilación a la corriente normal de la vida, me guió por un sendero interesante, familiar a muchas personas que buscan volverse escritores.

Mis orígenes son italianos. Soy el hijo de un sastre sobrio, pero elegante, de Calabria y de una madre italo-americana, amable y emprendedora, que metió con éxito a nuestra familia en el negocio de los trajes. Fui educado por monjas y sacerdotes católicos irlandeses en una pobre escuela parroquial en la isla de Ocean City —bajo control protestante— al sur de la línea costera de New Jersey, donde nací en 1932.

Esta comunidad de ventiscas y arenas barridas se fundó primero como un retiro religioso en 1879 por ministros metodistas. Ellos deseaban asegurar la presencia

de Dios en la playa para librar al verano de la corrupta exhibición de la carne y eliminar las tentaciones del alcohol y otros espíritus del demonio que veían rondando tan libremente como los mosquitos de los pantanos. Como esos ministros de la moderación no lograron difundir todas sus virtuosas ambiciones, inculcaron en la isla un sentido victoriano de represión y de hipocresía que se mantiene hasta hoy.

La venta de licores sigue prohibida. Muchos negocios se cierran en el "Sabbath". Las torres de las iglesias surgen prominentes en un cielo impoluto. En el centro del pueblo están las casas blancas como pan de jengibre con amplios porches, torrecillas y cornisas que conservan la apariencia de la América de finales del siglo pasado. En mi juventud una joven y voluptuosa mujer que caminaba por la playa usando un pequeño bikini podía hacer fruncir el pacífico ceño de las matronas decentes del pueblo, si no de los hombres de mediana edad que ocultaban su lascivia detrás de unas gafas oscuras de sol.

En este sitio donde la sensualidad y el pecado estaban

"Es obvio que mi trabajo estaba basado en un estilo anticuado: caminar mucho, gastando la suela de los zapatos, pasar muchas horas con el personaje de la historia, día tras día (justo como yo había pasado tantas horas de mi juventud en el almacén de mis padres, observándolo todo y escuchando) —el "Arte de colgarse a la gente," lo he llamado así algunas veces. El es una parte fundamental de mi trabajo junto con ese otro elemento que yo he mencionado mucho, un regalo de mi madre: la curiosidad. Mi madre sabía que hay una diferencia entre ser curioso y ser entrometido. Y esta distinción me ha guiado siempre cuando observo a la gente que entrevisto y a la hora de escribir, cuando los presento en mis reportajes..."

siempre en delicado balance, cultivé una curiosidad insaciable que coexistía con mi sexualidad adormecida por las monjas. A menudo iba después de la cena a desenterrar almejas en la arena, pero a veces me encaminaba solo hacia los botes dejados en la playa, detrás de los cuales se acariciaban las más amorosas parejas de adolescentes de la isla; después, sin embargo, me adapté a las reglas establecidas en mi escuela parroquial para dormir: dormía de espaldas, con los brazos cruzados en mi pecho y mis manos descansando en los hombros opuestos, una postura que presumiblemente hace imposible la masturbación. Al amanecer servía en la misa como acólito a un sacerdote con aliento a whisky, y después de la escuela trabajaba como mensajero en la tienda de ropa de mi familia que atendía a respetables mujeres de amplios medios y figuras. Se trataba de las esposas de los ministros, de los banqueros, las jugadoras de bridge, las chismosas. Eran las damas enguantadas de blanco, que en el verano evitaban la playa y las caminatas por el malecón para gastar cantidades considerables de tiempo y dinero a lo largo de las principales avenidas en almacenes como el de mis padres, donde en medio de los susurros de los ventiladores y de las delicadas atenciones de mi madre en los vestieres, podían probarse la ropa mientras chismoseaban sobre sus vidas privadas y los sucesos y desgracias de sus amigas y vecinas.

El almacén era una especie de "show de conversadores" que giraba alrededor de las simpáticas maneras y de las bien cronometradas preguntas de mi madre; y como un niño no es mucho más alto que los mostradores detrás de los cuales solía pararme para fisgonear y

escuchar, aprendí mucho de lo que podría serme útil años después cuando comencé a entrevistar gente para los artículos y los libros.

Aprendí a escuchar con paciencia y atención y a no interrumpir nunca cuando la gente tenía grandes dificultades para explicarse, porque durante esos momentos de vacilación (como me enseñó mi paciente madre) la gente era más reveladora —las dudas al hablar resultaban muy dicientes—. Sus pausas, sus evasivas, sus repentinos cambios en el tema de conversación eran claros indicadores de lo que los avergonzaba o irritaba, o de lo que ellos miraban como demasiado privado para descubrirlo ante otra persona en ese momento. Sin embargo, también alcanzaba a escuchar a mucha gente hablando ingenuamente con mi madre sobre aquello que primero habían evitado —una reacción que pienso tenía menos que ver con su naturaleza curiosa o con sus preguntas de aparente sensibilidad, que con la gradual aceptación de ella como su confidente—. Las mejores clientes de mi madre fueron mujeres menos necesitadas de nuevos trajes que de comunicarse.

La mayoría de ellas nació en privilegiadas familias de Filadelfia, de antepasados anglosajones o alemanes, y eran generalmente altas y de talla grande, como bien las tipificaba Eleanor Roosevelt. Sus bronceadas, curtidas y agradables caras estaban doradas como resultado de su devoción a la jardinería, que ellas describían a mi madre como su pasatiempo favorito en el verano. Reconocían no haber ido a la playa en mucho tiempo, usando durante esos años lo que yo

supongo eran trajes de baño modestamente diseñados para atraer una segunda mirada del guardacostas.

Mi madre había sido criada en un vecindario de Brooklyn, habitado principalmente por familias inmigrantes de italianos y judíos, y aunque adquirió cierta conciencia de la moda durante los cuatro años previos al matrimonio en que trabajó como proveedora en el almacén más grande de la ciudad, sólo vino a conocer un poco acerca de la América protestante cuando se casó con mi padre. El había dejado Italia para vivir un tiempo en París y en Filadelfia antes de establecerse en la isla de pan blanco de Ocean City, donde comenzó un negocio de sastrería y lavandería y después, asociado con mi madre, la boutique de ropa.

Aunque las precisas y reservadas maneras de mi padre y el cuidado diario que ponía a su apariencia le daban un aire de compatibilidad con los más escrupulosos y prominentes hombres del pueblo, fue mi madre la que estableció los lazos con la sociedad de los isleños, por intermedio de las mujeres que cultivaba primero como clientas y eventualmente como amigas y confidentes. Ella acogía a esas mujeres en el almacén como si estuvieran en su casa, las invitaba a sentarse en las sillas de cuero rojo fuera de los cuartos de ropa, y me enviaba a mí a la tienda de la esquina por sodas y té helado para obsequiarles. No permitía que las llamadas telefónicas interrumpieran sus conversaciones, dejando que mi padre o algunos de los empleados tomaran los mensajes. Y aunque hubo una o dos clientas que abusaban de su paciencia como oyente, obligándola a ocultarse en el cuarto de las mercancías tan pronto como las veía venir, la



mayoría de lo que yo escuchaba y de lo que era testigo en el almacén fue mucho más interesante y formativo que todo aquello que aprendí de los censores de túnicas negras que me enseñaron en la escuela parroquial.

Ciertamente, en esas décadas desde que dejé la casa, tiempo del que retengo una clara memoria de mi juventud con la oreja parada atento a las voces de esas mujeres, me parece que muchos de los asuntos sociales y políticos que han sido debatidos en América en la segunda mitad del siglo veinte —el papel de la religión en la alcoba, la igualdad racial, los derechos de las mujeres, la difusión de películas y publicaciones sobre sexo y violencia— fueron todos discutidos en la boutique de mi madre mientras yo crecía durante los años de la guerra y la posguerra en la década del cuarenta.

Aunque recuerdo a mi padre escuchando hasta tarde en la noche las noticias de la guerra en su radio de onda corta en el apartamento que teníamos encima del almacén (sus dos jóvenes hermanos estaban entonces en el ejército de Mussolini luchando contra la invasión de los Aliados a Italia), lo que me dio un sentido más íntimo del conflicto fue la visita de una mujer llorosa que una tarde llegó a nuestro almacén para contarnos de la muerte de su hijo en un campo de batalla italiano; un anuncio que hizo más profunda la compasión y solidaridad de mi madre, mientras mi angustiado padre permanecía detrás de la puerta cerrada de su cuarto de sastrería en la parte trasera del edificio. Recuerdo a otras mujeres quejándose en esos años de sus hijas que dejaban la escuela para fugarse con los hombres en

servicio o para trabajar como voluntarias en los hospitales, de los cuales ellas frecuentemente no volvían a casa en las noches, y de los esposos de mediana edad que habían sido vistos en bares de Atlantic City después de haber atribuido la ausencia de casa a sus trabajos como supervisores en las plantas de defensa en Filadelfia.

Las exigencias de la guerra y las excusas que proporcionaba eran, por supuesto, evidentes y estaban disponibles en todas partes; pero yo creo que los grandes eventos influyen en las pequeñas comunidades en forma iluminadora, porque la gente termina más involucrada en aquellos lugares donde casi todo el mundo conoce a todo el mundo (o así piensan), donde hay pocos muros detrás de los cuales ocultarse, donde los sonidos llegan más lejos y donde un ritmo menos apresurado permite una mirada más larga, una profunda percepción y, como personificado por mi madre, el placer y el privilegio de escuchar.

De ella no sólo aprendí esta lección que podría ser esencial para mi futuro trabajo como escritor de no ficción buscando la literatura de la realidad; también obtuve desde mi centro de observación del almacén la comprensión de otra generación, esa que representaba una variedad en el estilo, en el comportamiento y en los referentes del pasado, más allá de lo que había encontrado en mis experiencias normales en la escuela y en casa. Sumado a las clientes de mi madre y a sus esposos, quienes ocasionalmente las acompañaban, el lugar era frecuentado por empleadas que ayudaban a mi madre con las ventas y empaques durante los ajetreteados meses de verano; los sastres mayores y retirados que trabajaban con mi padre en el

cuarto de atrás arreglando vestidos y trajes (y, con bastante frecuencia, tratando de remover las manchas de whisky de los trajes de algunos bebedores furtivos del pueblo); los chicos mayores del bachillerato que conducían los camiones de entrega; y los negros itinerantes que operaban las máquinas de presión. Todos los planchadores tenían pie plano por lo que habían sido rechazados del servicio militar durante la Segunda Guerra Mundial. Hubo un militante musulmán que fue el primero en hacerme consciente de las provocaciones con los negros en esa época en que incluso el ejército de los Estados Unidos estaba racialmente segregado. “Servicio militar o no servicio militar”, le escuché decir a menudo, “ellos nunca van a obligarme a luchar en esta guerra de hombres blancos!”

Otro operario de las planchas que entonces trabajaba en el almacén, un hombre macizo con la cabeza afeitada y cicatrices de cuchillo en los antebrazos, tenía una esposa pequeña y peleadora, que entraba con frecuencia al cuarto de vapores a regañarlo ruidosamente por sus hábitos de jugador nocturno y por otras indiscreciones. Recordé la agresividad de ella muchos años después, en 1962, cuando estaba investigando un artículo para *Esquire* sobre el ex campeón de pesos pesados Joe Louis, un hombre a quien había seguido desesperadamente por numerosos bares de Nueva York la tarde antes de nuestro vuelo de regreso a casa en Los Angeles. En el área de reclamo de equipajes en Los Angeles, nos encontramos con la esposa del boxeador (la tercera), quien rápidamente armó una discusión doméstica que me proporcionó la escena de apertura del artículo de la revista.

Después de que mi colega Tom Wolfe lo leyera, lo acreditó públicamente y presentó el reportaje como una nueva forma de no ficción que trae para el lector la más estrecha proximidad a la gente real y a los lugares mediante el uso del diálogo preciso, la reconstrucción de la escena, los detalles más íntimos, incluyendo el uso del monólogo interior —(mi madre podía preguntar a sus amigas “¿Qué es lo que estás pensando cuando dices tal cosa?”, y yo hacía las mismas preguntas sobre las que más adelante escribiría)— sumado a otras técnicas que por largo tiempo estuvieron asociadas con escritores de ficción y dramaturgos. Cuando el señor Wolfe calificó de emblemática de lo que él llamaba “El Nuevo Periodismo” mi pieza sobre Joe Louis, pensé que no merecía este cumplido porque yo no había escrito hasta entonces nada que pudiera considerar estilísticamente “nuevo” desde mi acercamiento a la investigación y al relato que se había desarrollado de forma natural en el almacén de mi familia, buscando el foco y la inspiración sobre todo en los signos y sonidos de la gente mayor que yo veía interactuar día a día como personajes de una obra victoriana —las damas blancas enguantadas sentadas en las sillas de cuero rojas, dando rienda suelta a sus charlas de mitad de tarde mientras miraban soñadoras detrás del toldo de la tienda hacia el distrito de los negocios reverberantes por el sol y el calor en un tiempo que parecía dejarlas atrás.

Pienso en ellas ahora como en la última generación de novias vírgenes de América. Las veo como representantes de estadísticas no registradas en el Kinsey Report —mujeres que no tomaron parte en el sexo

pre-marital o extra-marital o incluso en la masturbación. Imagino que muchas ya estarán en el cielo y se llevaron con ellas sus valores pasados de moda estrechamente atados por los lazos de las restricciones. En otras épocas sentí algo de su reencarnada vitalidad (junto con la vigilancia de las monjas de mi escuela parroquial) en el espíritu neo-victoriano de los años 1990, su influencia en la escritura de las reglas para los encuentros románticos del Antioch College, sus voces en armonía con el feminismo antipornográfico, su presencia flotando sobre nuestro gobierno como institutrices.

Pero mi recuerdo de las damas enguantadas de blanco se mantiene intacto por ellas y las otras personas que fueron clientes o que trabajaron en el almacén de mis padres (además de la curiosidad transferida por mi madre) y que encendieron mi temprano interés por la vida en un pequeño pueblo, por las preocupaciones de la gente común y corriente. Cada uno de mis libros, de hecho, recoge la inspiración de alguna manera de los elementos de mi isla y de sus habitantes, quienes eran típicos representantes de los millones que se desenvolvían familiarmente todos los días en almacenes y cafeterías y a lo largo de los paseos marítimos de los pequeños pueblos, de las ciudades periféricas y de los vecindarios urbanos en cualquier parte del mundo. Y todavía, a menos que tales individuos se hayan visto envueltos en crímenes o sufrido horribles accidentes, su existencia es generalmente ignorada por los medios masivos tanto como por los historiadores y biógrafos, quienes tienden a concentrarse en la gente que se revela a sí misma de alguna manera atrevida o evidente, o quienes surgen desde las

multitudes como líderes, o los triunfadores, o quienes de una u otra manera se vuelven célebres o tristemente famosos.

Como resultado, esa vida cotidiana “normal” en América sólo es retratada en la “ficción” por los novelistas, dramaturgos y cuentistas como John Cheever, Raymond Carver, Russell Banks, Tennessee Williams, Joyce Carol Oates y otros que poseen el talento creativo para darle categoría artística a la vida corriente, y para hacer memorables las experiencias y preocupaciones comunes de hombres y mujeres dignos de la súplica que hace Arthur Miller en nombre de su sufrido vendedor: “Se debe prestar atención a todos”.

Y todavía sigo creyendo, y estoy esperanzado en demostrarlo con mis esfuerzos, que la gente común y corriente también puede ser protagonista de la “no ficción”, y *que sin cambiar los nombres o falsear los hechos*, los escritores pueden producir lo que en esta antología se ha llamado “Literatura de la realidad”. Diferentes escritores, por supuesto, reflejan diferentes definiciones de la realidad. En mi caso se refleja desde la perspectiva y la sensibilidad de un forastero de un pequeño pueblo americano cuya visión exploratoria del mundo está acompañada por la esencia de la gente y del lugar que he dejado atrás, la ignorada población que está en todas partes, pero que muy rara vez es tomada en cuenta por los periodistas y otros cronistas de la realidad porque para ellos no tiene interés periodístico.

Mi primer libro —*Nueva York —Una jornada de hallazgos casuales*— publicado en 1961, presenta los personajes de un pequeño vecindario de Nueva York y revela los intereses vitales de ciertos individuos oscuros que habitan entre las sombras de la ciudad de los rascacielos. Mi siguiente libro, *El puente*,

publicado en 1963, enfoca la vida privada y los amores de los trabajadores del acero y la manera como ellos están ligados a la isla por un puente, y cómo se alternan los personajes de la tierra con los de la isla. Mi primer *best seller* en 1969, titulado *El reino y el poder*, describe los antecedentes de familia y las relaciones interpersonales de mis antiguos colegas de *The New York Times* donde yo trabajé desde 1955 hasta 1965. Este fue mi único trabajo de tiempo completo, que me obligó a pasar todos esos años en la redacción de la calle 43 en las afueras de Broadway. Esa sala de redacción fue mi “almacén”.

Mi siguiente *best seller*, *Honrarás a tu padre*, fue escrito como reacción a la vergüenza de mi padre por el predominio de nombres italianos en el crimen organizado. Crecí escuchándolo quejarse de que la prensa americana exageraba el poder de la mafia y el papel que jugaban en ella los gánsteres italianos. Aunque más tarde mi investigación iba a probar que él estaba en un error, el libro que terminé en 1971 (habiendo tenido acceso a la mafia a través de miembros italo-americanos cuya amistad y confianza cultivé) fue menos acerca de las batallas armadas que acerca de la insularidad que caracterizaba las vidas privadas de los gánsteres y sus familias.

En respuesta a esa represión sexual e hipocresía tan patéticas en mis años formativos, escribí casi que dedicada a los clientes de la boutique de mi madre, *La mujer del vecino*. Publicada en 1980, esta novela sigue las pistas de las definiciones y redefiniciones de la moralidad

desde mi adolescencia en los años treinta hasta la era de la liberación sexual previa al sida que continúa hasta los ochenta: medio siglo de cambios sociales que describo en el contexto de las vidas sencillas llevadas por típicos hombres y mujeres alrededor del país.

El capítulo final en ese libro se refiere a la investigación que hice entre nudistas en playas privadas situadas a veinte millas de mi isla nativa —una playa que visité sin ropa y en la cual pronto pude descubrir que era observado por “voyeurs” que permanecían con sus binoculares a bordo de varios botes anclados en el Yacht Club de Ocean City. En uno de mis primeros libros acerca de *The Times*, *El reino y el poder*, me referí al oficio periodístico que ejercí antes como el de un voyerista. Pero aquí, en esta playa nudista, sin las credenciales de prensa y ni una hebra de ropa, mi papel se revirtió súbitamente. Ahora más que un observador soy observado, y no hay duda de que mi próximo y más personal libro *Unto the sons*¹, publicado en 1991, avanza a partir de esa escena final en *La mujer del vecino*. Es el resultado del afán de exponerme a mí mismo y mis influencias pasadas en un libro de no ficción, sin cambiar los nombres de la gente o de los lugares donde cobraron forma mis personajes. También es un modesto ejemplo de lo que es posible para los escritores de no ficción en estos tiempos de mayor franqueza, de leyes más liberales con respecto al libelo y a la invasión de la privacidad, y de amplias oportunidades para explorar una amplia variedad de temas, incluso, como en mi caso, desde los estrechos confines de una isla.

II

Yo dejé la isla en el otoño de 1949 para irme a estudiar a la Universidad de Alabama. Tenía entonces diecisiete años, la cara marcada por el acné y una inseguridad frente a la gente que no había experimentado antes. La comodidad que había encontrado entre mis mayores cuando fui recadero en la boutique de mis padres, y las muy cultas y personalizadas “maneras del almacén”, que había heredado de mi madre y que me habían congraciado con la élite de mujeres que frecuentaban su boutique en la época de verano, me había dado ventajas nada despreciables durante los meses desiertos y húmedos de baja temporada, cuando tenía que asistir al colegio. Para la mayoría de los adolescentes con quienes pasé mis cuatro años de escuela en un frío edificio de ladrillos a dos cuadras del mar, yo era un compañero de clase apenas de nombre.

Me miraban de diversas maneras: como un ser “complicado”, “reservado”, “presumido”, “distruido”, “raro”, “que vive en otro mundo”, según me describió un grupo de antiguos compañeros en una reunión a la que asistí años después. Ellos también recordaban que durante los días del colegio yo parecía mayor que el resto del grupo, una impresión que atribuyo principalmente a que era el único estudiante que iba a clase todos los días de chaqueta y corbata. Pero aunque parecía que era mayor, no me sentía superior a nadie, y ciertamente nunca fui un líder en ninguno de esos campos en los cuales nos ponemos a prueba

¹ No se ha traducido al español, pero este título remite a una frase bíblica que puede traducirse como “A los hijos”

atlética, social o académicamente.

Por tener una constitución demasiado endeble y no ser muy rápido no podía participar en el equipo de fútbol; en basquetbol permanecía calentando el banco como sustituto de la defensa; en béisbol tenía habilidades para golpear con "buenas manos", pero un estilo errático para lanzar, y el entrenador dudaba siempre en incorporarme a la selección. Mis principales contribuciones al deporte venían después de los juegos cuando regresaba a casa y escribía a máquina acerca de los partidos para el semanario del pueblo, y algunas veces para el diario que se publicaba en Atlantic City. Esta no fue la tarea para la que me buscaron en principio. Por largo tiempo fui uno de los asistentes de los entrenadores encargado de telefonar a la prensa para informar los resultados de esos partidos que los editores juzgaban poco importantes para ser cubiertos por algún reportero de planta. Pero una tarde, durante mi segundo año de colegio, el entrenador auxiliar de nuestro equipo de béisbol protestó porque no tenía tiempo para ocuparse de los marcadores, y por alguna razón el entrenador principal me pidió hacerlo, posiblemente porque me había visto muchas veces rondando cerca del cuarto de *lockers*, haciendo nada, y porque también sabía que yo era suscriptor de varias revistas deportivas (las que solía pedir prestadas y nunca devolvía). Con la falsa creencia de que apoyando al departamento de deportes en sus funciones de prensa podría obtener la gratitud del entrenador y conseguir más tiempo de juego, acepté el trabajo e incluso lo perfeccioné usando mis habilidades de

escritor para comentar los incidentes de los partidos sin limitarme a dar unos datos en frío por teléfono a los periódicos. A veces me vi obligado a reconocer mis torpezas como deportista escribiendo líneas delatorias: [...] *el juego se salió de las manos en el octavo inning cuando, con las bases ocupadas, el disparatado Talese botó la pelota más allá del alcance de la primera base y ésta rodó debajo de las graderías...*

Si bien hubo muchas chicas en el bachillerato que me atraían, yo era demasiado consciente, sobre todo después de mi combate con el acné, como para pedirle una cita a alguna de ellas. Y aunque todas las noches dedicaba horas a mis libros escolares, lo que más atraía mi interés eran esos libros con ideas y observaciones que mis profesores consideraban inútiles y que nunca estaban incluidas en los cuestionarios que ellos formulaban en nuestras pruebas y exámenes. Excepto por mis excelentes calificaciones en clase de mecanografía, que dictaba una mujer voluptuosa, de trenzas rubias y entusiasta de la ópera, que era amiga de mi madre y que dejó mi espíritu flotando cuando comparó los ligeros dedos de mis manos con los de un joven pianista clásico que ella admiraba, mis notas estuvieron por debajo de la media en casi todas las materias, y en la última primavera de 1949 me gradué de bachiller en la escala de los mediocres de mi clase.

A esto se sumó mi consternación al final de aquel verano cuando fui rechazado por todas y cada una de los doce universidades cercanas a mi casa en el estado de New Jersey a las cuales me había presentado. Después contacté a la secretaria del rector para conseguir los nombres y las direcciones de otras

universidades en las cuales podía solicitar ingreso, y el rector en persona hizo una rara e inesperada visita al almacén de mis padres. En ese momento yo estaba arriba, en el balcón de la oficina de mi padre, que daba al cuarto principal del almacén, sentado en su escritorio revisando las listas de despachos del final de la tarde, porque iba a comenzar mi trabajo de verano como conductor de uno de los camiones de la lavandería. No fui consciente de la llegada del rector hasta que escuché su voz fuerte y familiar saludando a mi madre, que estaba en la estantería de los vestidos poniendo las etiquetas de los precios en algunas de las nuevas mercancías de otoño que yo había desempacado temprano.

Mientras miraba ansiosamente, agachado detrás de una de las macetas de palmas colocadas a lo largo del borde del balcón, vi a mi padre viniendo desde el cuarto de sastrería para saludar de mano al rector antes de unirse a mi madre enfrente del mostrador, en tanto el rector aclaraba su garganta ruidosamente, como solía hacer en nuestras asambleas del colegio para dar algún anuncio. Era un hombre delgado, de gafas, con el pelo gris ensortijado, que solía vestir una camisa de cuello blanco redondo adornado con un corbatín de punticos, y colgada de la cadena de un reloj de oro que cruzaba el chaleco de su traje de tres piezas, llevaba su llave *Phi Beta Kappa* incrustada con diamantes que podía ver centelleando desde una distancia de nueve metros. Mi padre, que era el mejor cliente de su propia sastrería, también estaba vestido con estilo, pero había un porte orgulloso en el rector que de alguna forma disminuía a mi padre, o así me parecía, y por eso me resultaba incómodo, aunque

eso parecía no afectarle a mi padre. El permanecía allí muy calmado junto a mi madre, con los brazos cruzados, apoyado contra el mostrador, esperando a que el rector hablara.

“Siento mucho molestarlos a Uds con esto”, comenzó a decir, sin sonar preocupado para nada, “yo sé que su hijo es un buen chico, pero me temo que no sirve para la universidad. Él insiste en enviar solicitudes que siempre le devuelven, y ahora yo quiero apelar a Uds. para que traten de disuadirlo”. Hizo una pausa como si esperara alguna objeción. Como mis padres permanecían en silencio, él continuó en un tono más suave, incluso comprensivo: “Oh, yo sé que ustedes dos quieren lo mejor para su hijo, que han trabajado muy duro para conseguir lo que tienen, y por eso odiaría ver que malgastan dinero en su educación. Creo realmente que lo mejor para ustedes y también para su hijo sería que lo dejaran aquí en el negocio, y quizás prepararlo para que algún día lo pueda manejar, más que perder el tiempo pensando en enviarlo a una universidad y...”

Como mis padres continuaban callados escuchándolo, yo miré abajo a los tres, fijamente, humillado pero no sorprendido por lo que estaba escuchando, y todavía me disgusta que mis padres no hayan dicho nada en mi defensa. No es que me molestara la idea de manejar su negocio: como su único hijo hombre y el mayor de los dos hijos, muchas veces pensé que eso sería inevitable y que podría llegar a ser mi mejor prospecto. Pero también estaba ansioso por escapar de esa isla provinciana que especialmente en invierno era tan desolada; y estaba buscando la universidad como una salida, un destino para el cual yo había ahorrado lo que ganaba

en el almacén y para el cual mis padres habían prometido darme el apoyo económico que necesitara. Todavía no estaba seguro de cómo podría servir a mi carrera una formación universitaria, porque todavía no tenía la certeza de que tendría una carrera, excepto, como el rector dijo tan convincentemente, dentro de los límites del almacén.

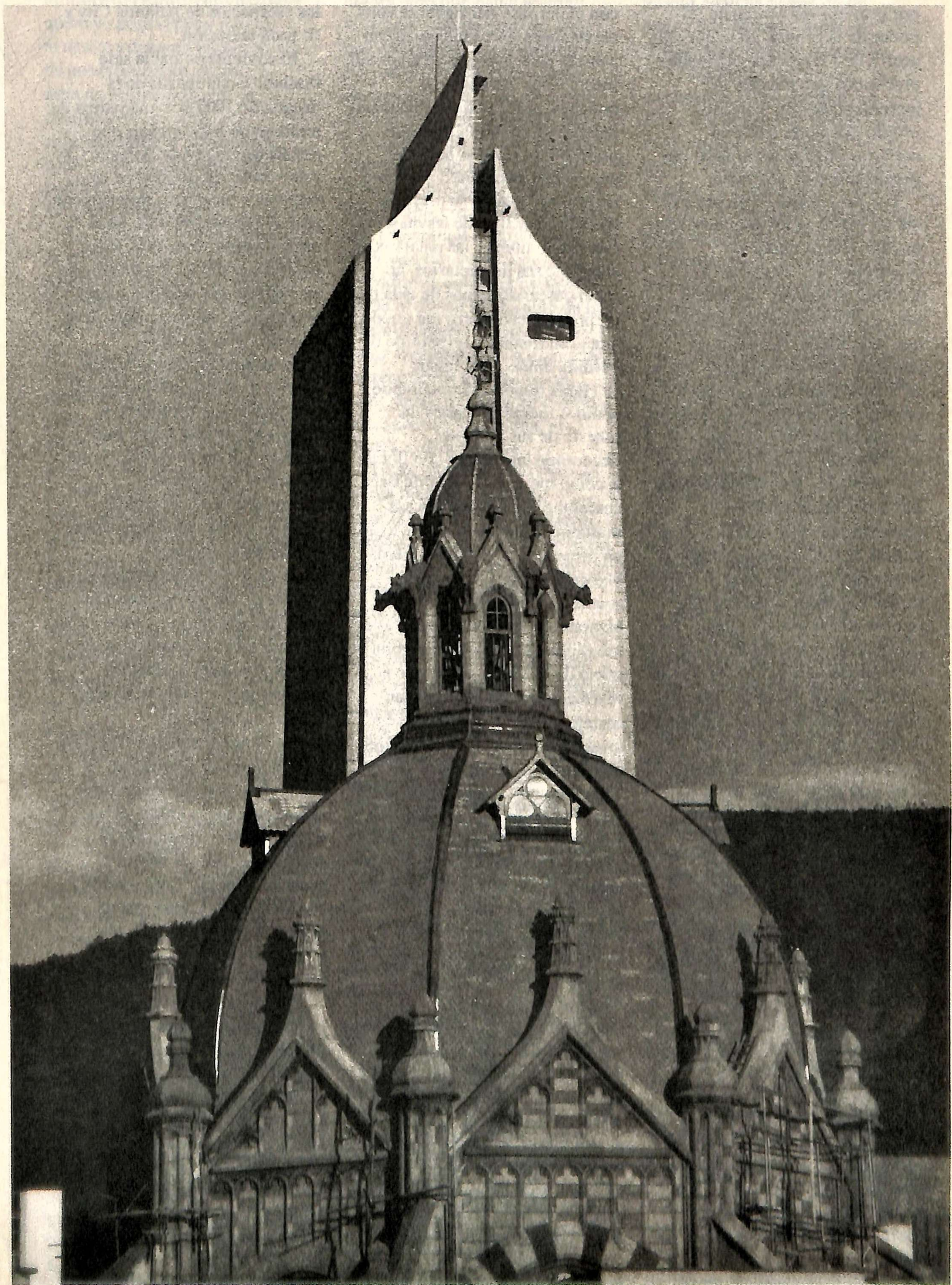
En las siguientes semanas, quizá como reacción a la avalancha de solicitudes rechazadas, mi padre comenzó a decir que me enviaría primero algunos meses a la Rue de la Pax en París, a estudiar sastrería de tipo clásico en la que estaban especializados sus primos italianos. Por último podría prepararme como diseñador de alta costura para trajes de mujer, decía mi padre, agregando animosamente: “Ah, ¡ahí es donde está la plata!”. El renombrado modisto Emanuel Ungaro trabajó una vez como aprendiz de sastre en la empresa del primo de mi padre, y yo mismo no debía despreciar la idea de buscar este entrenamiento de aprendiz durante mi incierto verano después de terminar bachillerato.

También existía otra posibilidad para mí en el periodismo. Además de los informes sobre deportes que había hecho para el semanario del pueblo, colaboré durante mi segundo año de colegio con una columna llamada “High School Highlights”, dedicada a programas culturales como teatro, arte, música, trabajo comunitario, y eventos sociales como las clases de danza y bailes de gala que yo siempre había evitado. Al editor le gustó mi idea y la aceptó a condición de que no esperara mayor remuneración que la que ya estaba establecida en las tarifas de deportes, y que equivalía a diez centavos por

cada pulgada de texto, según como se medían las páginas del periódico. Alternando esta columna con mis notas deportivas pronto comencé a recibir semanalmente un cheque por dos o cuatro dólares, cantidad bastante inferior a la que podía recibir incluso el aprendiz más infeliz de París, como solía recordarme mi padre, pero me sentía recompensado con la satisfacción interior que me daba este oficio.

Aunque seguía siendo incapaz de sacar a bailar a las mujeres, algunas veces lo hice solo en mi nuevo papel como columnista social. Para personas que han sido tan tímidas y curiosas como yo, el periodismo era el vehículo ideal para trascender las limitaciones y los temores. También daba pretextos para averiguar acerca de la vida de la gente: para hacerles preguntas relevantes y esperar respuestas razonables; y también podía ser divertido para utilizar cualquier número de agendas personales clandestinas.

Por ejemplo, cuando mi mascota, un perro cruzado, se voló un día mientras yo estaba en clases durante mi último año (a pesar de que mi madre lo negó con insistencia, yo siempre creí que ella dejó salir al perro, o lo puso en el camino, debido a mis fracasados intentos de mantenerlo fuera del almacén), convencí a mi editor de dejarme escribir un artículo acerca del refugio de animales local, una idea que me inspiró básicamente el deseo de encontrar a mi perro allí, o al menos de confirmar mis peores sospechas acerca de mi madre, cuya amabilidad hacia los clientes no era extensiva a los animales. Sin embargo, después de tres prolongadas visitas al refugio, no descubrí ninguna evidencia sobre la vida o la muerte de mi perro, y aprendí



por primera vez acerca de “el poder de la prensa”, o mejor aún, acerca de los muchos privilegios y prebendas que pueden ser incrementados en beneficio propio por gente como yo mientras nos hacemos pasar por periodistas muy objetivos.

Los principales partidarios de los derechos de los animales en el pueblo, incluyendo a los filántropos que ayudaban a sostener el refugio, me dieron una cordial bienvenida cada vez que llegué allí a examinar las jaulas de hierro vibrantes y llenas de aullidos que albergaban a los animales recién llegados; también me dieron acceso a la oficina de archivos que contenía no sólo los documentos y estadísticas acerca de las mascotas perdidas y encontradas, sino también varias multas de tráfico sin pagar, ya un poco desteñidas, y cartas de amor recibidas tiempo atrás por una difunta secretaria del refugio. En los archivos encontré un récord de mortandad relacionado con un cementerio de mascotas que yo sabía que existía en las afueras de Atlantic City; y cuando se lo mencioné al director del refugio, él insistió en llevarme hasta allí en su carro, devolviéndome la esperanza y el temor de que pudiera por fin descubrir el destino final de mi *chandita* desaparecida.

Pero después de haber sido presentado al vigilante principal del camposanto —un cementerio con árboles frondosos y sobresalientes estatuas de piedra, cruces y otros monumentos para honrar la memoria de unas ochocientas mascotas —perros, gatos, caballos, monos, cerdos, canarios, loras, ratones— me aseguraron que no había ningún perro cruzado que encajara con la descripción que les había enviado poco antes. Sin embargo, mi interés por el cementerio de las mascotas continuaba vivo y

con el permiso del vigilante volví varias veces solo, manejando mi camión de lavandería después del turno, hasta ese sitio que quedaba a diez millas de distancia del puente de la isla. Aunque permanecía hasta la hora del crepúsculo caminando por entre las tumbas, que en su mayoría tenían fotografías de las mascotas con sus nombres y las palabras de afecto de sus propietarios, no seguí buscando signos de vida de mi propio perro, pero me quedó una gran tristeza y un sentido de pérdida unido a ese lugar.

Había dolientes lamentando, como si fueran humanos, la muerte de sus animales, decorando las tumbas con flores, y, como me dijo el vigilante del cementerio, enterrando a sus mascotas, muchas veces envueltos en casquetes de piel de cordero blanco, dentro de criptas de concreto, y poniendo pañuelos blancos de seda sobre las caras de los animales mientras se rezaba el oficio de difuntos, oficio que a veces era acompañado por un cortejo fúnebre, portaféretros y música de réquiem. Mucha gente rica y famosa, cuyas mascotas habían muerto mientras sus amos estaban visitando Atlantic City o trabajando allí, habían escogido este lugar para el entierro, y entre algunos de los que hicieron esta clase de cosas estaban el financista J. P. Morgan, el cantante Irving Berlin y la actriz de cine Paulette Goddard. Algunos de los animales enterrados habían alcanzado gran reputación: ahí estaban los restos de “Amaz el Salvaje”, un famoso perro de exposición reputado como el último de los grandes perros lobos siberianos criados por la familia imperial del zar Romanoff; “Cootie”, la venerable mascota de la Compañía de Infantería 314 en la Primera Guerra Mundial; y “Rex”, un perro que actuó durante años en

los escenarios de Atlantic City y de toda la nación.

El cementerio había sido fundado a comienzos de la década de 1900 por una pareja de amantes de los animales que residía en el área de Atlantic City y que tenían la costumbre de enterrar a sus perros muertos con ritos fúnebres y lápidas, en el patio de atrás de la casa. Ellos habían logrado la aprobación de los vecinos que también tenían perros, y aceptaron compartir el terreno y el costo de su mantenimiento. Después de la muerte de la original pareja, el cementerio fue comprado y ampliado por una mujer que estaba en la mitad de sus setenta cuando el vigilante del cementerio me la presentó; después de escuchar mis ruegos, obtuve de ella toda la cooperación que necesitaba para escribir lo que yo esperaba que sería un larguísimo y conmovedor artículo sobre el cementerio de perros. La historia tenía los elementos que a mí me atraen. Yo estaba conectado personalmente con ella. Tenía un interés humano perdurable. Y estaba concentrada en un lugar oscuro que hasta entonces no había llamado la atención ni suscitado el interés de otros escritores y periodistas. Desde ese momento, cumplí con mi obligación de informar a mi editor acerca de ese especial refugio de animales de la isla —había escrito una pequeña pieza sin firma anunciando la última campaña para recolectar fondos— y estaba en libertad de proponer otra historia más interesante en un periódico donde yo podía atraer más lectores, llamado el *Atlantic City Press*. Por intermedio de un editor del periódico a quien yo conocía por los trabajos que me encargaban para la sección de deportes, logré conseguir el

nombre del Editor Suburbano a quien yo podría proponer el artículo; y dos semanas después de haberle escrito, recibí una nota de aceptación con un cheque por una suma lo suficientemente asustadora como para impresionar a mi padre por algún tiempo: veinticinco dólares.

La pieza de dos mil palabras apareció con mi firma abriendo la página de la sección suburbana bajo un gran título destacado a cuatro columnas y acompañado por una gran fotografía del cementerio tomada por un reportero gráfico del periódico. Diez años antes de alcanzar el estilo literario sobrio y sugerente al que yo aspiraba durante mi periodo como escritor de reportajes para la revista *Esquire*, la pieza del cementerio mostraba ya señales de mi interés permanente de entregar a los lectores detalles precisos de la historia (... *La señora Hillelson celebró en honor de su perro, Arno, un funeral con seis portaféretos y un cortejo de tres carros que desfilaron por las calles...*) No obstante, también incluí algunos detalles más, entre lo sublime y lo ridículo, que el dueño del cementerio me había relatado. Yo no pude resistir la tentación de contarlos (... *y cuando el viejo perro del hombre ciego fue sepultado bajo la tierra, él se levantó y gritó, "¡Oh Dios! Primero te llevaste mis ojos, y ahora mi perro."*)

La respuesta de la gente ante el artículo fue inmediata. Recibí muchas llamadas de felicitación y cartas de los lectores de ciudades tan lejanas como Trenton y Philadelphia, junto con los comentarios del editor suburbano y el editor de la isla diciéndome que yo debía tener futuro en algún campo de la periodismo o la escritura. Ninguno de ellos había asistido a la universidad:

era un dato que había logrado averiguar cuando empecé a ver que ése podría ser mi destino. Pero ellos me advirtieron muy claramente que en sus casos ése no había sido su "destino": ellos habían evadido la universidad por elección, como habían hecho muchos periodistas de su generación, creyendo que esa era una experiencia estéril en una profesión tan dura como el periodismo, entonces castigada por la obsesión implacable de la "Primera página". Esta idea se había apoderado de la mente de los reporteros que hablaban como detectives de gran ciudad y que escribían a máquina, al menos, con dos dedos.

Yo no sé si buscaba consuelo en esa fantasía mientras escuchaba a través de la puerta, desde el balcón, al director de mi escuela describiéndome ante mis padres como un alumno mal preparado para la vida universitaria. Todo lo que recuerdo, como dije antes, fue una cierta humillación recurrente causada por mi bajo nivel académico, y por la frustración aún no superada que debían de sentir mis padres ante el veredicto que el director había dado sobre mi caso. Por momentos, dejaban entrever la duda acerca de si tal vez ellos deberían ayudarme a sobrellevar esa carga en secreto; en lo que tenía que ver con el almacén, la cuestión de la sucesión estaba ahora resuelta.

En cuanto el director se hubo marchado, y mientras mis padres comenzaban a enterar del asunto en voz baja al contador, yo me hundí suavemente en la silla de mi padre y miré con indiferencia el destino que me esperaba afuera, en el mostrador. Me quedé allí por algunos minutos, sin saber qué hacer, y mucho menos sin saber si mis padres se habrían enterado de que yo estaba allí —hasta que de

pronto escuché la voz de mi padre llamándome desde el primer piso, junto a las escalas.

"Tu director no es muy inteligente," dijo, sacando un sobre del bolsillo de su camisa, e invitándome a que bajara a leerlo. Y con una ligera sonrisa añadió: "Tu irás a la universidad."

El sobre contenía una carta de admisión de la Universidad de Alabama. Yo no lo supe hasta que me lo explicaron más tarde: un mes antes, mi padre había hablado sobre mis dificultades con un antiguo Rotario a quien él había pedido ayuda —un médico nacido en Alabama que había ejercido la medicina en la isla desde mitad de los años veinte—. El era también el médico de nuestra familia y, por suerte, para mí, era además un influyente egresado de la Universidad de Alabama. Por añadidura, su cuñada había sido mi profesora de mecanografía. Su corto aunque elogioso concepto acerca de mis talentos representó el más impresionante voto de confianza que yo podía esperar de la escuela local; y ella, junto con el doctor, aparentemente habían hablado de mí al decano de Alabama en forma tan positiva y persuasiva, en una carta en la que afirmaban que yo tenía más grandes posibilidades para el futuro que las que indicaban mis calificaciones de la escuela, que yo fui admitido en la universidad como alumno de primer año.

También estuvo a mi favor, tal vez, el deseo de muchas universidades del Sur en esos días de dar a sus "lirios blancos", y sobre todo a sus campus universitarios, algo de diversidad: cierta clase de gente venida de fuera del estado que podía incluir a estudiantes de ascendencia eslava, griega, italiana, judía, musulmana o cualquiera otra, menos negra. Antes de que términos usados luego en la ley

de derechos civiles como "acción afirmativa" y "cuotas" de minorías estuvieran de moda, muchos de estos sentimientos existían de manera no oficial en lugares como Alabama, en relación con los descendientes que el Ku Kux Klan podía definir como blancos marginales; y yo pienso que fui un beneficiado más de esta lenta evolución hacia la tolerancia. Cuando leí la carta de mi padre, sin embargo, pensé que yo no sabía dónde quedaba Alabama; y después de hallarla dibujada en un mapa, sentí alguna ansiedad por tener que ir a una universidad que estaba tan lejos de mi hogar. Pero durante el fin de semana del "Día del Trabajo", cuando muchos de mis compañeros graduados de la escuela secundaria estaban, como yo, preparando su partida de la isla para universidades situadas dentro del estado o en el vecindario de New York y Pennsylvania, yo estaba feliz porque iba a estar lejos de ellos. Nadie me conocía donde iba a estar. Mis calificaciones de la escuela superior no existirían más: sería como si alguien las hubiera quemado. Yo podría tener un primer año tranquilo, una segunda oportunidad.

En septiembre de 1949, mis padres y mi joven hermana, en una tarde de otoño muy perfumada, me acompañaron a cruzar las columnas de piedra del pórtico de la estación del Ferrocarril de Philadelphia, donde yo iba a abordar uno de esos coches de pasajeros con asientos color plata. En la cubierta de los coches había un letrero oscuro, dibujado en letras de diseño aerodinámico, que decía: "El Sureño". Entonces yo imaginé que estaba sintiendo lo

que mi padre había sentido veinticinco años antes cuando dejó Europa, a los diecisiete años de edad, para venir a América. Yo era un inmigrante que empezaba una nueva vida en una nueva tierra.

El tren arrancó despacio y sacudiéndose en medio de la noche y cruzó el Valle de Shenandoah, en Virginia, y luego se adentró en las Carolinas y en Tennessee y en el extremo norte de Georgia. El vagón estaba lleno de jóvenes muchachos y muchachas atractivos, amistosos, que vestían de modo impecable y que conversaban y reían. Viajaban con sus chaquetas de paño y sus abrigos de pelo de camello doblados cuidadosamente, arriba, en los compartimientos para el equipaje, junto a las maletas con calcomanías anunciando: "Duke", "Sweet Briar", "Georgia Tech", "LSU", "Tulane" —y ninguna, me sentí feliz de advertirlo, "Alabama". Seguía aún viajando por una ruta singular.

No me demoré en el vagón club, donde varios jóvenes en mitad de sus veinte empezaban a jugar dados sobre el piso en medio de la algarabía. Eran seguramente estudiantes de la GI Bill.² Comprendí esto por la forma en que dos vigilantes negros se quejaban del ruido insoportable; como nadie intentó poner fin al asunto, la bulla continuó durante las dieciocho horas que permanecí a bordo del tren. Gasté todo ese tiempo, y más, mirando el paisaje borroso de la noche, con los ojos clavados en los vidrios, mientras trataba de retener en la memoria algunos de los nombres extraños que tenían

las estaciones de los pequeños pueblos que dejábamos atrás, perdidos en medio de luces tenues; cuando no podía dormir, leía algunos capítulos de "Los jóvenes leones", un libro de uno de mis autores favoritos: Irvin Shaw (pienso cuando fui sorprendido por la profesora en dos ocasiones con novelas de Irvin Shaw y John O'Hara; ella era una amante de la obra de Virginia Woolf, que dictaba una clase de Inglés que no me gustaba) —y también leía con cuidado el catálogo de la Universidad de Alabama que me había llegado por correo en el momento de mi partida. Yo planeaba graduarme en periodismo. A pesar de que todavía no estaba convencido de que esa podría llegar a ser mi carrera, creía que estudiar periodismo podría ser para mí un desafío, al menos en un sentido académico. Deseaba aprovechar la oportunidad de quedarme en la escuela y preservar por un tiempo más mi estatus de estudiante, defendiéndolo de las garras de la suerte en mi tablero de damas.

Después de que el tren llegó a una ciudad del oeste central de Alabama llamada Tuscaloosa, donde yo era el único pasajero que bajaba, tomé las dos viejas maletas de cuero que mi padre me había prestado y las entregué a un chofer negro, de sombrero, que me llevó enseguida hasta un autobús que parecía sacado de una escena de "Lo que el viento se llevó". Por donde quiera que yo miraba a través de las ventanillas del carro, aparecían por todas partes edificios venerables de antes de la guerra, que hacían parte del sector más

2 El GI Bill era un programa de ayuda del gobierno de los Estados Unidos para la reinserción a la vida civil de los soldados que habían participado en la Segunda Guerra Mundial. Una de estas ayudas eran las becas para cursar estudios universitarios.

viejo de la Universidad de Alabama. Algunos habían sido restaurados luego de que el campo fuera atacado e incendiado por soldados de la Unión durante la guerra civil. Ahora eran usados como salones de clase, sitios de reuniones sociales o centros de vivienda para el cuerpo de profesores o los estudiantes.

Mi residencia estaba media milla más allá, y había sido construida en tierras bajas, cerca a una ciénaga. El local fue acondicionado en uno de los edificios construidos después de la guerra para albergar al alto número de estudiantes, ahora acrecentado por la GI Bill. Los alojamientos eran pequeños, húmedos, y, como descubrí muy pronto, estaban penetrados a toda hora por un aire con olor a almizcle que provenía de un molino de papel situado fuera de la universidad, en unos campos cercanos a una gran autopista. De noche, el dormitorio estaba invadido también por el ruido de los estudiantes ex-GI que regresaban de los bares que vendían cerveza, situados alrededor del campus, y que abundaban más allá, en las propias calles céntricas del condado. Parecían parrandistas ansiosos de dar serenatas, de jugar cartas y lanzar dados. Tenían el mismo vigor que había adivinado en esos otros veteranos jugadores del vagón club del ferrocarril.

Pero lejos de ser molestado por esta conmoción nocturna —a la cual contribuí un poco a medida que empezaba a hacer amigos durante las siguientes semanas— pronto llegué a sentirme atraído por estos hombres viejos más que por mis contemporáneos. En mi cómodo papel de observador atento a cada ruido, me gustaba detenerme a mirar a esos veteranos jugando cartas, y a oír

sus historias de la guerra, sus palabrotas de reclutas, sus chistes sucios. En mitad de la noche, y raras veces abriendo un libro, ellos se levantaban con la intención de preparar las clases, o de mandarlas al diablo, sin miedo aparente de perder un curso —una actitud que dejaba a muchos desconcertados—. No todos esos sobrevivientes de la guerra sobrevivieron a su primer año de universidad.

Yo, por supuesto, no seguí su ejemplo, y dejemos las confidencias en este punto; pero junto a estos hombres me sentí más relajado, me ahorré el trabajo de tener que compararme sólo conmigo mismo todo el tiempo, y a veces de modo poco favorable, con la gente de mi misma edad. Todo esto pareció tener un efecto favorable sobre mi salud y sobre mi trabajo escolar. Mi acné había desaparecido por completo a menos de seis meses de mi llegada, una cura que podía atribuirse tal vez a la atmósfera festiva del dormitorio, tan saludable como el olor fétido que llegaba del molino de papel. Aprobé las notas en todos mis cursos del primer año, y poco antes del final del semestre tuve mi primera cita en un café, y después mi primera cita en el cine y el primer beso francés con una rubia de segundo año, oriunda de Birmingham. Ella estaba estudiando periodismo, pero iba a terminar su carrera con una especialización en publicidad.

Como estudiante de periodismo, yo estaba clasificado como alguien del promedio. A veces, tanto al comienzo como al final de la carrera, trabajaba cada semana en el campus como corresponsal de un periódico de la cadena Scripps-Howard, el *Birmingham Post-Herald*. Los profesores de la facultad se

inclinaban más por el estilo conservador y muy formal de hacer periodismo proveniente del *Kansas City Star*, periódico donde algunos de ellos habían trabajado antes como editores y como miembros del staff de periodistas. Ellos tenían muy definidos los criterios acerca de lo que eran las noticias y también acerca de la forma en que deberían ser presentadas. Las “cinco W’s” —quién, qué, cuándo, dónde, por qué— eran preguntas que según ellos deberían ser contestadas en forma sucinta e impersonal en los párrafos de entrada de todo artículo. Desde esa época, algunas veces me resistía a esa fórmula, y pensaba que al escribir las noticias debía tratar en cambio de hacerlo relatando la historia desde el punto de vista de la persona más afectada por los acontecimientos. Sin duda estaba influido por los escritores de ficción, pero prefería leer a los practicantes de la no ficción “objetiva”. En todo caso, aquellos profesores nunca fueron para mí el grupo favorito.

Sin embargo, por eso no hay que deducir que existiera alguna desavenencia entre nosotros, o que yo fuera un estudiante rebelde. El asunto era nada más el reflejo de una era que precedía al ascenso de la televisión como la fuerza dominante en el cubrimiento instantáneo de las noticias. Yo, en cambio, reflejaba mi pasado, tan propio y peculiar, en mi ambivalencia acerca de quién y qué era importante. Leyendo revistas y periódicos viejos en la biblioteca de la universidad y en algún otro lado, como hacía a veces en mi tiempo libre, empecé a pensar que muchas de las noticias que se imprimían en las primeras páginas eran histórica y socialmente menos reveladoras del tiempo en que habían aparecido que los clasificados y la publicidad



desplegada a través de las páginas interiores de los periódicos. La publicidad ofrecía bocetos detallados y fotografías que mostraban de manera más fiel las costumbres corrientes de cada época en los vestidos, los estilos de las carrocerías de los carros, los apartamentos ofrecidos en alquiler, los precios de los arrendamientos, los empleos disponibles para la gente de cuello blanco y para las clases obreras; mientras tanto, las noticias de las primeras páginas casi siempre se relacionaban con palabras y actuaciones de gente que parecía importante en un momento dado, pero que después no era importante nunca más.

A lo largo de mis días de universidad, que terminaron en 1953, y en los años que siguieron en el *Times*, yo pedí a los editores que me asignaran trabajos que no figuraran como candidatos a ser publicados en la primera página. Ocasionalmente, cuando me especialicé en escribir sobre deportes, tanto en Alabama como en el *Times*, el resultado final del juego me interesaba menos que quiénes estaban en la cancha; y si me daban la oportunidad de escoger si escribía acerca de gente que personificaba *lo in* o *lo out*, yo invariablemente escogía la última. Cuando llegué a ser editor de deportes del periódico de la universidad en mis primeros años, aproveché a fondo mi posición para describir la desesperación del *infielder* que sólo alcanzaba a ver la acción del juego cuando estaba en medio de la montonera; también escribí sobre muchos otros personajes desafortunados que encontraba afuera, en las líneas que demarcaban el campo de juego. Uno de los reportajes de deportes que escribí para el periódico de la universidad tenía

que ver con un enorme estudiante de más de dos metros de altura, que vivía en los bosques de las afueras del condado y que no sabía cómo jugar ningún juego, ni deseaba aprenderlo. También escribí sobre un hombre negro, entrado en años y nieto de esclavos, que fue ayudante del utilero de un club de atletismo; y como en esta época y lugar no había contactos interraciales en los deportes, todos los partidos de fútbol empezaban con los muchachos blancos sobando la cabeza de los jugadores negros para tener buena suerte. Si yo escribía con más compasión acerca de los perdedores que de los ganadores durante mis días de periodista deportivo, ello se debía al hecho de que las historias de perdedores me parecían más interesantes: una idea que yo mantuve viva en la mente mucho después de dejar el campus de Alabama. Como escritor de deportes del *Times* llegué a estar fascinado por un peleador de peso pesado, Floyd Patterson, que era noqueado con frecuencia, pero que enseguida empezaba a entrenarse para el próximo combate. Escribí más de treinta historias diferentes acerca de él en el periódico diario y en el *Times Sunday Magazine*, y finalmente hice también una larga pieza para la revista *Esquire*, titulada "El perdedor" (que Barbara Lounsberry ha incluido en la segunda parte de esta antología.)

Acababa de escribir esta historia cuando fui incluido en lo que Tom Wolfe llamó el "Nuevo Periodismo", pero es obvio que mi trabajo estaba basado en un estilo anticuado: caminar mucho, gastando la suela de los zapatos, pasar muchas horas con el personaje de la historia, día tras día (justo como yo había pasado tantas horas de mi juventud en el

almacén de mis padres, observándolo todo y escuchando) —el "Arte de colgarse a la gente," lo he llamado así algunas veces. El es una parte fundamental de mi trabajo junto con ese otro elemento que yo he mencionado mucho, un regalo de mi madre: la curiosidad. Mi madre sabía que hay una diferencia entre ser curioso y ser entrometido. Y esta distinción me ha guiado siempre cuando observo a la gente que entrevisto y a la hora de escribir, cuando los presento en mis reportajes. Yo nunca he escrito acerca de nadie por quien no hubiera sentido un poco de respeto, y este respeto es evidente en el empeño que pongo al escribir y en el tiempo que me tomo para tratar de comprender y expresar en forma correcta sus puntos de vista, sin dejar de lado las fuerzas sociales e históricas que han contribuido a moldear su carácter, o la ausencia de éste.

La escritura para mí ha estado siempre llena de dificultades, y no invertiría el tiempo y el esfuerzo que me demanda la escritura de una historia sólo para ridiculizar a alguien; y digo esto después de haber escrito sobre gangsters, empresarios de pornografía, y otras gentes que se han ganado el menosprecio y la desaprobación de la sociedad. Sin embargo, en gente como ésta también he encontrado a veces una cualidad redentora que me ha llamado la atención, o un malentendido sobre ellos que yo deseaba corregir, o una raya oscura sobre la cual esperaba arrojar alguna luz porque creía que eso podría iluminar también zonas oscuras que todos nosotros llevamos adentro. Norman Mailer y Truman Capote han logrado hacerlo en sus escritos sobre asesinos, y otros escritores —Thomas Keneally y John Hersey— nos lo han mostrado en sus reportajes sobre las

cámaras de gas de la Alemania nazi y las bombas fatales de Hiroshima.

El acto de estar metiendo las narices, en cambio, representa el interés vil, el temperamento mercenario de vendedores de baratijas de algunos diarios tabloides y, a veces, de la mayor parte de los periodistas y biógrafos que aprovechan cada oportunidad que se les presenta para arrojar lodo sobre grandes nombres, hacer público cualquier lapsus linguae de una figura pública, escandalizar con cada pequeño romance o aventura de alguien, aun cuando ésta no tenga en realidad ninguna importancia pública.

He evitado escribir acerca de las figuras de la política, porque casi todo lo que tiene que ver con esta clase de gente es de un interés muy temporal; los políticos son personas que fácilmente pasan de moda, víctimas del proceso de reciclaje inventado por ellos mismos. Además, están condenados de antemano si dicen abiertamente lo que de verdad piensan. Mi curiosidad más bien me lleva, como he dicho, hacia figuras privadas, individuos desconocidos para quienes yo habitualmente represento su primera experiencia con alguien que los entrevista. Puedo escribir acerca de ellos hoy, o mañana, o el próximo año, y no habrá ninguna diferencia sin son personajes de fama local. Esta gente no tiene fechas ni pasa de moda. Gente como ésta puede vivir tanto tiempo como el lenguaje usado para hablar de ellos y de sus vidas. Y ese lenguaje puede tener una larga vida si es bendecido con cualidades perdurables.

Mi primersima historia en el *Times*, en el invierno de 1953, que siguió a mi graduación en junio en Alabama, tuvo que ver con un

hombre oscuro que trabajaba en el centro de la llamada "Esquina del Mundo", en Times Square. Yo era entonces un ayudante de la redacción, un *copyboy*: el trabajo que había conseguido una tarde después de llevar mis papeles al departamento de personal e impresionar a la directora con mi rápida y cuidadosa forma de escribir a máquina y con mi traje de paño cortado al modo clásico (ella me lo dijo después). Algunos meses más tarde, luego de haber logrado el puesto, mientras hacía tiempo a la hora del almuerzo, estaba dando una vuelta por la zona de los teatros cuando mis ojos se detuvieron en el aviso luminoso de casi dos metros de alto, que daba vueltas con sus letras resplandecientes en lo alto de un edificio de tres fachadas que dominaba la esquina de la calle cuarenta y dos. Eran los últimos titulares del *Times*. Pero yo no estaba leyendo realmente los titulares; estaba maravillado y no hacía más que preguntarme: *¿cómo funciona ese aviso? ¿cómo pueden formarse las palabras con esas luces? ¿quién está detrás de todo esto?*

Entré al edificio y encontré unas escalas. Caminé hasta arriba, y en lo alto descubrí un largo cielorraso que parecía la buhardilla de un artista; allí, subido en una escalera de mano, había un hombre que ponía bloques de madera que iban formando letras. Con una mano, sostenía un block de notas con los titulares del último boletín: los titulares cambiaban constantemente —y con la otra mano sostenía los bloques y los insertaba en el aparato que creaba las letras a todo lo largo de las paredes del exterior. El aviso, igual que el edificio, tenía tres lados y estaba formado por 15.000 bombillos de veinte wattios.

Miré al hombre por un rato y cuando se detuvo lo llamé, diciéndole que yo era un ayudante de la redacción del *Times*, que estaba situado a media cuadra más allá, pero que también era propietario de ese pequeño edificio. El hombre me saludó y bajó de la escalera. Luego aceptó tomarse un descanso y hablar conmigo. Dijo que su nombre era James Torpey, y agregó que había aguantado ahí, trabajando para el *Times* en esa cartelera luminosa, desde 1928. Su primer titular fue la noche de las elecciones presidenciales y decía: *¡Hoover derrotó a Smith!* Durante veinticinco años, este hombre llamado Torpey había estado encaramado en esa escalera. A pesar de mi limitada experiencia en el periodismo de New York, yo sabía que *esa* era una buena historia. Después de tomar algunas notas acerca de Torpey en la libreta de apuntes que siempre llevaba en mi bolsillo, volví a la oficina principal y mecanografié un corto memorando acerca de la historia y lo puse en la casilla de correo del Editor Local. En el *Times*, no me pagaban por escribir, sólo por llevar recados en la redacción y por realizar otros pequeños trabajos domésticos; pero a pesar de esto, unos días más tarde, recibí una nota del editor diciéndome que serían bienvenidos unos cuantos párrafos sobre la vida en las alturas del hombre de los bombillos. La historia fue publicada (sin mi firma) el 2 de noviembre de 1953.

Ese artículo —y también mi pieza firmada en la sección de Viajes del *Times* del domingo, tres meses después, acerca de la popularidad de las sillas de tres ruedas que la gente usaba en las playas de Atlantic City— me pusieron en la mira de los

editores. A ellas siguieron otras piezas, incluido un artículo para el magazine del domingo que el *Times* publicó en 1955, mientras yo estaba en el Ejército, cumpliendo el servicio militar obligatorio. La pieza trataba de una señora casi anciana, tan vieja como para haber sido una de las más venerables clientes de mi madre: una actriz de películas de la época del cine mudo llamada Nita Naldi, que había sido alguna vez la estrella acompañante de Rodolfo Valentino en algunas películas, en Hollywood. Pero en 1954, décadas después del éxito de Nita Naldi en el cine, fue anunciado un nuevo musical llamado "La Vampiresa", inspirado por la vida de la actriz, y Carol Channing hacía el papel de estrella principal. El musical iba a ser estrenado muy pronto en Broadway.

Leí la noticia una mañana, en una columna sobre teatro publicada en un tabloide, mientras viajaba en el metro hacia el trabajo, meses antes de alistarme en el ejército. La columna decía que Nita Naldi vivía reclusa en un pequeño hotel de Broadway, pero la información no mencionaba el nombre del hotel. New York tenía entonces cerca de 300 pequeños hoteles como ese en el área de Broadway. Gasté muchas horas mirando las páginas amarillas en la redacción del *Times* cuando no estaba ocupado en otra cosa; anoté en una libreta todos los números de los hoteles y más tarde empecé a hacer llamadas desde uno de esos teléfonos que existían en la parte de atrás de la redacción y que los ayudantes podíamos usar cuando el editor local no podía vernos desde su escritorio para hacer valer su autoridad sobre los *copyboys*.

Llamé a cerca de ochenta hoteles durante cuatro días,

preguntando en cada ocasión si podrían comunicarme con la suite de la señora Naldi, hablando siempre en un tono confidencial que yo esperaba que diera a entender que sabía que ella estaba allí. Pero ningún empleado de los hoteles había oído hablar nunca de la señora Naldi. Entonces llamé al Hotel Wentworth y para mi asombro, escuché la voz áspera de un hombre que decía, "Sí, ella está aquí —¿quién la necesita?" Colgué el teléfono. Corrí al Hotel Wentworth en persona.

Para mí, el teléfono es el segundo aparato, sólo después de la grabadora, con la capacidad para socavar el sentido del arte de la entrevista. Lo comprendí en mi madurez, especialmente mientras hacía giras para promover uno de mis libros: yo mismo he sido entrevistado por jóvenes reporteros que manejaban grabadoras; y como permanecía sentado contestando sus preguntas, podía verlos medio escuchando, tranquilos, relajados porque sabían que las pequeñas ruedas de plástico estaban girando. Pero lo que ellos lograban de mí (y pienso que obtenían lo mismo de otra gente que les hablaba de ese modo) no era la mirada profunda que se logra en las entrevistas de fondo, basadas en la confrontación profunda, en el análisis perceptivo y en el trabajo preparatorio con el personaje sobre el cual se está escribiendo; con frecuencia, en estos casos, el primer borrador es un diálogo superficial que frecuentemente reduce el intercambio a una conversación insulsa de radio.

A pesar de que esta forma de trabajo desacredita el arte del reportaje, la mayoría de los editores tácitamente la aprueban, porque una entrevista grabada y transcrita fielmente puede proteger al periódico de algunos

de esos entrevistados que acostumbran reclamar porque han sido tergiversados en forma dañina —acusaciones que, en estos tiempos de demandas legales y ambición desmedida de cobrar gastos legales, provocan mucha ansiedad, y algunas veces temor entre los editores más independientes y corajudos. Otra razón por la que los editores están aceptando el uso extendido de las grabadoras tiene que ver con el hecho de que ellas son útiles para lograr artículos publicables escritos a destajo por periodistas a los cuales pueden pagar honorarios por debajo de lo que podrían cobrar escritores más reflexivos y más comprometidos con su oficio. Con una o dos entrevistas y una pocas horas de grabación, un joven periodista de hoy, sin mucha experiencia, puede producir un artículo de 3.000 palabras limitado a retransmitir las citas textuales del personaje. De acuerdo con la relevancia del sujeto en el negocio de las noticias, percibirá unos honorarios por un valor de entre 500 y 2.000 dólares, que es un pago justo, si se consideran el tiempo y la herramienta empleados, pero que es menos de lo que se pagaba por artículos de similar longitud e importancia cuando yo comencé a escribir para algunas de esas revistas de circulación nacional, como el Magazine del Domingo del *Times* y para la revista *Esquire*, entre 1950 y 1960.

El teléfono es otro elemento inadecuado para entrevistar porque, entre otras cosas, le niega a usted la posibilidad de aprender el arte de observar la cara de una persona y sus maneras, y de percibir el ambiente que la rodea. También creo que la gente revelará más de sí misma a usted si está físicamente presente; y mientras

más sincero sea su interés, mayor será su oportunidad de obtener la cooperación de esa persona durante la entrevista.

La cabina telefónica del Hotel Wenworth, que yo sabía que tenía que usar para anunciarme a mí mismo ante Nita Naldi, no representó el mismo obstáculo de otro teléfono cualquiera: después de todo, la estaba llamando desde su propio edificio, estaba listo allí, era una presencia inevitable!

“Hola, señora Naldi,” empecé a decir, después de haber pedido al operador que me conectara directamente, sin presentarme ante ningún empleado en la recepción del hotel; un acto de cortesía de naturaleza mercenaria que podía volverse fácilmente en mi contra.

“Yo soy un muchacho del *Times*, y estoy abajo en el lobby de su hotel, y quisiera hablar con usted unos minutos para un artículo en el Magazine del domingo”.

“¿Usted está abajo?” preguntó ella, un poco asustada, con una voz dramática. “¿Cómo supo dónde vivía?”

“He llamado a todos los hoteles de Broadway que pude.”

“Usted debe haber gastado mucho dinero, joven” dijo ella, con una voz más calmada.

“De todos modos, no tengo mucho tiempo.”

“¿Puedo subir y presentarme enseguida, señora Naldi?”

Después de una pausa, ella respondió:

“Bien, deme cinco minutos, y después suba. Cuarto 513. ¡Oh, el lugar está en perfecto desorden!”

Subí al quinto piso, y nunca olvidaré ese lugar. Ella ocupaba una pequeña suite con cuatro loras, y la suite estaba decorada como un escenario de una película de comienzos del siglo. Y la señora Naldi se había puesto un vestido que sin duda alguna habría deslumbrado a Rodolfo

Valentino, sólo a él. Tenía las cejas arqueadas y pintadas con un lápiz de color muy negro, y llevaba largos aretes y un traje negro, y un pelo azabache que estoy seguro se tinturaba diariamente. Sus gestos eran muy exagerados, como en la era de las películas mudas en que había tenido que actuar; y estaba muy divertida. Tomé notas, regresé a mi apartamento cuando acabé el trabajo del día, y escribí la historia, que me tomó probablemente tres o cuatro días, o algo más para completarla. Luego, me presenté ante el editor del domingo que tenía a su cargo las historias del mundo del espectáculo y le pregunté si tendría la amabilidad de leer mi relato.

Una semana más tarde, llamó a decir que le gustaría publicar el artículo. Su respuesta marcó uno de los días más felices de mi juventud. La revista del domingo lo publicaría, definitivamente, repitió él, agregando que no sabía exactamente cuándo. La historia permaneció en lingotes por unos pocos meses. Pero finalmente apareció el 16 de octubre de 1955, mientras yo estaba de servicio en el cuerpo de tanques del ejército, en Fort Knox, Kentucky. Mis padres me enviaron un telegrama. Yo les respondí la llamada desde un teléfono público, y mi madre me leyó el artículo publicado a través de la bocina. Este empezaba así:

Con el fin de que Carol Channing pueda convertirse en una verdadera vampiresa que va por el mundo seduciendo a los hombres y envolviéndolos con su belleza pérfida, como actriz principal de “La vampiresa”, el musical sobre la era del cine mudo que será estrenado en Broadway el 10 de noviembre, durante el tiempo de los ensayos ha tenido como consejera, ayudante de campo, crítica y conductora a esa exótica y vieja sirena llamada Nita Naldi. Cuando hay que hacer papeles de

vampiresa, nadie es una instructora más calificada que la señora Naldi. En su apogeo, en los años veinte, Nita Naldi fue el símbolo de lo más ardiente y perverso que existió en el cine mudo...

Y la historia terminaba:

...todavía morena y acuerpada, la señora Naldi es reconocida con frecuencia por la gente cuando viaja. “Las mujeres no parecen odiarme más,” dice con satisfacción. Con frecuencia, en la calle, la gente la detiene y le pregunta: “¿Cómo fue realmente eso de besar a Valentino?” La gente joven le dice, “¡Oh, señora Naldi, mi padre me ha hablado tanto de usted!” La actriz se las ingenia para responder en forma amable. No hace mucho tiempo un hombre se le acercó en el cruce de las calles cuarenta y seis y Broadway y exclamó, asombrado, “¡Usted es Nita Naldi, la vampiresa!” Fue como si él hubiera devuelto el reloj, treinta años atrás, llevando a la señora Naldi a una época ya vivida. Ansiosa por vivir en el presente, la actriz contestó en un tono en el que se mezclaban el resentimiento y la resignación, “¿Usted lo cree?”

Mi madre ordenó varias docenas de copias del magazine del *Times* y las envió por correo a todos los clientes que me habían conocido de niño en el almacén, e incluyó en cada paquete de correos mi dirección en la base militar. Por correo expreso también recibí después una carta del editor local del *Times* informándome que, después de que terminara el servicio militar y regresara al periódico, ya no sería más un *copy boy*. Había sido promovido al equipo de periodistas de planta y asignado al Departamento de Deportes.

En una postdata, el editor agregó: “Pienso que usted por fin ha encontrado su camino.”

La pesadilla

LUIS FELIPE ATEHORTÚA LOPERA

El miércoles 21 de septiembre Argiro se levantó a las 4 de la mañana. Debía entregarle el taxi al señor Gonzalo Molina, quien lo conducía durante el día. Claro que madrugar era su costumbre. A las cuatro de la mañana estaba de pie ya fuera para trabajar o para entregar el carro. El vehículo, que había sido adquirido gracias a un préstamo en Codesarrollo y en la Caja Agraria, figuraba a nombre de Amparo. Era un taxi Chevette modelo 93, identificado con las placas TIP 142.

En aquellos días de septiembre de 1994, la abuela de Amparo, doña Pastora Correa, se encontraba bastante delicada de salud y estaba recluida en la Clínica Las Vegas, de Medellín.

El día anterior, Argiro había salido a trabajar en la noche (él acostumbraba alternar el horario diurno con el nocturno, de acuerdo con los descansos de su conductor). En medio de su ajetreo advirtió hacia las 10 de la noche que los niños estaban solos en la casa. Así que tomó la decisión de no trabajar más y marcharse para Sabaneta a hacerse cargo de la familia. Como buena enfermera, Amparo se hallaba ese día al cuidado de su abuela y se iba a quedar amaneciendo allí.

Esa tarde Amparo presentía algo extraño. No se explicaba el motivo, pero no quería quedarse a acompañar a su abuela. De todas maneras, tenía el deber moral de hacerlo ya que todos confiaban en que por su profesionalismo y experiencia, ella era la persona más indicada para acompañar a doña Pastora.

Por eso dio gracias a Dios cuando una de sus tías, una educadora, se ofreció a quedarse al frente de la enferma ya que tenía el día libre y se lo iba a dedicar a su mamá.

—Más bien esté pendiente del teléfono, por si alguna cosa —le dijo su tía.

—Bueno, no compren desayuno que yo se los traigo de la casa por la mañana —prometió Amparo antes de despedirse.

Al llegar Argiro a la casa, se sorprendió al encontrar a su esposa allí.

No obstante, la noche transcurrió sin ninguna novedad. Y como siempre, Argiro madrugó, luego de que el portero de la unidad residencial lo despertara a las cuatro de la mañana. Al salir de su casa, se encaminó hacia el parqueadero. Encendió el motor del carro y lo dejó así mientras se calentaba. En ese momento recordó que debía dejar un dinero de los turnos de los días anteriores, así que se devolvió para su casa. Amparo escuchó entredormida que le dejaba una plata y que regresaba a las ocho de la mañana.

El motor del carro continuaba encendido cuando Argiro volvió a subirse a él. En ese instante empezaron a aparecer varias personas, lo que le causó sorpresa y curiosidad. Observó extrañado: Eran unos 40 hombres armados, vestidos de negro, con pasamontañas y sin ningún distintivo que los identificara. Parecía que no eran del Ejército, ni de la Policía, y no tenían ningún distintivo o brazalete del DAS.

“Siete años de pesadilla” es el título de la investigación realizada por Luis Felipe Atehortúa, y merecedora de una mención de honor. Atehortúa es integrante de la primera promoción de egresados de la Especialización en Periodismo Investigativo de la Universidad de Antioquia. En ella se cuenta la historia terrible que vivió Luis Argiro Tobón, uno de los acusados del asesinato de Guillermo Cano, director del periódico El Espectador. Después de varios años de ser perseguido por un crimen que no cometió, Tobón finalmente fue absuelto por la justicia. Sin embargo, durante siete años, la falsa acusación convirtió su vida en un infierno.

Desde el primer momento, Argiro tuvo la premonición de que a quien buscaban era a él. Uno de ellos se acercó y le dijo:

—Señor, deje el carro ahí que vamos a hacer un procedimiento.

Argiro se quedó en el vehículo. Por curiosidad, se acercó a la esquina donde tenía más visibilidad sobre el lugar donde iban a hacer el allanamiento y no tuvo ninguna duda: era en su casa.

Impotente, en medio de la oscuridad de la madrugada, vio cómo los hombres se apertrechaban por diversos sectores. Vio como aparecieron tres individuos: uno con una almadana, otro con una cizalla para romper candados y otro armado con una ametralladora.

Cuando se aproximaban a la puerta de su casa, Argiro preguntó de un grito:

—¿Qué van a hacer allá?

Uno de los que estaban junto a él en la esquina, le respondió:

—Quítese de ahí que lo que va a haber es una plomacera muy dura.

—¿Cuál plomacera, hombre, si ahí vive gente honesta!— reaccionó Argiro.

—¿Cómo así? ¿Usted cómo se llama?

—Me llamo Argiro Tobón.

—Hey, aquí tenemos el hombre —gritó uno de ellos dirigiéndose hacia los demás. El que parecía ser el jefe del grupo se acercó a la esquina.

—¿Usted cómo se llama? —le preguntó, mientras lo iluminaba con una linterna.

Argiro repitió su nombre y el superior afirmó:

—No. Usted no es.

—Yo sé que yo no soy, pero a mí es a quien están buscando, desgraciadamente.

El hombre quiso cerciorarse y le pidió la cédula para compararla con la registrada en la orden de captura y vio que,

efectivamente, se trataba del hombre que buscaban. Sin embargo, otro más dijo que ese no era:

—¡Vamos, vamos a allanar la casa! — sugirió. Entretanto verificaban los datos y hacían otras consultas por radioteléfono.

Antes de entrar a la casa de Argiro, lo esposaron. En ese momento supo que eran miembros del Departamento Administrativo de Seguridad.

Poco después de la salida de su esposo, Amparo sintió unas pisadas en la sala de la casa. Eran los hombres del DAS que se estaban entrando por la ventana. Ella había dejado abierta la ventana del comedor para que le entrara aire al jardín.

—Eh, pero Argiro qué traería a esta hora —pensó Amparo, creyendo que su esposo había llegado con alguna llanta u otro artículo pesado del carro.

De todas maneras quiso cerciorarse. Se levantó y desde el segundo pisó miró hacia la sala y vio que se encontraba inundada de hombres desconocidos, uniformados, armados y encapuchados. Para ella fue lo peor de todo el drama que habían vivido tantos años.

—¿Qué pasó, quiénes son ustedes? No me maten, no le hagan nada a mis hijos —alcanzó a gritar Amparo, al ver que unos diez hombres subían en zancadas hacia donde ella se encontraba.

—Esto es un allanamiento. ¿Dónde está su esposo?

—El ya se fue a trabajar —respondió, angustiada, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas—. Pero mi esposo es inocente, señores. Ustedes están equivocados.

—Deje de hacer teatro, vieja llorona. Usted siendo la mujer de un sicario y tan floja.

—Eso es mentira.

Al ingresar a su casa, Argiro vio que allí estaba Amparo,

recostada contra una pared. A los niños los levantaron de sus camas y miraban asustados. Todo a su alrededor estaba revolcado, sin que ellos supieran por qué. Los habían estrujado, requisado y amenazado con armas. El dinero que Argiro dejó sobre el televisor desapareció, así como algunas joyas. Incluso se llevaron una foto en la que aparecía Argiro con dos amigos (Libardo Gaviria y Oscar Tabares) que había sido tomada durante una serenata reciente que Argiro le ofreció a su señora. “Estos son otros dos miembros del cartel”, afirmó uno de ellos.

—¿Dónde están las armas —interrogaban a los menores.

—Aquí no hay armas. Nunca hemos manejado armas —respondían ellos—. Sólo tenemos el cuchillo de la cocina y las tijeras.

—Eh, aquí tienen que tener armas escondidas. Busquemos bien dónde está la caleta —decían mientras miraban por detrás de la nevera, vaciaban el closet y desbarataban las camas.

—Pueden buscar por donde quieran que aquí no hay nada que esconder —dijo Jorge Argiro, humillado.

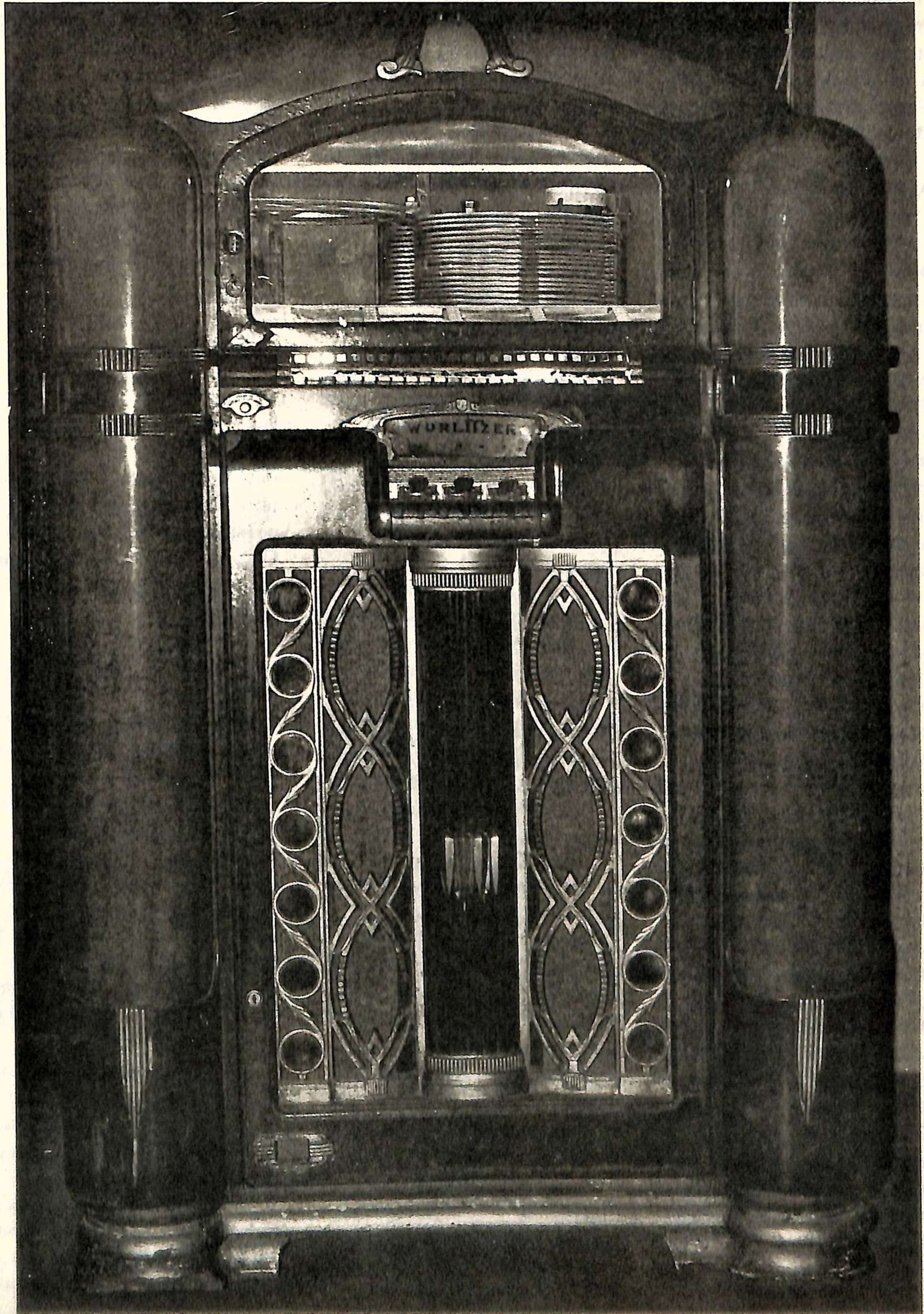
En la mesa del comedor encontraron una página reciente del diario El Colombiano con la que Jorge Esteban, su hijo mayor, había estado haciendo una tarea de derechos humanos sobre el aborto, un tema que era tratado en esos días en El Cairo en la conferencia de la ONU: “Población y Desarrollo”.

Uno de los hombres miró el periódico y preguntó mientras mecía una hoja en su mano:

—¿De quién es esto?

—Eso es una tarea —respondió Jorge Esteban.

—Estos son terroristas. Aquí debe haber dinamita. Busquen, busquen. Mire esa información. Y anote que aquí había un niño con propaganda subversiva.



En una de las páginas del periódico había una información que hablaba acerca de la incautación de un cargamento con unos 30 kilos de dinamita.

A su vez, quienes estaban al lado de Argiro le preguntaban insistentemente qué había hecho dos días atrás.

—Usted mató a Arlén Uribe —le acusaban— ¿Dónde está su patrón? Usted trabaja con Pablo Escobar.

Argiro se asustó aún más. El sólo sabía de la sindicación por la muerte de don Guillermo Cano, pero era toda una sorpresa que para colmo de males lo vincularan con otro crimen. “¿Qué pasó, Dios mío?” se preguntaba angustiado.

El joven representante a la Cámara Arlén Uribe Márquez había sufrido un atentado en la mañana del lunes 19 de septiembre, cuando al salir de dictar una clase en la Universidad de Medellín, al occidente de la ciudad, fue atacado a tiros dentro del centro educativo por varios terroristas. El parlamentario fue trasladado junto con el conductor hacia el Hospital General, pero al llegar allí ambos habían fallecido.

Los responsables del hecho dejaron una bandera roja y negra con las iniciales del Ejército de Liberación Nacional, antes de huir en un campero carpado, con placas robadas. En la tarde, con un comunicado, una célula de esta organización se atribuyó el hecho.

Al parecer, inicialmente hubo cierta confusión en relación con un supuesto responsable del homicidio del parlamentario: días después, Argiro supo que habían capturado a un hombre llamado Jorge Franco Tobón, sindicado por este crimen.

EN LAS INSTALACIONES DEL DAS

Después de dejar la casa convertida en un revoltijo, tras

una hora de intensa búsqueda, y de decomisar el taxi, Argiro fue trasladado en una furgoneta hacia la sede del DAS, rodeado por unos 20 carros y 7 motos. No hubo maltrato físico, pero sí verbal.

Amparo salió de la casa, detrás de ellos, en un taxi. Iba descalza y en pijama, en medio de la llovizna. Tenía que verificar que si lo llevaran para las instalaciones del Das.

Luego de ver que lo registraban allá, Amparo regresó a la casa, hacia las siete de la mañana. Llamó a su casa y una hermana vino a quedarse con los niños durante todo el día.

En el DAS, Argiro fue recluido en una pieza, solo. Allí permaneció hasta las 8 de la mañana, cuando lo sacaron para reseñarlo, tomarle las huellas digitales y las respectivas fotos.

Hacia las nueve de la mañana fue conducido hacia la oficina del director y el subdirector, quienes le estuvieron interrogando de manera informal. Argiro les comentó su problema: estaba enredado en ese lío por ser un homónimo del verdadero culpable.

—Hombre, ¿usted por qué no ha arreglado eso? —le preguntó uno de los funcionarios.

Argiro trató de explicarles todos los trámites y los esfuerzos que había realizado para demostrar que estaban ante un caso equivocado.

—Vea, con ese problema ya usted se ganó una condena como de 20 años, ya está condenado como reo ausente.

—¿Condenado? ¿Y por qué si el juicio por la muerte de don Guillermo apenas está empezando? —preguntó, extrañado.

—Es que no es por ese caso. Es por una masacre en la que aparece usted vinculado en Abejorral, como paramilitar.

—¿En donde? Si yo ni siquiera conozco ese pueblo.

—Hombre, es muy grave su situación. Nosotros tenemos que mandarlo para la Fiscalía, a la que le compete este caso. Lo lamentamos mucho, no podemos hacer nada. De todos modos este problema se lo ganó usted por no arreglar las cosas a tiempo.

Desde ese momento, Argiro tuvo el convencimiento de que el DAS sabía que había cometido un error.

ANTE LA PRENSA

Luego de esta conversación volvieron a encerrar a Argiro en la pieza donde estuvo inicialmente y en las horas de la tarde lo sacaron de allí. Argiro pensó que ya lo llevaban para la Fiscalía. Pero no. La experiencia que venía era una de las más dolorosas.

Serían las cuatro de la tarde cuando le dijeron a Amparo que debía retirarse de la sede del DAS. Sólo después ella sabría que a esa hora llegaban los periodistas que iban a cubrir el caso.

Hasta ese momento Argiro había estado relativamente tranquilo, pero grande fue su sorpresa al darse cuenta de que lo presentaban ante la prensa nacional. Estaba asombrado: el DAS sabía que el suyo era un caso equivocado y, sin embargo, lo mostraban como un criminal frente a los periodistas.

Reaccionó con rabia, dolor y desesperanza ante las cámaras, luces, grabadoras y libretas de notas. Lloró. Se sintió indignado. Pensó en sus hijos, en su familia. No se cansó de repetir que en su caso se estaba cometiendo una injusticia, que lo estaban confundiendo con otro hombre, que él era inocente. Realmente no supo ni qué dijo:

—¡Ayúdenme! —pidió repetidamente, ahogado por las

lágrimas. —Yo soy inocente, están equivocados.

Cuando le estaba explicando su situación a uno de los periodistas de Teleantioquia, se acercó uno de los funcionarios del DAS y Argiro sintió que lo cogían bruscamente, le agachaban la cabeza y la hacían entrar.

El en ningún momento pensó que lo fueran a presentar ante las cámaras para anunciar la captura de un peligroso delincuente. Por eso su explosión de angustia y drama fue inesperada.

Al estar de nuevo recluido en la misma pieza de esa mañana, no hizo más que llorar mientras se dedicaba a pensar en su familia. Su mente estaba en blanco para concentrarse en otra cosa: su mayor dolor era recordar a sus hijos.

Amparo regresó antes de que hubiera culminado la rueda de prensa. Al parecer, como pretendían mantenerla alejada, le dijeron:

—Su esposo le manda decir que le traiga comida, chanclas, cobija, cepillo y toalla.

Ella fue a comprar lo que le pedían y cuando regresó ya Argiro no estaba en la sede del Das. Pero no se lo dijeron. Le recibieron los artículos, como si estuviera allí.

Hacia las seis de la tarde los funcionarios del DAS habían ido por él y lo entregaron a dos agentes que lo llevaron en un vehículo Mazda rojo hacia el Centro Administrativo La Alpujarra, a la sede de la Fiscalía. Uno de los hombres, sentado en la silla delantera, se volvió hacia atrás y le dijo:

—Présteme las manos -Argiro levantó un poco los brazos y sintió un poco de alivio al verse libre de las esposas.

Al llegar a la sede administrativa del gobierno departamental se encaminaron

hacia la Fiscalía. En un ascensor subieron varios pisos. Al detenerse en uno de ellos presentaron unos papeles o unas cartas. Después escuchó que era necesario que esperaran porque debían trasladar al capturado hacia Bellavista.

—Hombre, qué falla. Nos vamos a perder el partidito de Nacional —murmuró uno de los agentes que lo habían conducido hasta allí.

Una hora más tarde le dieron la remisión para que fuera recibido en la cárcel nacional de Bellavista. Ya con la orden en la mano, salieron hasta la plazoleta de la Alpujarra y allí Argiro les pidió permiso para hacer una llamada. Los agentes accedieron a la solicitud del detenido.

—Tranquilo. Hágala —le dijo uno de ellos, mientras le regalaba una moneda de cien pesos. Argiro notó sorprendido que los dos agentes se quedaron en el carro.

Se encaminó hacia el teléfono público y se comunicó con su familia. Le contestó la cuñada que estaba cuidando sus hijos. A ella le explicó que lo llevaban para Bellavista y le sugirió que estuvieran tranquilos, que él estaba bien.

Cuando Amparo llamó a su casa, luego de esperar que Argiro comiera y le mandara alguna nota, su hermana, en medio del llanto, le comentó que él había llamado para que le llevaran una cobija. Amparo fue a averiguar al Das y le dijeron que su esposo se había llevado las cosas.

Ella comprendió que le estaban mintiendo y llamó por teléfono a su hermana Luz Dary, que vivía al frente de Bellavista, para que le entregara una cobija, mientras ella llegaba. Luz Dary acudió de inmediato.

Luego de llamar a su casa, Argiro sintió cierta tranquilidad,

tanta que al volver a subirse al Mazda empezó a hablar con los agentes haciendo algunos comentarios sobre el partido de fútbol de la Supercopa que esa noche disputaba el Atlético Nacional, en su propio estadio, ante el Sao Paulo de Brasil. No estaba de ánimo como para hablar de fútbol; sin embargo, la amabilidad de los dos funcionarios lo cogió por sorpresa, y su deseo por pensar en algo diferente a su suerte, lo llevó a entablar ese diálogo que lo mantuvo entretenido una media hora, mientras llegaron a las instalaciones de la cárcel de Bellavista.

—No se preocupe que usted arregla eso ligero. Le aseguro que en unos quince días está otra vez en la calle —afirmó uno de ellos. Ese comentario fue reconfortante y le ayudó a sentirse más optimista.

—¿Oíga, y por qué me llevan para Bellavista y no para otra cárcel más segura? —preguntó Argiro con más confianza.

—No, tranquilo, esto aquí tiene mucha seguridad.

Llegaba pues a la cárcel más importante de Antioquia, aquella que fuera construida para albergar a unos 1.500 presos y que en ese momento tenía más de 3.500. Aquella en la que los reclusos veían pasar los días, los meses y los años esperando que su situación fuera resuelta por un juez, y veían muchos, muchísimos procesos estancados.

Argiro conocía por comentarios de terceros y por la información de prensa, que Bellavista figuraba como uno de los centros de reclusión más violentos del país y eso hizo que se volviera a intranquilizar. Conocía que eran frecuentes los asesinatos y mucho más frecuentes las lesiones personales. En muchas

oportunidades lo había pensado: no le tenía tanto miedo a la cárcel, como a que lo mataran para sepultar el proceso y dejar libre al verdadero responsable. Su única esperanza era que fuera remitido a un pabellón de alta seguridad.

Con esa ilusión descendió del vehículo y se dirigió a aquella inmensa edificación blanca, de bordes verdes y once patios, que lo estaba esperando.

Desde este momento los investigadores identificaron a Argiro, además, como el "Pecoso", apodo que nunca antes había sido utilizado durante el proceso.

UNA HUELLA IMBORRABLE

El mismo día en que capturaron a Argiro, falleció la abuela de Amparo a las tres de la tarde. En la noche, cuando ella volvió a Sabaneta, serían cerca de las 9:30. Iba a recoger a su hermana y a los niños para dirigirse al velorio. Estaba empacando la ropa cuando dieron la noticia sobre la captura de Argiro.

Para los niños fue muy difícil asimilar la idea de ver a su padre ante las cámaras tratado como un peligroso delincuente. Fue muy traumático. Lloraron durante largo rato.

Sus amigos y conocidos leyeron sorprendidos las páginas de El Espectador del día siguiente donde en primera página aparecía una foto de Argiro y decía que "el sujeto está condenado a 17 años de prisión por otro crimen (...) "alias El Pecosó, quien está sindicado de haber participado en otros crímenes, fue aprehendido en la casa #26 de la unidad residencial situada en la calle 61B sur del mencionado sector del Valle de Aburrá (...) Información de inteligencia advierte que el criminal, cedulao en Barbosa, había pertenecido a grupos paramilitares".

El jardín de los niños muertos

LUZ ENITH ARIAS RESTREPO

“...Al otro día sí me levanté y le serví el desayuno al Riqui. Lo único que me dijo era que esa vaina sí sabía a desayuno y salió y se fue. Entonces me entré pa’ la pieza, saqué el frasco y me fui pa’ el solar. Allá le eché la bendición y bauticé al feto, lo puse Beto, por el parecido con lo que era, y le recé un padrenuestro. Pero me fijé un pacto con él, le dije: “Beto, usted que no alcanzó a nacer y que no conoce la maldad de este mundo va a proteger esta casa de los demonios y malevos, yo le prometo que de hoy en adelante dejo de andar putiando por ahí”. Y así fue. De hora en punto que no volví a salir a joder con nadie por las noches...” Estas son las palabras de uno de los personajes del reportaje de Luz Enith Arias, “El aborto provocado y su incidencia en la salud pública de Medellín”, otro de los trabajos que recibió mención de honor en la primera promoción del posgrado en Periodismo Investigativo de la Universidad de Antioquia.

Aquí todos en la cuadra me llevan la mala. Pero sabe qué vieja Paulis, pa’ Dios que me llevo por el culo a los Marios. Ellos son los que andan regando el cuento de que Marina tiene Sida y por eso nadie volvió a pichar con nosotras y ¿sabe qué parece?, son hasta descarados esos hijueputas, hace dos meses vinieron a que les fiáramos una papeleta de coca y yo me fui de tropel con ellos y hasta le eché navaja a uno. ¿Usted vio que el flacucho ese estuvo encerrado que tiempo?, eso fue por la tales.

Vieja Paulis, yo empiezo a trabajar con el negocio de los chances todos los días a las cinco de la tarde. Abro esta puerta, saco mi cajón y no pasa más de media hora cuando ya hay dos o tres motos parqueadas al pie mío diciéndome: “Maryory una bola, Maryory una papeleta, y así...”. Eso es lo que le duele a la gente, ellos piensan que uno está consiguiendo plata y se azaran todos. Pero nadie ha sido capaz de montar la competencia, es que no es tan fácil conseguirse la droga y menos ahora que todo el mundo anda encima de uno, los tombo, los milicianos, los de la banda del Ratón. Esos hijueputas me tienen volando.

La semana pasada llegó el Ratón y otros dos, me pidieron una papeleta, y aquí el que compra mil pesos de mercancía sabe que tiene que dejar doscientos más para el chance, me entiende, hay que cuidar la fachada. Entonces, estos maricas

se fueron de tropel conmigo porque no me querían dar lo del chance, pero yo no me le arrugo a nadie, parce, y enfrenté al Ratón y ¿sabe qué? él se quedó calletano y se llevó a los otros dos. Ese Ratón me gusta como un putas, yo con él me gasto mi rollo, él sabe cómo son las cosas conmigo.

Yo no tuve hijos con el malparido de mi marido que debe estar hirviendo en los putos infiernos, aunque no niego que por él se criaron mis nueve hermanas y yo. Usted sabe que a mi cucho lo mataron por vicioso cuando yo tenía 16 años. La cucha estaba preñada cuando el tales se murió, tenía dos meses, y ya le he contado Paulis que ella se murió cuando estaba pariendo a Yusney, que es la menor de todas. Por esos días yo me andaba cogiendo con un cucho de 40 años que era viudo y al ver el hijueputa hambre que se nos venía encima pues me casé con el Riqui.

Él y yo tomamos las riendas de la casa. Pero yo era una cagona y no me gustaba sino vivir en la calle chimbando por ahí con los pelaos y tales. Me iba p’a la casa de una cucha de 50 años que vive por Aures, hoy en día ya hasta gacha está, y me metía allá con los pelaos, ¿me entiende? La cucha me alcaheteaba, ella decía que yo estaba muy joven pa’ encerrarme al lado de un catano. Yo le colaboraba ahí con los tipos que llevaba y se los dejaba calentar primero a ella. Eso les hacía estriptis y les mostraba esas tetas

todas caídas, los tocaba por todas partes y me los pasaba a mí cuando ya los tenía arrechos. Ella se quedaba con nosotros y se masturbaba viéndonos pichar. A mí me gustaba así y a los pelaos también.

El Riqui ya se había acostumbrado a que yo me le perdiera por las noches. El decía que me tenía confianza y que yo era joven y me tenía que divertir. Lo único que no me perdonaba era que saliera antes de que él llegara del trabajo, que me le quedara más de la una de la mañana, que no le tuviera ropa o comida arreglada o que no me dejara montar de él por la noche cuando llegaba de la calle. Si le jugaba una de esas me iba de cascada. Pero como nosotras éramos puras mujeres, yo las ponía a todas a trabajar en lo de la casa y lo demás se entiende, a la final yo era su mujer.

El Riqui nunca bebía. Él respondía por todo lo material ¿me entiende?, comida y esas vainas y también por lo espiritual. A mis hermanas les ponía disciplina, les enseñaba a rezar, a ser responsables y cumplidoras del deber. Nunca las dejaba salir ni a la puerta de la calle a no ser que él las acompañara y me tenía prohibido dejarlas hablar con algún extraño. Yo al principio traté de contrariarlo y le daba permiso a las peladas pa' que salieran, pero ellas se lo contaban a él y claro, eso era maderiada fija. Después, viendo todos los vicios de la calle yo hasta le agradecía que ni siquiera les permitiera ir a la escuela. Las cuatro mayores fuimos las únicas que logramos terminar el quinto de primaria, a las demás el Riqui les enseñó a leer y escribir, pero nunca asistieron a una escuela.

Mi marido nunca llegó a cascar a ninguna de ellas, cuando alguna güevoncita le hacía alguna cosa me cascaba a mí delante de

ellas pa' enseñarles cómo se reprende a una mala persona. Los domingos, que era su único día libre, las llevaba a misa de doce, las sacaba a caminar por ahí, les daba cono y llegaban a la casa a las cinco de la tarde, él marcaba como un reloj. Yo me tenía que quedar hasta que llegaran pa' serviles la comida y después arrancaba calle arriba.

Cuando llegaba del trabajo o de misa los domingos, él siempre se encargaba de cerrar los postigos de las ventanas de la sala y las tres piezas, después les daba la comida a las cuatro menores —la Maritza, la Amparo, la Catalina y la Yusney— y a las seis en punto se encerraba con ellas para hacerlas dormir. Luego se iba a rezar el rosario con las otras cinco mayores —Teresa, Marina, Yiset, Juana y Adiela— que dormían en la pieza de la mitad. Allí se quedaban rezando hasta que daban las once y luego mi marido se iba pa' la pieza de nosotros, la que queda a la entrada de la casa a esperarme.

Al principio las cosas de ese cucho me transaban, pero a los cinco años de andar en la misma empecé con un presentimiento raro. Es que sabe qué, a ninguna de ellas como que le interesaban los hombres y ya estaban en edad. Yo tenía como 21 años y réstele a eso de a diecisiete meses por cabeza. A ellas no les interesaba ni salir a la calle ni esas vainas. ¿Sabe qué? A mí eso como que no me transaba, pero con tal de que me dejaran mi vida en paz yo tranquila. Él me decía que era su esposa y que conmigo las cosas eran distintas, que yo ya era pecadora y que podía ir donde quisiera. Mientras me mantuve en esas andanzas todo marchó a lo bien en la casa, nunca tuvimos problemas y yo me sentía volando parce, cualquiera ¿si o no Paulis?

Hasta que una vez invité a cuatro pelaos a la casa de la

cucha, ¿si o qué? Yo quería experimentar con todos, pero los manes me faltoniaron y se aparecieron todos trabaletas con otros seis. Cuando tocaron la puerta yo abrí y al ver esa gallada tan hijueputa intenté cerrar otra vez pero ellos no dejaron. Yo me azaré toda y me puse mosca parce. Pero ellos llegaron como en son de paz y se sentaron ahí en el colchón. Es que esa casa no tenía sino esa sala, en la que había un colchón, un taburete y una matera; una cocina, en la que no cabía sino el fogón y las ollas; un baño que no tenía la taza y un espejo y una pieza con una cama, un nochero y un escaparate. Entonces, como le digo, los manes se sentaron y se prendieron un bazuco.

La cucha y yo nos quedamos paradas mirándolos, no nos atrevíamos a hacer nada. Hasta que dos de ellos se pararon y uno la cogió a ella y empezó a tocarla, el otro me cogió a mí y me empezó a desabotonar la blusa. La cucha intentó zarfársele al maricón pero ahí mismo se pararon las otras gonorreas y unos la cogieron a ella y otros a mí, y empezaron su hijueputa clavada. Usted no sabe Paulis la puta rabia que todavía me da. Eso si fue de lo más tenaz parce. Las dos quedamos tiradas en el suelo. Yo veía todo dando vueltas de los golpes que me dieron cuando me chocaban la cabeza contra el suelo como si quisieran partírmela, me dejaron las tetas sangrando de los arañetazos y mordiscos que me pegaron esas gatas hijas de perra y de lo de abajo... yo pensé que se habían llevado mi chimba de recuerdo.

No fui a amanecer a la casa y llegué al otro día cuando el Riqui ya se había ido a trabajar. La cucha me prestó ropa. Cuando llegué, mis hermanas me estaban esperando y empezaron a echar cantaleta y a decirme que nunca

habían visto a mi marido tan enojado como ese día. Entonces, yo me llevé pa' la pieza a Teresa, que es la hermana que me sigue a mí pa' abajo, y le conté todo. Usted no la conoce Paulis porque ella nos dejó encartadas con el Romelio, el mayor de los caguetas, y se abrió de aquí hace años. Y ella se puso a hacerme remedios pa' que se me quitaran las heridas y Riqui quedara sano del rollo. A las cinco de la tarde llegó él de la construcción. Me entré pa' la cocina a servirle la comida, cuando lo veo aparecer con el palo y me pegó una cascada que pa' Dios que todavía no se me olvida.

Esa fue la primera vez en los cinco años que llevábamos viviendo juntos que no salí a la calle. Pero al otro día, él se levantó todo arrepentido y le dijo a las otras que no me dejaran levantar de la cama hasta que él volviera. Cuando llegó, me dijo que me fuera pa' la calle y que ya sabía a qué horas tenía que estar en la casa. Yo le dije que no quería salir y él me dijo: "si lo que quiere es que la vuelva a cascar, entonces quédese".

Durante casi un mes me seguí yendo pa' donde la cucha y allá me quedaba hablando con ella hasta las doce de la noche. Cuando llegaba le daba chimba al Riqui y me quedaba dormida hasta el otro día. Lo duro, parce, fue cuando caí en cuenta del retraso y claro, estaba preñada. Me hijueputié un millón de veces y como mi marido no podía tener hijos él me había jurado que si algún día le llegaba embarrigada me metía un tiro por el culo. Yo me cuidaba mucho de eso, la cucha era una experta en el ritmo y ella me llevaba las cuentas. Los días que no se podía, ella se los sacaba de mi chimba cuando veía que ya estaban a punto de venirse y recibía el polvazo en la de ella.

Yo no sabía pa' donde coger, me provocaba colgarme de una de las vigas de la casa. Entonces la cucha ésta me dijo que fresca, que me metiera una cebolla junca por la cuca, bien adentro de la vagina, que eso me quitaba el problemita, y eso fue lo que hice. Incluso ella misma me metió la cebolla. Cuando llegué a la casa estaba tranquila, pero como no dejé que el Riqui se me montara entonces recibí una maderiada. Ay Paulis, al otro día amanecí con una fiebre tan tenaz que la colcha estaba mojada del sudor tan teso, eso chorriaba agua por todas partes. Como estaría de mal que el mismo Riqui se ofreció a llevarme al Hospital La María, pero le insistí tanto que me dejara quieta, que eso se me bajaba con las bebidas de Teresa, que al fin decidió ir a trabajar y dejarme la plata pa' que me fuera sola pa' el hospital en caso de que siguiera llevada.

Cuando él se fue, me saqué la cebolla como me había dicho la cucha, me bañé y me arreglé, cogí un bus y me fui pa' el General. La cucha me había dicho que allá todo bien, me entiende, cero preguntas y tales. Me temblaba hasta el culo. Llegué a urgencias como a las nueve de la mañana y me atendieron como a la hora. Por Dios Paulis que ese día pensé que me iba de cajón. El médico que me atendió me trató a las patadas, y me metió miedo diciéndome que había estado de buenas porque la infección no me había roto el útero y casi es fijo que lo rompía y si eso hubiera pasado me habían tenido que vaciar o me hubiera ido de cajón.

Cómo a las once de la mañana me llevaron pa' la sala donde estaban todas las parturientas. No Paulis, que olla eso, uno bien llevado por un aborto y las otras ahí mostrando su barriga, no, qué hijueputa banderiada le pegan a uno con eso. Como a la una me

entraron a la sala esa donde entraban todas las de los partos, me preguntaron si venía con alguna persona y les dije que no. Entonces me dijeron que me iban a hacer un curetaje y que posiblemente me tenía que quedar hasta el otro día. Ahí si me timbré. Pero yo dejé que me metieran a cirugía y que me hicieran lo que me tenían que hacer.

Cuando me desperté, estaba en una sala con un montón de viejas. Me sentía como mareada y con todo como encalambrado. Entonces la enfermera me entregó la bolsa con mi ropa, me dio una fórmula con unas pastillas que tenía que comprar y la cuenta. Me advirtieron que si no me quedaba quieta, cuidándome y tales, me iba a poner peor. La enfermera dijo que todo había salido bien, que no iban a tener que dejarme en el hospital, es decir, que podía salir de una.

Cuando ya estuve lista yo le pregunté a la enfermera que qué era eso de curetaje y ella me dijo que era una raspada que le hacían a uno en el útero pa' sacarle el crimen. Entonces yo le dije que quería quedarme con el crimen que me habían sacado, ¿si o si parce?, quería quedarme con el feto. La hijueputa enfermera me dijo que eso ya estaba en la basura y que allá les estaba prohibido entregarlo. Yo le dije que por la basura no se preocupara que a mí no me daba asco sacarlo, pero que quería verlo. Entonces la vieja esa me dijo: "no ve, es que ustedes se ponen a hacer las cosas y después se arrepienten". Pero yo arrepentida no estaba, pues más arrepentida iba a estar en la tumba apenas el Riqui me matara. Le rogué tanto a la hijueputa que al final siempre me lo mostró y hasta terminó regalándomelo. Eso era una bolita de carne, no se veía nada, ahí uno le adivinaba cuál era la



forma de la cabeza, pero eso no tenía nada.

Yo salí como a las cinco y media de allá y me llevé el fetico en un frasquito que me regaló la enfermera. Me cobraron como cinco mil pesos, pero el Riqui sólo me había dado \$1000, entonces llamé a la cucha esa y ella me dio la plata y me pagó el taxi pa' la casa. Como a las seis llegué y ahí mismito me acosté, el Riqui estaba como una fiera, pero cuando me vio tan pálida le dijo a las muchachas que me dejaran tranquila.

Yo escondí el frasco debajo del colchón de la cama y me acosté. Es que andaba muy mal, estaba que me vomitaba, todo me dolía... no, qué güevonada. El Riqui esculcó la cartera donde me pilló la fórmula y salió a comprarme las pastillas. Me llevó una con aguapanela y ni me preguntó que tenía. Al otro día, el Riqui salió. Yo no me levanté en todo el día. Me quedé acostada pensando en el feto. ¿Sabe qué pelada?, yo ese día decidí que él también merecía tener una sepultura digna, ¿por qué no?, él también era un ser humano. Yo sé que lo maté, pero Paulis, era él o yo, ¿si me entiende parece?, esa es la ley de la vida. Él todavía no tenía apegos aquí, yo sí. Además, si el Riqui me hubiera matado también le había tocado a él. Yo por eso no siento ningún remordimiento parece.

Al otro día sí me levanté y le serví el desayuno al Riqui. Lo único que me dijo era que esa vaina sí sabía a desayuno y salió y se fue. Entonces me entré pa' la pieza, saqué el frasco y me fui pa' el solar. Allá le eché la bendición y bauticé al feto, lo puse Beto, por el parecido con lo que era, y le recé un padrenuestro. Pero me fijé un pacto con él, le dije: "Beto, usted que no alcanzó a nacer y que no conoce la maldad de este

mundo va a proteger esta casa de los demonios y malevos, yo le prometo que de hoy en adelante dejo de andar putiando por ahí". Y así fue. De hora en punto que no volví a salir a joder con nadie por las noches.

Pero ahí fue donde empezaron todas las tragedias de esta casa. Ese día a las cinco de la tarde el Riqui llegó, cerró los postigos de las ventanas, se entró pa' la cocina, se sentó en un banquito junto a la mesa, se comió lo que le había servido y se encerró con las niñas a hacerlas dormir. Como a las siete pasó a rezar el rosario con mis hermanas, entonces yo me le aparecí y le dije que también quería rezar. Apenas me vió, la gonorrea ésta me miró como si hubiera visto un espanto, y me dijo: "usted qué hace aquí, no debería estar en la calle o es que se me va a hacer la enferma hoy también". Yo le respondí que todo bien, que yo había decidido no volver a salir. Entonces cogió el palo y me dijo: "gonorrea, o te vas o te acabo a madera". Pero un pacto con un muerto es un pacto con un muerto, yo eso sí lo respeto mucho. Entonces me armé de valor y le dije: pues máteme, pero yo de aquí no vuelvo a salir por la noche.

El Riqui cogió el palo y empezó a pegarme y a decirme: "¿qué te pasó, puta?, ¿fue que te violaron o qué?, te largás de aquí ya si no querés que te eche del todo de la casa, aquí mando soy yo" ... y bueno, un montón de güevonadas. Entonces yo toda aporreada pa' donde iba a coger, pero le dije que listo, que me iba y me salí pa' la puerta y ahí me quedé hasta las doce. Cuando entré, me acosté. Esa noche como que el hijueputa estaba lleno porque no me pidió nada. Al otro día sí me la pensé bien y por la tarde, cuando el Riqui se encerró con las niñas, yo me

entré pa' la pieza de nosotros y me escondí debajo de la cama. Yo había pensado que cuando estuvieran terminando el rosario me salía de ahí y me escondía en la sala hasta que fueran las doce. Después, me hacía la que apenas estaba entrando.

Cuando el malparido este salió de la pieza de las niñas me buscó por toda la casa, al ver que no estaba se entró disque a rezar el rosario con las otras. ¡Pero qué rosario! En vez de padrenuestros empecé a escuchar que el cucho éste les decía que se desvistieran, que se tocaran las tetas, que se metieran el dedo por la cuca, que se lo mamaran. A mí al principio me pareció que estaba loca, es que, parece, yo nunca creí que el hijueputa me mandaba pa' la calle pa' poder comérselas a todas.

Cuando me di cuenta de eso me fui pa' la cocina, cogí un cuchillo y me entré pa' la pieza a matarlo. Todas estaban en bola, y yo me le tiré encima y le alcancé a dar. Las muchachas saltaron a defenderlo y la emprendieron conmigo, me pegaron con todo lo que encontraron y la Teresa me gritó y me dijo que ellas dizque "lo amaban" y que si lo iba a matar que las matara a ellas mejor. Yo como que no podía con eso, pero me desencalamburé y me fui a encerrarme a la cocina. Allá amanecí. Al otro día, salieron las cinco con el Riqui pa' donde el médico, dizque estaba muy grave alcancé a escuchar. Es que le enterré ese cuchillo con una ganas.

Aproveché pa' preguntarle a las niñas qué les hacía el Riqui y ellas todas inocentes me dijeron que jugaba con ellas y las hacía dormir. Que les quitaba la ropa, les hacía cosquillas, les calentaba el cuerpo con las manos y luego les ponía las pijamas, y les contaba cuentos hasta que se dormían. Les pregunté que si lo habían visto sin ropa y me dijeron que nunca. La Yusney, la menor,

sólo tenía seis años. Ella me dijo que él las hacía dormir muy rico y las otras me dijeron que él era el mejor papá del mundo, en resumidas cuentas todas estaban encoñadas con el malparido este.

Cuando volvieron del hospital llegaron sin él, ninguna me quiso decir nada. Hasta que por la tarde la Mariela me advirtió: "vea maricon, si Riqui se muere, la matamos". El problema fue pa' que las niñas se durmieran. Estas güevoncitas estaban tan acostumbradas a eso que entre ellas mismas se pusieron a calentarse. Las otras como que les contaron que por mi culpa Riqui estaba pa' morirse y ahí fue cuando comenzó el odio de todas. Yo me fui pa' el solar y le pedí a Beto que protegiera y las salvara a ellas de la vida endemoniada que estaban viviendo. Es que yo si fui muy hijueputa, nunca me preocupé por ellas. En la casa nadie salía, no había televisión, no había contacto con el mundo, me entiende.

Al otro día se murió el Riqui y yo pa' la cana. Las mismas hermanas fueron las que llamaron a los tombos. Allá estuve diez años, en el Buen Pastor. En siete años nunca supe nada de nadie, hasta que un día se apareció la Marina por allá. Yo apenas la miré. Ella me dijo que cuando cumpliera la condena me esperaban en la casa, que ya todas me habían perdonado y que la casa todavía estaba en Kennedy, en la misma calle. Yo les escribí algunas cartas, pero no me respondieron, es que pa' Dios que no sabía si ellas si sabían escribir y leer, eso en parte me daba ánimos.

El día que salí, estaba más desubicada, parce, yo no tenía ni idea de esta ciudad, veía todo tan grande y tan raro. Pero lo mejor era que la Marina, Yiset y Adiel me estaban esperando. Yo sentí una emoción tan hijueputa y por Dios que fue Beto que quiso que yo volviera a donde él. No cruzamos palabra en todo el camino, cuando llegamos a la

casa me dijo la Yiset: "si quiere vivir con nosotras se tiene que someter a todo, aquí las vainas no son como antes".

De la casa no quedaban sino las tapias roñidas, el zaguán largo y oscuro, porque desde hacía cinco años les habían cortado la luz, un solar sin flores y unas piezas llenas de telarañas en las que sólo estaban las camas. De la sala todo había desaparecido, muebles, cuadros y muñecas. Cuando llegué a las once de la mañana todos dormían. Las muchachas me mostraron la cama, Adiel me dijo que iba a dormir conmigo, que si quería me acostara con ellas, que iban a descansar un rato. Yo les dije que estaba mamada de estar encerrada, que iba a estarme en el solar un rato. Fui a saludar a Beto y a contarle cosas. Cuando al rato sentí un niño llorando y me entré pa' la casa, pero todo estaba solo. Me entré pa' la cocina. Estaban la misma mesa, los mismos banquitos y una olla con aguapanela en un fogón de petróleo y unos panes encima del pollo. Sólo eso.

Al momentico sentí que abrieron una puerta y entonces salí al zaguan cuando veo que reguero de muchachitos tan teso, casi me muero, me provocaba volverme pa' la cana. Detrás de uno de ellos salió una jovencita toda lindita, yo ahí mismo supe que era Yusney. Ella me miró todo feo y me dijo: ¿sabe qué matoncita?, si usted nos dejó sin él empiece a trabajar pa' que nos sostenga. Aquí se paga la comida putiando o manejando el ventorrillo. Escoja qué va a hacer".

Yo me puse mal, pero me quedé calletana. A eso de las dos de la tarde se levantaron todas. No vi a Teresa ni a Juana, después Adriana me contó que se habían largado y las habían encartado con los dos chinos que ellas tenían. Ahí poco a poco me fui acostumbrando a la rutina de la casa y me fui

apropiando del ventorrillo. Las muchachas dejaron los odios a un lado. Yo después fue que compré la tabla de chances y empecé a encargarme de todo lo que tenía que ver con eso. Las muchachas ya estaban todas putiadas y con de a hijo, ya no había nada que hacer. Lo que más me martirizó es que todavía conservaban del Riqui la cerrada de los postigos de la ventana a las cinco de la tarde. Mejor dicho, lo siguen conservando.

Lo último que supe es que la cucha se había vuelto la abortera de ellas. Yusney me contó que cuando se dio cuenta de que me habían encanado, ella se volvió como un ángel de la guarda pa' todas, pues cada mes les mandaba plata y comida. Después, cuando supo que todas se habían dedicado a la prostitución y por ahí derecho a tener hijos, ella aprendió con una vieja de Aures a hacer abortos, y es la que les aplica las vainas, luego se van pa' el General y se vienen con su feto. La última que abortó fue la Catalina, tuvo un par de mellicitos, esa casi se va de cajón, pero la vaciaron y se salvó de la muerte. Esos los enterramos en el solar hace poquito, con ellos son 12 los que no nacieron y nos protegen de los demonios. Pero Paulis, open de parche que van a ser las cinco y usted sabe las pintas que vienen.

* * *

Maryory abrió la puerta que alguna vez estuvo pintada de gris. Paulis entró con ella para ayudarle a sacar a la acera la tabla de chance. Vio, prendidas a las paredes del patio, miles de maticas de musgo corriente —ese que siempre aparece donde ya nadie mira ni toca— y al fondo del oscuro zaguán, la puerta del solar donde queda el jardín de los niños muertos.

No hay tal lugar

MARCO ANTONIO MEJÍA TORRES

Su pincelada es clásica, sabe cómo darle el toque a los paisajes y retratos que plasma con dominio en sus acuarelas. He llegado justamente en el momento en que se dispone a pulir un cuadro sobre Los Farallones del Citará y me ofrece, mientras termina su labor, una taza de café, hecho en casa con grano molido. El original, pintado por él hace años, fue robado hace pocos meses en la feria de la industria y el comercio. El ladrón cayó en una de esas acciones de "limpieza" que se han desplegado por todo el suroeste. De ellas poco se habla y todos prefieren callar. Es peligroso, dicen, a lo sumo uno escucha esa expresión "Debía muchas y se las cobraron". No tienen opción, como ese adolescente hay muchos en estos pueblos que ven avecinarse una nueva ola de violencia.

El sabor del café y su oscuro color me despierta en esta espera recuerdos sobre esta región a la que pertenezco. Esta era la ruta de mi abuelo y mas allá de los cerros, los pueblos que recorrió mi padre y la plaza en donde nació mi madre. Pienso en su pasado y en su presente. En los años cincuenta, la región fue escenario de lamentables acontecimientos que causaron el abandono de tierras, la expropiación y el miedo. La gente huía de las masacres. Luego vino la calma y con ella la bonanza del café y después de la bonanza, el desconcierto de los cafeteros ahogados en un cultivo y al vaivén de unas políticas sobre el precio del café que nadie comprende.

Hoy el desempleo, el crecimiento de la pobreza y la disputa de grupos armados, entregan la contradictoria convivencia de una región que muchos advierten promisorio, con la desesperanza de campesinos y comerciantes arruinados.

"Es todo un premio ver el cerro despejado. Perdí varios viajes a la vereda para tomar la foto, hasta que me salió ésta, aunque no muy buena ¿Mejor el cuadro, no le parece? Tiene más de cuatro mil metros. En esas alturas se estrelló el avión en que viajaba monseñor Valencia, el que llamaban el Obispo Rojo, eso fue por allá en el año de 1972, yo estaba muy niño. Dicen que fue un atentado".

Detalle la foto que Jairo Arias me extiende y me asombro ante la mención del sacerdote, una historia que hay quien quiere sepultar. Pero en la población de Bolívar ese accidente se ha incrustado en su historia.

El pintor guarda la foto en el álbum y aprovecha para mostrarme el registro de sus obras: personajes, carros de escalera, estampas de ciudad Bolívar. Jairo no es un suicida, ni se le ha pasado por la mente algo parecido. Nadie al verlo se puede imaginar que aquel joven pintor de acuarelas, patinador diestro, deportista múltiple, aficionado a la música clásica y excelente conocedor del buen cine, sea el pintor de lápidas del cementerio. El, desde hace cuatro años, escribe con pulida letra los nombres de quienes han fallecido, han asesinado o se han suicidado en Ciudad Bolívar.

"Un jueves tomó la decisión que lo aliviaría de su abatimiento: le pidió al sepulturero que le guardara hasta el otro día la tumba contigua a la de Rosalba, porque él estaría en ella al día siguiente. Cuando lograron tumbar la puerta del garaje y apagar las llamas que consumían el carro, encontraron el cuerpo de Holman carbonizado y encadenado en el asiento delantero. Se había asegurado muy bien, para que la vida no lo tentara y truncara su deseo de estar al lado de la tumba de su amante." Así narra Marco Antonio Mejía una de las tantas historias de suicidio ocurridas en Ciudad Bolívar, en el suuroeste de Antioquia. El recogió algunas de ellas en el reportaje "Los disidentes del Camposanto", otro de los trabajos de grado de la primera promoción de egresados de la Especialización en Periodismo Investigativo.

“Yo me aficioné a venir al cementerio siendo muy niño, sobre todo por un perro pastor alemán, muy bonito, que quería mucho a su amo, don Roberto Zapata. Este señor se ponía a beber y llamaba por teléfono a su esposa, le pedía que le pasara el perro y le ordenaba que fuera por él al bar Marne. Cuando don Roberto se pegó un tiro, llevaron el perro al entierro y allí se quedó al pie de la tumba. Era un espectáculo bien triste ver al animalito solo y triste, y empecé a llevarle comida, pero nada, el perro ni se movía, al final se murió de tristeza”.

El Campo Santo es el lugar de su sosiego, no hay sitio que lo acerque más a la esencia humana, allí se descubre a la gente en su sinceridad o hipocresía. Me describe su impresión y la perplejidad ante el último nombre que le tocó grabar, el del ladrón que robó el cuadro en la exposición y a quien le vieron después cuando acuchillaba a un comerciante del Chocó para robarle.

“Hay una historia muy vieja sobre el muladar de Bolívar, ocurrió a principios de siglo. Aquí vivió un tipo muy bien parecido, de apellido Restrepo, famoso por don Juan y mujeriego, Bernardo me parece que se llamaba, y que logró casarse con la hija de Manuel Enrique Uribe, uno de los personajes más ricos y poderosos. Por supuesto le dio muy mala vida a la mujer, se la pasaba en la zona de tolerancia. Borracho, la tomaba contra la esposa y la golpeaba. Don Manuel, muy dolido por esta situación, convenció a su hijo Leandro para limpiar el honor de la hija maltratada. Un domingo, muy de madrugada Leandro vengó a la hermana, un balazo bastó, luego puso el revólver en la mano del asesinado, lo que dio pie a la gente para que pensara

en un suicidio. El entierro lo tuvieron que hacer en el muladar.

La mujer no podía llorar a su esposo, ni visitarlo, porque un suicida era el que se “cagaba en la batica de cuadros”. Ella volvió al hogar y entre sus pertenencias llevó un retrato del esposo, que su hermano volteaba siempre que se encontraba frente a él. Aquella foto le mortificó tanto hasta que no pudo más con la culpa. Se fue para El bosque, una fonda cerca al río Tapartó, a buscar a un familiar de quien fue su cuñado, un Bernardo Correa, y le confesó el crimen. Pidió sobre todo que le informaran al cura que esa muerte no había sido un suicidio. El sacerdote ordenó que desenterraran el cadáver, le hizo la misa y le dieron cristiana sepultura. Don Manuel, arrepentido, tanto por el asesinato, como por la cárcel que le tocó pagar al hijo, se presentó ante el párroco de Bolívar y confesó su participación en el asunto. El sacerdote se negó a perdonarlo porque el pecado era tan grande que sólo el Papa tenía la facultad de absolverlo. Don Manuel organizó el viaje a Roma, se hizo acompañar de Raúl Vélez, un profesor de idiomas que si bien no sabía italiano, sabía francés y algunas palabras en latín. Regresaron como unos héroes. En Bolívar hubo gente que alquiló balcones para ver a los dos que habían visto al Papa, y para oír a Don Manuel, que en la plaza, ante todo el pueblo, contó de su viaje y del perdón que le dio el Sumo Pontífice después de haberle besado el anillo.

Desde temprana edad, Jairo oyó en boca de sus padres las historias de familiares que se ahorcaban en las pesebreras o en los árboles de tirisio. Una tarde, a la salida de la escuela, le tocó ver el momento cuando un campesino se colgaba de un árbol. Recuerda también al

vecino que amanecía tirado en el corredor, inconsciente por la borrachera. Cuando Carlos Mario Pamplona llegaba muy mal y no lograba meter la llave a la chapa, cogía impulso desde el otro lado del andén y tumbaba la puerta. Un día, después de oír repetidas veces el mismo tango en un bar de la plaza, le brindó su muerte a todos los presentes que sólo alcanzaron a ver el fogonazo y el rojo que entristeció la mesa.

“A mí me tocan casi todos los entierros, pero los más tristes son los de los suicidas. Al año de empezar a trabajar en esto de pintar lápidas me tocó una racha. Era el 17 de enero y habían ocurrido seis suicidios y supe por el sepulturero que otros tantos habían fallado. Si esos que se salvaron lo hubieran logrado, se hubiera ajustado la docena. Eso marca mucho a la gente, aunque creo que hay pocas familias que puedan haber escapado a eso. Pero no sé por qué razón se hace tanto comentario, uno oye decir así entre dientes, “en esa casa ya se han matado tal y tal, y el abuelo” y después siguen relacionando a toda la familia, a los tíos, a los primos lejanos, no sé, les da por hacer comparaciones”.

Visitamos el cementerio que mira a Ciudad Bolívar desde un montículo al oriente del pueblo. Jairo ha encontrado allí su gran escuela, aprendió a no temerle al cielo o al infierno. No le desvela el castigo o el premio de un más allá. Cuando contempla a todos los que llegan allí cubiertos por la muerte, jóvenes, viejos, ricos, pobres, hombres o mujeres, reafirma su convencimiento de tomar la vida sin prisa, suave, respirando hondo y sin gastarse en vibraciones muy fuertes. La lección es sencilla: lo bueno siempre es hoy. Transita por los bloques apropiándose de la tranquilidad y la paz que no



encuentra en el bullicio del parque. Le emociona vivir y sabe hacerlo, al escucharlo uno comprende sus afirmaciones, intuye su desprendimiento y se sorprende con su humor. Parece que esa cercanía con la muerte es una escuela de la ironía. No acusa insensibilidad, muchos son los nombres que le han dolido al marcarlos sobre el mármol: amigos, familiares, la buena gente conocida, pero no tiene ese dolor cuando el finado ha hecho y deshecho. Concluye que esa derrota es una ley natural. A quien debe, la vida pasa la cuenta y la muerte corre a cobrar, de eso no hay duda: "Aquí no hay malo que no haya pagado".

Los comentarios que hace frente a las tumbas me inducen a pensar que allí, en esa medida horizontal de los nichos, se encierran las grandes pasiones humanas. Me muestra la tumba de alguien que se suicidó por desamor. No pudo admitir el adiós de su novia. El estruendo que hizo la Magnum silenció las campanas que llamaban a misa. Una bala para ella y luego una bala para él. La mujer se salvó, él no pudo arrastrarla consigo hacia la muerte. Su tumba, como muchas otras, delata el olvido.

Hay dos tumbas que no requieren visita. Se bastan a sí mismas en la soledad del sepulcro. La una al lado de la otra, extienden la cercanía con la que se les conoció en vida. Holman fue el mecánico más diestro del pueblo. Desde la lata hasta el motor, no había secreto para él si de carros se trataba. Extraño que siendo mecánico tuviera solamente una amante, quizás por eso Rosalba le guardaba fidelidad y soportaba los maltratos que se repetían con frecuencia en los trece años que vivieron juntos. Inseparables, aún en el trabajo, ella le ayudaba en sus tareas de mecánica, engrasar o meterse debajo, desarmar una

pieza o levantar el carro no le representaba ningún problema. Los dos eran muy dados a la bebida y a los excesos. Así, tanto como se querían, así igual se aporreaban.

Quienes estaban en la fonda de Remolinos ese miércoles fueron testigos del fuerte alegato. Ella amenazó con tirarse al río y él imperturbable la invitó a que lo hiciera. Estaban muy borrachos. El amague no fue broma y Rosalba se arrojó al río. Holman la siguió por la carretera y la ayudó a salir. La trifulca continuó justamente porque el hombre le reprochaba el hecho de que hubiera cumplido la amenaza y la mujer le gritó que incluso era capaz de volver a hacerlo. El río la arrastró corriente abajo, no hubo segunda oportunidad, el cuerpo sin vida lo recogieron cerca a la desembocadura del San Juan en el río Cauca. Cuando Jairo marcó el nombre de Rosalba Urán, vio al mecánico quebrado por la tristeza, los ojos vidriosos y el nudo en la garganta. No volvió a trabajar, pasaba sus días bebiendo en el cementerio. Un jueves tomó la decisión que lo aliviaría de su abatimiento: le pidió al sepulturero que le guardara hasta el otro día la tumba contigua a la de Rosalba, porque él estaría en ella al día siguiente.

Cuando lograron tumbar la puerta del garaje y apagar las llamas que consumían el carro, encontraron el cuerpo de Holman carbonizado y encadenado en el asiento delantero. Se había asegurado muy bien, para que la vida no lo tentara y truncara su deseo de estar al lado de la tumba de su amante. Con una letra igual a la de la lápida de la mujer, Jairo escribió el nombre de Holman Vélez.

Una hermosa escultura de la Piedad, tallada en puro mármol, adorna el centro de una cripta en la parte baja del cementerio. Es

el refugio de Jairo, es su lugar secreto. Sentado sobre la base, acostumbra hacer las lecturas, dibujar o escuchar música. A esa imagen de la virgen dolorosa y del Cristo muerto le confía los soliloquios sobre el acontecer del cementerio. Inevitables desenlaces de la vida cuyas tramas algunos recuerdan y otros entregan a la desmemoria. En estas palabras vuelven algunas de esas vidas. Al repasarlas dejan entrever asombrosas decisiones: El hombre que, a petición de una sobrina, le entrega un revólver porque ella le expresa el deseo de matarse, pero no lo hace, el hombre toma entonces el arma y le dice: "usted no es capaz de matarse, pero yo sí" y dispara sobre su sien. El bohemio que en una cantina se clava un cuchillo en el corazón y se sienta luego a tomarse la copa que tiene servida en la mesa, aún tenía pendiente el trago que debía tomarse antes de morir. La muchacha que dispara sobre su pecho y al ver que no muere, acciona nuevamente el arma para alcanzar su muerte. El latonero que acostumbraba dispararle a los ojos del cuadro del corazón de Jesús, y al poco tiempo intenta suicidarse, sobrevive, pero queda ciego. Cuántos casos, cuántos motivos, cuántas sensaciones que justifican o no los motivos para vivir o para morir.

Al partir, me llevo la acuciosa frase que Jairo me entrega al despedirse:

"Los muladares se acabaron, ya no hay tal lugar, pero éste (señala la extensión del cementerio), téngalo por seguro, sigue siendo el lugar".

UN CUENTO DE NO ACABAR

Hoy vuelvo una vez más a La Comedia. Como siempre, encuentro la mano extendida de Ovidio y el café capuchino a

punto. Hay un viento fuerte que provoca el susurro de las ramas de la ceiba. La luz promete un espléndido atardecer. Le acompaña Gloria, su esposa, sicóloga y orientadora del colegio cooperativo.

En esta ocasión elijo una silla plástica. Antes acostumbraba sentarme en los troncos de Tirisio, pero ahora que conozco sus antecedentes un no sé qué me impide utilizarlos. Les cuento acerca de la búsqueda que realicé durante el día en los archivos. Un verdadero fracaso, al menos en la posibilidad de encontrar en los folios parroquiales alguna prohibición relacionada con los funerales de los suicidas, o el registro de defunción en la notaría o en la inspección de policía. Es curioso que algunas partidas de defunción sobre casos que me habían relatado, aparezcan como si se tratara de muertes accidentales. Nadie sabe o nadie quiere aclararlo.

Numerosos son los temas que nos esperan. Gloria tiene su propia visión de la idiosincrasia de Bolívar, allí nació y a su pueblo debe sus afectos. Nada de eso le impide encarar un asunto que muchos han preferido ignorar. Hablamos justamente sobre eso, sobre la reticencia al tema, y llegamos al acuerdo de que la censura que opera sobre estos hechos funciona más bien como un mecanismo de defensa. Es como si al evitar cualquier alusión se conjurara el mal. Por ahí se lee que el suicidio contagia y motiva.

También hay lecturas contrarias, como en el sexo, mientras más se informa más se controla. En Bolívar mucho se ha callado y entre esos silencios han ocurrido rachas que reviven lo que se pretende ocultar. La epidemia aparece, pero no es tan frecuente como en otras épocas. Incluso a finales de los años

ochenta y a principios de los noventa, los índices de suicidio bajaron notablemente. Se vivía un período de empuje, de opciones sociales y culturales, de optimismo. Ahora los suicidios parecen aumentar, coinciden con la crisis económica, los desplazados y los nuevos brotes de violencia.

“Yo no sabría decir si esas muertes tienen en Ciudad Bolívar una causa única. Hay de todo, incluso hubo una que creo es excepcional, la de alguien muy conocido en el pueblo al que le decían “Rifa diaria”. Se suicidó en un estado de plena euforia, mientras le daba una serenata a su mujer.” Al relatar este caso, Ovidio vuelve al perfil del apostador y me invita a descubrir esa psicología del riesgo tan reiterativa en la historia del municipio. No sólo el dado que puso a rodar fortunas y pasar las propiedades de mano en mano, a gracia de las cenas que favorecían a uno de los jugadores, sino también la fiebre por las carreras de caballos, o el ocio de escoger un gallinazo sobre el tejado y apostar su más cara pertenencia, a la espera de cuál de las aves levantaba el vuelo primero. Podían pasar una, dos o más horas, y alrededor de los jugadores se formaba un numeroso grupo que se unía a las apuestas o que simplemente se quedaba para ver como la finca La Linda volaba con el gallinazo a manos del ganador. O esos seres humanos que encarnan la acción imposible: “A Bolívar aún no ha llegado el carro que alcance al jorobado, al que le decimos también el entablado. De acuerdo al número de kilómetros, a él le dan de ventaja cierta distancia, y es mucha la plata que han perdido los que le apuntan al carro”. Una de las apuestas más famosas y en las que participó buena parte del

pueblo ocurrió el día cuando Pedro Vélez anunció que se gastaría cuatro horas caminando desde Bolombolo hasta Bolívar. La caravana de acompañamiento fue grande: caballos, carro de bomberos, volquetas y buses de escalera repletos de pasajeros. En la plaza lo esperaba la multitud y el grupo de mariachis que lo recibió con una serenata. Pedro Vélez no alcanzó a cumplir con el tiempo anunciado, pero la plata rodó ese día por todos los rincones del pueblo. Hay quien asegura incluso que por los años cincuenta se tiraba el dado para elegir el número de veces que se debía martillar el gatillo con el arma que apuntaba a la sien, hasta encontrar la única bala puesta en el revólver.

El final del crepúsculo entrega una noche clara y en la que ya brillan las primeras estrellas. Tratamos de avistar hacia el occidente la presencia del cometa Hale-Bopp. La visión es efímera porque es escaso el horizonte para el avistamiento. La conversación entra a las sospechas sobre las sectas. Mencionamos el reciente caso del suicidio de los 39 seguidores del movimiento “Puertas del Paraíso”, en una granja, en Estados Unidos. Sus miembros habían seguido la ruta del cometa por Internet, y estaban esperando el punto de mayor cercanía a la tierra, para pegarse a su cola. Comento la impresión que tuve al mirar el video, en el que uno de sus líderes hablaba con pasmosa tranquilidad sobre el ritual mortal que pensaban acometer. Ovidio hace memoria del reverendo Jones, quien llevó al suicidio a unas mil personas en la Guyana.

“Ninguno de los suicidios ocurridos en Ciudad Bolívar está ligado a un culto o a una práctica rara. Se buscó incluso la relación con la cadena de suicidios que se

presentó en Andes y en los que había claros indicios de satanismo, pero nada quedó claro, ni aquí, ni allá”.

Hay calor en la mesa y debate. Son tantos los hechos y tan diversas las motivaciones que no es posible aventurar causas. Nos ponemos de acuerdo en que es una decisión que rompe los códigos y se enfrenta a las valoraciones morales. Despecho, ruina, depresión, machismo, honor, se deslizan en cada suicidio. Muchos de ellos elaborados, pensados, enmarcados en una puesta en escena dramática. Por los años setenta los honores a los estudiantes muertos originaron una serie de suicidios. Jóvenes acosados por el desafecto y la indiferencia, se convertían con su muerte en el ser que en el entierro todos lloraban, el cortejo fúnebre le daba una dimensión de grandeza: el toque de la banda, el solo de la corneta, los compañeros de clase detrás del ataúd y su nombre de boca en boca, coronaban las aspiraciones de quienes se quitaban la vida. Sobre estas circunstancias lanzo mi inquietud y pido a Gloria que me ayude a comprender la razón por la cual, conocidos los riesgos de suicidio, no existen programas de prevención y de ayuda.

“Hace algunos meses se suicidó un estudiante de mi colegio, del grado décimo, tenía quince años. A los cinco años, su padre fue muerto por dos ladrones que lo asaltaron. Eso lo marcó para siempre, hasta el punto de que a sus compañeros de clase les comentaba que su intención era matarse. Las veces que lo traté lo sentía muy depresivo. Tomó la guitarra y le cantó a su madre algunas canciones viejas. Le había dicho que serían las últimas porque había tomado veneno. No le creyeron mucho porque no

mostraba ninguna reacción y además seguía cantando. Cuando se acostaron todo iba normal, pero en la madrugada la madre escuchó los gritos y vio las convulsiones del muchacho. En el hospital no pudieron salvarlo.” A raíz de esta muerte y de lo que suscitó entre sus amigos, que empezaron a comentar que “hasta de pronto lo del suicidio era una buena opción”, se formó un grupo de emergencia con los sicólogos del hospital, del municipio y del colegio. Hubo reunión con docentes, padres de familia y estudiantes con el propósito de diseñar un plan de prevención. Fue necesario acudir también al historial sobre las manifestaciones del suicidio en el municipio. Encontraron las mismas dificultades, resistencia de los familiares a informar y carencia de documentación. Parecería increíble, pero esas historias en su mayoría están depositadas en la memoria de la gente, los hechos viven en una mítica oral que viene de generaciones anteriores, y que da cuenta de uno de los rasgos de la personalidad de sus habitantes: su hermetismo, la culpabilidad que rodea a la familia del suicida, el arraigado machismo en el municipio. La actitud general es la inclinación al olvido, el suicidio no existe como un problema real, existe como una anécdota que se cuenta y que a veces llega hasta la apología. Gloria ha dado buena cuenta al grupo de sicólogos de los relatos que vienen de sus recuerdos de infancia y de aquellos que le ha tocado vivir: El suegro de una tía colgando en la pesebrera, el dibujo por donde entró la bala al corazón de “Picio”, el tango que escuchó Don Roberto antes de pegarse un tiro, el primo hermano que se ahorcó con la cuerda de nylon del sanitario, la mujer que se fijó como meta suicidarse a los

treinta y ocho años tal como lo había hecho a esa misma edad su madre; el campesino que contó en la fonda la forma como después, cuando saliera de allí, amarraría la escopeta al dedo del pie para volarse los sesos; la empleada de la Caja Agraria que se envenena por haber quedado embarazada.

Para comprender tanto suicidio todo es posible. Las pautas de conducta que son comunes en Bolívar: el paso súbito de la euforia a la más honda depresión. Comportamientos así advierten que algo raro pasa, está más allá de la zanja que encierra al municipio y que ahoga al que se siente triste, o del poco Litio en el agua del acueducto. Muchas respuestas tienen que ver quizás con la mentalidad de un pueblo, con las relaciones sociales que generan tensiones, con sus carencias, con la imposibilidad de alcanzar prototipos del pasado, con la incapacidad de dominar los impulsos del espíritu, con el corazón del hombre, con esa voz de ayuda que tantos lanzan y que no encuentra oído: el eco que desde la sordera de los más cercanos se devuelve, los deja en el territorio en donde habitan con su propio abandono.

Hacia pensamientos así se inclina esta conversación que atravesó la noche. La luna es cómplice del amanecer que se aproxima y descubro que el alba ha calado con su frío. Me embarga una curiosa sensación: en todo este recuento hay algo inatrapable, no sé en verdad qué es lo que se escapa, debe ser lo que el suicida se lleva y que ni siquiera su muerte entrega, de pronto tiene que ver con eso inesperado con que nos sorprende la noticia, o mas bien con el gesto que no supimos detener.

“Un cuento de nunca acabar”
me dice Ovidio.

“Un cuento de nunca acabar”
repite Gloria.

Un cuento de nunca acabar,
seguramente es eso, me digo

mentalmente, y me alegra pensar
que con la conversación de esta
noche llego al convencimiento de
que mi investigación ha
terminado, y acaso como un
símbolo, como una metáfora,

interpreto el acto del candado
que Ovidio pone a las puertas de
su taberna: La Comedia por esta
noche se ha cerrado.

Un grito ahogado contra la corrupción

¡Destapen!

ARTURO GIRALDO SÁNCHEZ

Con el argumento de que Bogotá no podía presentarse ante los embajadores extranjeros “como una humilde villa, sino que debía realizar algunas obras que le dieran aspecto de ciudad”, el gobierno de Mariano Ospina Pérez puso a disposición de la Junta Organizadora de la IX Conferencia Panamericana, que presidía el jefe conservador Laureano Gómez, 17 millones 400 mil pesos, una cifra que la oposición consideró exorbitante. Para reunirlos fue necesario recortar, según las denuncias, partidas asignadas al pago de sueldos y gastos de los juzgados municipales, al cubrimiento de bonos de deuda externa, a gastos del Ministerio de Educación y al pago de raciones alimenticias de los leprosos asilados en los Lazaretos de la República.

Para formarse una idea de lo que esa suma representaba en esa época, téngase en cuenta que el presupuesto anual de Medellín en 1948 era de 42 millones de pesos. El 10. de diciembre de ese año, cuando estalló el escándalo con la publicación en el quincenario Crítica del informe de la comisión de la Cámara de Representantes, designada para investigar los manejos de la Panamericana, se estaba iniciando precisamente el debate del proyecto de Ley de Presupuesto General de la Nación, valorado en 356 millones de pesos. Es decir que, en la organización de un evento diplomático que duraría unos pocos días, el Gobierno se gastó el equivalente al 5% de los

recursos anuales de la Nación, en una frenética carrera “por quedar bien con todo el mundo”, en la que habrían sacado tajada los beneficiarios de la corrupción y el desgüeño administrativos, el tráfico de influencias y el abuso de poder.

La junta preparatoria de la IX Conferencia Panamericana había sido nombrada por el presidente Alberto Lleras Camargo y la integraron Laureano Gómez, Camilo de Brigard, Roberto García Peña, Alfonso Palacio Rudas, Orlando Mazuera, César García Álvarez, Moisés Prieto, Gabriel Carreño Mallarino, Germán Zea Hernández, Plinio Mendoza Neira, Dario Botero Isaza y Julio Caro.

García Peña y Palacio Rudas renunciaron tiempo después. El primero, ya en ese entonces director de El Tiempo, por considerar que se estaba viendo comprometida su independencia como periodista; el segundo, como Contralor General de la República, la capacidad fiscalizadora.

El informe de mayoría resalta la conducta de García Peña, a propósito de una propuesta del administrador de la Revista de América para que se le compraran los diez mejores ejemplares de tal publicación, con el fin de obsequiarlos a los cancilleres. En efecto, en el acta No. 40 de la Comisión quedó constancia de que por solicitud de García Peña no se consideró la

La IX Conferencia Internacional Americana, reunida en Bogotá hace medio siglo, fue un acontecimiento excepcional: allí nació la OEA; sus deliberaciones casi se van a pique en el fragor del 9 de abril del 48; y a sus organizadores, encabezados por el dirigente conservador Laureano Gómez, les siguieron un sonado proceso por corrupción, despilfarro y una docena más de acusaciones. El hoy expresidente Julio César Turbay ayala llevó la voz cantante del debate en la Cámara de Representantes. Estos y otros pormenores de esa historia olvidada son recuperados por Arturo Giraldo en otra de las investigaciones destacadas de la primera promoción de egresados de la Especialización en Periodismo Investigativo de la Universidad de Antioquia.

propuesta No. 3.050, la cual “rechazó de plano, ya que no quería exponerse a malas interpretaciones en el futuro acerca de que estaba patrocinando negociaciones de la empresa”.

Turbay, pensando quizá en El Tiempo como un necesario aliado en el debate, no fue parco en elogios a la conducta de su director: “No se necesita ningún nuevo documento para comprobar que quien quiera honrar su nombre sin mezclarse en actos ambiguos, no se limita a salvar su voto, sino, como lo hacía García Peña, rechaza de plano toda posibilidad de confundir los intereses del Estado con los negocios particulares. El señor García Peña, con la pulcritud y corrección que son propias de los hombres de su estirpe moral, dio una lección de delicadeza que desgraciadamente no supo aprender don Camilo de Brigard. Lección que reviste una singular importancia si se tiene en cuenta que los vínculos de García Peña con la revista son exclusivamente intelectuales”. El propio director de El Tiempo hace alusión al incidente en el editorial del 2 de diciembre de 1948.

Cabe observar, de otra parte, que el papel de la Contraloría fue fundamental en la develación de las irregularidades ante los comisionados de la Cámara, pero en el rastreo de prensa de la época no se encontró registro de que sus investigaciones hubieran conducido a abrir cargos contra los funcionarios comprometidos y menos que se produjera algún tipo de sanción fiscal. De haber sido así, con seguridad la prensa gaitanista habría estado presta a divulgarlo.

TURBAY ACUSA A LAUREANO

Al final de su informe, el presidente de la comisión investigadora de la Cámara

enfoca todas sus baterías retóricas contra la figura de Laureano Gómez, convencido de que había logrado demostrar su culpabilidad. El arduo trabajo de seis meses en los archivos de la Contraloría, en la revisión minuciosa de las 167 actas de la junta organizadora y en el cotejo de los muy precarios registros documentales de la compleja gestión de casi tres años, con la que el país pretendió responder al desafío de ser la cuna de la OEA, tenía que producir réditos políticos a su principal promotor.

“La presencia del Dr. Laureano Gómez en la presidencia de la Comisión organizadora —perora Turbay— llenó de esperanzas a sus conciudadanos, quienes creyeron que el adalid de la oposición al régimen liberal sería un varón incapaz de incurrir en ninguna de las fallas que atribuyó a sus adversarios... Inclusive quienes nunca alimentaron ilusiones sobre sus capacidades administrativas jamás llegaron a creer que él fuera a cambiar, en la primera oportunidad, su título de campeón de la moral por el de promotor del más dramático certamen de ineptitud, ineficacia y favoritismo”.

Turbay, joven político en ascenso, cuyo origen de modesto hijo de un inmigrante libanés le enrostraron frecuentemente en los debates los defensores de Gómez y los columnistas y redactores de El Siglo, parecía estar muy seguro de que había reunido un sólido expediente contra el más poderoso jefe conservador. De haber contado con mejor suerte, valga decir, que las circunstancias políticas hubieran sido favorables, aquel debate habría podido cambiar el curso de la historia.

Consciente de la fuerza de los hechos que había logrado denunciar, arremetió con todo

en procura de por lo menos una moción de censura de la Cámara baja contra Laureano Gómez —el debate no alcanzó a llegar al Senado—, un golpe que sin duda habría sido duro en la carrera política del carismático “falangista”, que se perfilaba, desde su exilio posterior al 9 de abril en España, como el sucesor de Ospina Pérez, en vista de la división irreconciliable entre los jefes liberales y de la represión y el terror que se acrecentaba en la provincia colombiana.

Para el novel tribuno liberal “el señor Gómez se convirtió en un supremo dispensador de favores; en el ciudadano prepotente capaz de enriquecer con el otorgamiento de exenciones y contratos a cuantas personas se propuso; en oficioso gestor de licencias para los importadores de muñecas; en el valorizador de propiedades particulares, utilizando para tal fin los dineros sagrados de los contribuyentes; en el protector de la nobleza criolla que buscó en la acogedora y jugosa nómina de la Panamericana una oportunidad para remunerar su holgazanería; en el dilapidador de los dineros del Estado; en el enemigo público número uno de los trabajadores, pues, como ya lo hemos demostrado en forma irrefutable, las únicas partidas que se dejaron de pagar fueron precisamente las destinadas al barrio obrero y a las viviendas para la clase media”.

Peor que a los frustrados beneficiarios de vivienda popular les fue a los trabajadores vinculados a las obras para “engalanar a la capital”. En una noticia de primera página del diario Jornada, del 13 de enero de 1949, se informa que “\$350.000 debe la Panamericana a los obreros que realizaron la mayoría de las edificaciones”. En total, fueron 2.000 los damnificados, y el periódico

registra ese día la protesta de 300 de ellos frente a sus instalaciones, en la cual denunciaban el despido masivo desde abril del 48, el no pago de sus cesantías y salarios “por brazos caídos”, conforme a lo dispuesto por el decreto 2127 de 1945 y cuyo mandato había sido ratificado posteriormente por sentencia del Consejo de Estado.

Las conclusiones del “informe de mayoría” apuntaban esencialmente a acusar al presidente de la junta organizadora y a su mano derecha, el señor De Brigard, como los principales responsables de las irregularidades, eludiendo formular cargos contra los restantes miembros de la junta. En la fracasada proposición de condena de la Cámara, presentada al final del informe, queda clara esa intención: “Declarar que los representantes ejecutivos de la junta organizadora y consultiva de la IX Conferencia y sus subalternos delegados en la función ordenadora de gastos son responsables de haber autorizado egresos de fondos públicos nacionales en cuantía superior a un millón de pesos sobre las autorizaciones legales. Presentar como indelicada la conducta del Dr. Camilo De Brigard Silva, quien no podía reunir simultáneamente las condiciones de secretario de la Conferencia, miembro de la Comisión organizadora y director de las empresas comerciales contratistas de la Panamericana. Dar traslado a la Procuraduría del presente informe y los documentos de base, para la acción penal correspondiente”. Y termina: “Declarar que el Dr. Laureano Gómez, como presidente de la Comisión, tiene especiales responsabilidades en el régimen de privilegios, de desorganización administrativa y en el despilfarro de los dineros públicos”.

Turbay y sus compañeros de Comisión buscaron deliberadamente evitar señalamientos contra otros miembros de la junta, a sabiendas de que en la misma habían actuado prestigiosos liberales, empezando por el director de El Tiempo, y siguiendo con los excontralores Plinio Mendoza Neira (amigo personal de Gaitán y quien, por cierto, había tenido el fatídico privilegio de estar a su lado en el momento en que fue baleado por Roa Sierra), Alfonso Palacio Rudas y Germán Zea Hernández, éste último compañero de bancada en la Cámara de Representantes y quien terminó convertido en puntal liberal de la defensa de Laureano Gómez.

En el debate que se suscitó después de la lectura del extenso documento de la “mayoría”, y que se prolongó hasta el final de la legislatura —16 de diciembre del 48— una de las intervenciones claves fue la de Zea Hernández, el mismo día en que estalló el escándalo: “Debo declarar, fiel a mi conciencia, que los actos en que intervino el doctor Laureano Gómez estuvieron, en la Conferencia Panamericana, ajustados a la más estricta norma de equidad y de justicia”. Así remató su discurso que, ni corto ni perezoso, utilizó Alvaro Gómez Hurtado, para encabezar la información de primera página de El Siglo del 2 de diciembre. Con agudo sentido periodístico y perspicacia política, el joven, que había asumido recientemente la dirección del diario familiar, prefirió, para dar curso a la batalla periodística en defensa de su padre, la declaración del representante liberal a las frases grandilocuentes y de

empalagosa exaltación del jefe por parte de quienes creían estar cumpliendo un deber casi sagrado.

Uno de ellos, el representante Joaquín Estrada Monsalve, a falta de argumentos para rebatir las acusaciones, suelta una perorata que el cronista político de El Siglo califica de “maravillosa y brillante improvisación”. Afirma, por ejemplo, que: “No hay un solo cargo de orden moral contra el doctor Laureano Gómez, que ha sido y es el jefe del partido conservador de Colombia. Las acusaciones que aquí se pretenden traer no son sino meros trucos para engañar al país sobre una de las personalidades más vigorosas y más firmes de la nacionalidad. La mejor coraza de su nombre es el propio informe, que es una triste página del Parlamento colombiano, porque con ella se paga tristemente a uno de los más grandes y más integérrimos de los servidores de la República”.

No obstante su aparente vacuidad, esa primera intervención de la minoría conservadora en la Cámara marcaría el tono dominante del discurso de la defensa a lo largo de los debates. No se trataba de un ataque a una persona, sino a un partido; peor aún, de una ofensa a la Nación entera que “su egregia figura representaba”.

El editorial de El Siglo del 2 de diciembre, titulado “La calumnia”, merece un análisis posterior de sus recursos retóricos para atacar al supuesto calumniador, lo mismo que a la prensa liberal y principalmente a la gaitanista. Su epígrafe resume muy bien su tesis, pues alude a la imprecación de Víctor Hugo contra los detractores de Napoleón: “¡Jovencitos, jovencitos, que se orinan contra el Arco del Triunfo!”



UN POBRE "INFORME DE MINORÍA"

El 1º de diciembre, día en que arrancó el debate, los representantes conservadores Estrada y Rivera dijeron que no presentaban su "informe de minoría" porque estaba incompleto y de paso acusaron a funcionarios de la Contraloría de haber dificultado deliberadamente su trabajo, mientras a Turbay le habían franqueado puertas y documentos. Admitieron, no obstante, que la presentación por anticipado del "informe de mayoría" había sido "una táctica sagaz y firme de Turbay para cerrar la oportunidad de réplica, dejando gravitar la sospecha y la duda".

En esa primera intervención, Estrada Monsalve dejó ver muy claro cuál iba a ser la idea dominante del informe que leerían una semana más tarde ante la Plenaria de la Cámara: "A pesar del lodo arrojado, la minoría seguirá reconociendo como su jefe al doctor Laureano Gómez". Todo aquello de la mayoría había sido, pues, un edificio de embustes de quienes "quieren manchar su nombre porque saben que la minoría lo ha señalado ya como el próximo candidato a la Presidencia". Esa intervención conservadora en la Cámara, al igual que la del representante liberal Zea Hernández (en defensa de Laureano y de su propio nombre como miembro de la junta), en las que no se rebatieron los cargos, parecían encaminadas a tender de antemano una cortina de humo sobre el escándalo, so capa de "no arrojar combustible que amenace nuestras instituciones".

Más que a rebatir las acusaciones, los minoritarios encaminaron sus baterías a menoscabar la figura de Turbay y

a echar toda el agua sucia del posible descalabro de la Panamericana sobre la Contraloría. "En relación con todo ello (las denuncias) recordamos, aunque resulte redundante, que la Contraloría General de la República estuvo representada en la Comisión Organizadora en persona del propio Contralor, y en todas las operaciones de los varios departamentos por sus auditores y empleados subalternos..."

En relación con las conclusiones del "informe de mayoría", los minoritarios sostienen que, "salvo un accidental aspecto de tramitación y fenecimiento de cuentas, sólo tienen por finalidad el sensacionalismo y la demagogia". Su particular conclusión, que proponen quede como constancia en el acta del debate, es la siguiente: "A todo lo largo de las gestiones de la "informadora Panamericana" (se refiere a la Comisión nombrada inicialmente por la Cámara) no ha aparecido ni existe ningún hecho de los que puedan fundamentar las funciones de cabeza del Ministerio Público que en algunos casos tiene la Cámara de Representantes y que tampoco ha habido motivo para impetrar del honorable Senado de la República que entre a ejercer sus altas funciones judiciales. Una vez más, se estremecieron los montes y en medio del fragor de los augurios asistimos al nacimiento de un ratón".

El "informe de minoría" termina con una proposición que reza: "La Cámara de Representantes declara que en las inversiones y operaciones de la comisión organizadora de la IX Conferencia Internacional Americana no hubo nada censurable y, antes bien, hace la manifestación expresa de la gratitud nacional a los beneméritos ciudadanos que la integraron".

LÁNGUIDO FINAL DE UN DEBATE PARLAMENTARIO

El representante Turbay contraatacó en las siguientes sesiones de la corporación, anunciando que aportaría nuevas pruebas en orden a demostrar que, contrario a lo que afirmaba El Siglo, Laureano Gómez sí había ejercido la función de ordenador de gastos y sí había actuado en la doble e ilegal condición de funcionario -contratista.

En primer lugar, mostró una certificación de la Contraloría de que sí había firmado órdenes de pago hasta el 23 de agosto de 1946, cuando transfirió el poder a otro funcionario de alto rango en la organización de la Conferencia. En segundo término, leyó el acta 136 del 10 de mayo de 1948, en la que consta la aprobación de un contrato de arrendamiento de equipos de grabación con la Voz de Colombia (esta emisora jugará después un papel fundamental en la transmisión de los discursos incendiarios de Laureano en su campaña hacia la Presidencia). Turbay dice que en el acta se autorizó al doctor Germán Zea para celebrar el contrato, en virtud de que el presidente de la junta estaba inhibido para hacerlo. "Pero a pesar de ello, no consta el salvamento de su voto", y esto es lo que considera el denunciante una falta grave.

Por último, Turbay acusó a Gómez de haber violado la Ley 57 de 1946, según la cual los contratos celebrados por la Comisión preparatoria de la IX Conferencia debían tener la aprobación posterior del ministro de Relaciones Exteriores. El parlamentario dijo tener pruebas de que Gómez había celebrado 5 ó 6 contratos como presidente de la comisión, los mismos que luego aprobó como canciller. "Este es un acto de indelicadeza (Luis

Vidales se referirá con sorna a este calificativo en sus certeras columnas sobre el tema de la Panamericana) de parte de quien no creía que debía legalmente dar explicación de sus actos... Ahí está el retrato del jefe fugitivo, ahí la comprobación de su inconsistencia moral. Las gentes de su partido pueden salir en su defensa, y pueden colocar sobre su cabeza de falso moralista una corona de laurel, sin embargo al pueblo, las gentes independientes, las que no tienen compromisos de secta o de casta, lo mirarán con el desprecio que inspiran los farsantes”.

En la última sesión, la del 17 de diciembre del 48, lo más drástico que se pudo aprobar fue una proposición para que ambos informes se pusieran a disposición de la Procuraduría General de la República. El epílogo del escándalo dentro del recinto parlamentario se compuso de simples constancias. Una suscrita por 40 parlamentarios, en la que expresan su desaliento por no haber podido aprobar las conclusiones del “informe de mayoría” y critican el ausentismo de sus colegas liberales. No lo dicen, pero era fácil deducirlo: había ocurrido que los lleristas, colaboradores en ese momento del gobierno de Unidad Nacional del presidente Ospina, optaron por el viejo truco de ausentarse del recinto para quebrar el quórum, con lo que las denuncias y los cargos contra los organizadores de la Panamericana quedaban exclusivamente a nombre del grupo gaitanista. Su constancia termina con la promesa de que, *motu proprio*, presentarían ante la justicia ordinaria la correspondiente denuncia contra los malversadores del tesoro público.

Germán Zea Hernández, llerista de toda la vida, presentó

su propia constancia, en la que excluye “de cargo alguno de carácter legal o moral a la comisión organizadora, independientemente de la posición personal de alguno o de algunos de sus miembros”. Afirma que “no puede imputarse a la comisión el incumplimiento de las obligaciones de los contratistas ni los abusos que pudieron cometer en desarrollo de los contratos”. Destaca que la magnitud de las obras realizadas justifica sobradamente el gasto de los dineros apropiados y que, por tanto, no hubo dilapidación de los mismos. Y concluye calificando el debate adelantado por sus colegas de “extravagante e injusto”.

Y la minoría de la Cámara remata con su propia constancia, diciendo que la de la mayoría es sólo una diatriba sectaria y que los cargos contra Laureano “son inocuos e inucios y no manchan ni su obra ni su nombre”. Esa frase marca el deslucido final del debate y también del período legislativo en lo que correspondía a la Cámara de Representantes.

El representante Turbay, en una entrevista publicada en el quincenario *Crítica* del 8 de enero de 1949, se lamentaría del fracaso y criticaría a sus copartidarios por dejarlo solo en los debates: “Los liberales procedieron con debilidad; tuvieron posiblemente el temor de sufrir represalias o persecuciones...”. Y a renglón seguido se muestra poco optimista del destino que puedan tener las denuncias ante el Ministerio Público: “Aquí entre nosotros todas las investigaciones se han muerto al llegar a la Procuraduría. Sin embargo, el pueblo confía en que no ocurra lo mismo ahora con ésta, que es de vital importancia para el país”. En el capítulo sobre el papel de la prensa se podrá observar cómo

las denuncias ante la Procuraduría y los jueces ordinarios, tuvieron un fin tan lánguido como el de los debates parlamentario y editorial.

Finalmente, todo se confabuló para que el tema de la Panamericana se fuera olvidando y los ecos del escándalo se oyeran cada vez más tenues, hasta perderse en la bruma del tiempo. Una circunstancia, a mi juicio definitiva, fue la necesidad que tenía la clase política de meter al redil de la Unión Nacional al díscolo y ultraradical grupo del doctor Laureano Gómez (como parte de esa estrategia, éste había sido nombrado Canciller desde marzo del 48), dentro del gran Acuerdo Político, que les llevó cuatro meses de intensas negociaciones bipartidistas y que, a juicio del futuro presidente por el Frente Nacional, Guillermo León Valencia, “contribuye, de manera patriótica, a la cimentación de la Unión Nacional, de la paz pública y de la normalidad constitucional”.

Con semejante telón de plomo que cayó sobre la tragicomedia de la Panamericana, la “gran prensa” ignoró el tema para siempre y los adalides de las denuncias en el Parlamento recogieron velas y guardaron discreto silencio para no “quemarse” o para “salvar su pellejo”. Mientras tanto, los quijotes de *Crítica* y *Jornada*, que sobrevivieron poco tiempo después a su gran inspirador, se vieron solos e impotentes para continuar una lucha que parecía estéril contra la corrupción. Esta contaba como gran aliada con la hipocresía de una clase política que, con apoyo en los grandes medios, seguía siendo inferior a su destino histórico.

Neutralidad activa: el derecho a vivir en paz

MARCELA GARCÍA

UN JUICIO SIN REGLAS, PARA HACER
RESPETAR LAS LEYES

En la mañana del 13 de febrero de 1997 se celebró el primer juicio indígena con el fin de castigar a los miembros de la comunidad que hasta ese momento habían violado la neutralidad activa. En medio de un calor fuerte y mucha expectativa, cerca de 250 indígenas se reunieron en la Casa del Cabildo Mayor de Dabeiba, municipio donde habita casi la tercera parte de los 15.000 miembros de esta minoría étnica de Antioquia.

La reunión estaba prevista para las diez de la mañana. Los indígenas llegaron muy temprano desde los municipios cercanos. Las mujeres iban vestidas con faldas y blusas de colores fuertes, con aplicaciones brillantes en sus ropas y algunas con sombrero. La mayoría traía la cara pintada y todas llevaban a sus hijos de la mano. Los niños jugaban, sin entender muy bien qué pasaba a su alrededor. Los hombres se veían preocupados y hablaban poco entre ellos.

Algunos rasgos de la sociedad de consumo se pueden adivinar en la vestimenta de los emberá: las mujeres conservan sus atuendos típicos, pero los hombres visten como cualquier poblador del municipio y en ambos géneros los zapatos preferidos son los tenis, ojalá con figuras de colores fuertes y brillantes. Todos llevan pulseras y

collares hechos por ellos, con dibujos alegóricos a la naturaleza y muchos colores vivos.

Desde antes de las nueve de la mañana, ya estaba reunida buena parte de los asistentes. La casa, de dos plantas, cuenta con un pequeño auditorio en el piso de arriba, donde se acomodaron, con estrechez, acusadores, acusados y lo que podría llamarse "el jurado".

En el primer piso hay dos pequeñas celdas (de algo más de un metro cuadrado), unas oficinas y la cocina, donde cinco mujeres se disponían a hacer lo que sería el almuerzo del día: plátano verde y arroz. Todos contaban con que sería una larga jornada, así que era necesario tener todo listo para el momento de la comida.

El juicio era un acontecimiento esperado. Luego de ocho días de investigación y análisis de las denuncias hechas a la Organización Indígena de Antioquia por parte de los miembros de la comunidad, había llegado la hora de las acusaciones y las defensas.

Los acusados eran seis. Indígenas jóvenes, entre los 25 y los 35 años, todos dedicados al cultivo de la yuca, el plátano y el frijol, productos que sostienen a las comunidades de la región de Urabá. A las diez de la mañana, cuando todos estaban dispuestos para el comienzo del juicio, se leyeron los cargos:

Doeda Chirú Carupia:
Contactos con grupos armados

Un juicio sin precedentes, realizado en Dabeiba, en el que se acusó a varios indígenas emberá de violar la neutralidad de los grupos indígenas frente al conflicto armado, es el tema de la investigación de Marcela García, otra de las egresadas de la primera promoción de periodistas investigativos de la Universidad de Antioquia. Durante el juicio, los propios indígenas, representados en sus autoridades, juzgaron a seis miembros de su comunidad por haber comprometido a los emberá con algunos grupos armados en el noroeste de Antioquia.

no autorizados por las autoridades indígenas.

Yi Vaná Domicó:

Colaboración activa con un grupo armado hasta el grado de ser catalogado como miliciano.

Nenzama Domicó:

Colaboración con un combatiente, disfrazándolo de indígena y utilizando elementos propios de la cultura para favorecer su fuga.

Wawá Domicó: Colaboración con grupos armados, al guardarles automotores.

Ivana Carupia: Acusado de omitir el cumplimiento de la neutralidad como máximo representante de su comunidad.

Bariama Domicó: Convivencia con una Capuria Wera miliciana.

Un pequeño grupo de hombres hacían el papel de alguaciles, dotados con un bastón de madera y con cara de seriedad. Ellos eran los encargados de llevar y traer a los acusados, así como de mantener el control de la asamblea.

La comisión de investigación estaba conformada por los gobernadores mayores (entrante y saliente) de Dabeiba, Mariano y Agustín Domicó, la fiscal del cabildo mayor Aura Domicó, Guillermo Tascón, secretario general de la OIA y Gerardo Jumí, presidente de la misma organización. Las sentencias corrían por su cuenta y se tomaron un buen tiempo para deliberar, después de escuchar los testimonios de los presentes, que fueron definitivos.

En la mesa principal estaba un secretario, encargado de la relatoría, y a su lado la comisión especial. Entre los asistentes, algunos medios de comunicación y las familias de los implicados.

Luego de hacer una breve explicación del procedimiento que se llevaría a cabo esa mañana, se leyeron los cargos contra cada acusado y cada uno

de ellos salió al frente y se le dio la última oportunidad de defenderse.

Los indígenas no tienen un código de procedimiento para estos casos. No hay cuerpo de sentencias; todo se resuelve de acuerdo con las circunstancias. Sin embargo, por ser un juicio que tenía un significado político (en parte para que los grupos armados vieran que ellos podían hacer cumplir sus propias leyes y no castigaran a los infractores con la muerte), se acordó un orden del día y lo que podía llamarse un "rango" de sentencias, que iba desde la detención preventiva hasta el destierro, trabajando en otras comunidades.

En el juicio puede intervenir cualquier miembro de la comunidad, tanto para acusar como para defender. Todos tienen derecho a hablar y se acogen las diferentes versiones que se dan. A pesar de que hay una investigación previa, es en el momento de la reunión cuando se toman las decisiones importantes, pues los investigadores completan su información.

Comenzaron por resolver el caso de Bariama Domicó, acusado de violar la neutralidad por haber convivido con una mujer blanca, que fue miembro de la guerrilla antes de unirse a él.

La solución de este caso fue sencilla: La mujer de Bariama Domicó ya no pertenecía a las filas de la subversión cuando se conocieron, así que ya no había por qué castigarlo. Además, ya tenían un hijo y la unión familiar también es importante para los Emberá. A pesar de que no es bien visto en la comunidad que alguien escoja como pareja a un blanco, éste no era suficiente motivo para acusar a Domicó de haber violado la neutralidad. Fue declarado inocente y dejado en

libertad, gracias a los testimonios de sus conocidos y a que la comisión no encontró suficientes razones para sancionarlo.

El caso fue cerrado y nadie se opuso a ello.

Uno de los incidentes que causaron más inquietud dentro de la comunidad y cuya aclaración era reclamada, fue el de la muerte de Miguel Domicó, ocurrida en diciembre de 1996, al parecer en manos de paramilitares. La esposa del indígena, Omaira Domicó, miraba con rabia a los acusados y lloraba en silencio. Tenía tres hijos pequeños. Su angustia se notaba.

Ivaná Carupia y Doedá Chirú Carupia eran los acusados de haberle pedido al grupo armado la intervención en un conflicto que tenían con la pareja Domicó por unos linderos y haber propiciado su aislamiento de la comunidad.

Los inculpados se veían sudorosos y no subían la mirada. El rechazo de la comunidad se sentía en el aire y ambos indígenas mantenían sus manos atrás y la cabeza agachada, como símbolo de la vergüenza que sentían.

"Había mucha especie de ave soledad chillando (ave llamada yivé en lengua emberá eyabida, que anuncia alguna tragedia próxima a suceder) y era para morir Miguel. Yo me puse llorosa por los yivé..."

Así comienza la declaración de Florinda Domicó, una de las indígenas que dio su testimonio ante la asamblea. Las creencias y las verdades se mezclan.

En las declaraciones de las partes, se nota una clara intervención de los grupos armados en los conflictos internos. Dice Omaira Domicó:

"A nosotros nos llamó la guerrilla, nos dijeron que tenían quejas de nosotros para

matarnos, que comíamos niños, que no habíamos pagado la tierra que habíamos comprado... Nos pidieron que cambiáramos rápido a Joaquín (Doedá Chirú Carupia), porque si lo dejan seguir los va a hacer matar”.

De acuerdo con los representantes de la Organización Indígena de Antioquia, los mayores problemas que enfrentan las comunidades en cuanto a conflictos internos, son el jaibanismo (creencia religiosa relacionada con el manejo de los poderes del bien y el mal y el daño que puede hacerse con ellos), las habladurías, las envidias y los conflictos por las tierras.

El caso de Miguel Domicó tuvo que ver principalmente con las habladurías. El y su esposa tenían problemas con otros indígenas por los linderos de una tierra que habían comprado y los dos acusados, en venganza, les dijeron a los paramilitares que la pareja se encargaba de darle provisiones a la guerrilla. Narra uno de los testigos del asesinato:

“A las siete de la noche llegué a la casa donde habían hecho la reunión. A esa hora había una fiesta y habían matado un marrano, que estaba metido en un canasto. En ese momento llegó el grupo armado. Ellos llegaron y dijeron que en esa casa estaban matando marrano para la guerrilla, entonces Joaquín y Mario (los acusados) dijeron que no, que los que sí mataban marrano para los guerrilleros eran Miguel y Omaira...”

Luego aparecieron varios uniformados con el compañero Miguel a la casa de Mario y los uniformados preguntaron a los que estaban allí que si conocían a Miguel

Les respondieron Mario y Joaquín que no lo conocían ni pertenecía a la comunidad.

Luego se lo trajeron en dirección de Dabeiba y lo mataron...”

Los acusados fueron declarados autores intelectuales de la muerte de Miguel Domicó. Se les aplicó la sanción más fuerte: fueron enviados a la comunidad de El Pital, a media hora de Dabeiba, donde quedaron a las órdenes del gobernador y obligados a trabajos forzosos, por los que no recibirían pago. El dinero, fruto de su trabajo, sería entregado a las esposas, para garantizar el sostenimiento de la familia.

En el momento de la sentencia, las reacciones de los culpables fueron de pasividad, apenas dejaron ver en sus caras una risa de nerviosismo y de inmediato fueron llevados al calabozo del primer piso. Omaira, entre tanto, seguía llorando y lamentando la muerte del hombre con quien había compartido su vida.

Ivaná Carupia y Doedá Chirú Carupia están próximos a cumplir un año de condena, de los cuatro a que fueron sentenciados de ser expulsados de la comunidad. En la actualidad realizan trabajos forzados en el resguardo de Polines, cerca de Chigorodó.

Aunque la figura de rebaja de penas no existe para esta clase de enjuiciamientos, algunos miembros de la comunidad están de acuerdo con que se implemente, pues en el caso de los Carupia ellos ya han demostrado su arrepentimiento. El tema sería tratado en próximos congresos indígenas.

Contrario a las comunidades indígenas del departamento del Cauca, los Emberá no contemplan el castigo físico como forma de sanción. Para ellos, resulta más doloroso ser expulsados de sus tierras y excluidos de la comunidad a la cual pertenecen.

La mañana avanzaba y al final del juicio el único que resultó exonerado de sus cargos fue Bariama Domicó. Los testimonios previos y las intervenciones en este caso de “justicia comunitaria” señalaron como culpable a Wawá Domicó de haberle guardado cuatro motos a la guerrilla, a pesar de que era obligado bajo amenazas. Sin embargo, por no haber avisado a las autoridades del cabildo mayor y haber permitido que la situación se prolongara, fue sentenciado a permanecer en el cepo (estructura de madera que aprisiona las extremidades) y a cumplir tareas de servicio en su comunidad por término de cuatro meses. El juicio aclaraba que las faltas a la neutralidad podían ser voluntarias o involuntarias, pero en cualquier caso serían castigadas.

El acusado se defendió en la audiencia:

“Algún día que yo llegué de trabajar encontré 4 motos guardadas sin mi permiso, al lado de la quebrada donde traemos el agua... A los tres días llegó un guerrillero en moto, yo le dije que las sacaran porque me peligraban. A la media noche llegaron a retirar las motos, pero no se las llevaron del todo, sino que se las llevaron hacia la escuela. Entonces, yo las retiré para que no quedaran en territorio indígena.

Una vez llegaron de noche dos guerrilleros borrachos y amanecieron en mi casa armados de revólver y casi los coge el ejército. Pasaron de largo, no entraron. Después les dije que no volvieran a hacer eso, porque me peligraban. Uno de ellos siguió viniendo, pero de civil, a veces llegaba a media noche, a veces borracho y se madrugaba al otro día. Pues yo me sentía obligado a brindarle comida, de lo que yo tenía. Yo no le dije al cabildo

porque esta gente siempre venía armada”.

El argumento en contra lo dio Mariano Bailarín, ex gobernador de la comunidad:

“Para mí el compañero Octavio tiene mucha culpa porque dejó las motos y no vino a avisar al cabildo de manera inmediata, en vez de eso las escondió. Además, él no vive lejos de la carretera y se le facilita para coger carro, llegar e informarnos de cualquier anomalía que suceda en la casa o la comunidad”.

Enrique Sinisoi, amigo del acusado, lo defendió así:

“No creo que el compañero sea culpable, ya que lo hizo obligado y de miedo, ya que ellos estaban mandando en la carretera en esos días. Porque si además de eso dice algo lo acusan de sapo y lo matan”.

Se cerró el caso, y ahora que Wawá Domicó cumplió la pena, tiene plena libertad y lleva su vida normal entre los Emberá.

Por su parte, Yi Vaná Domicó no se presentó el día del juicio. El indígena llegó días después y afrontó sus cargos. Fue sentenciado a cuatro meses de calabozo, pero por no estar acostumbrado a la alimentación del pueblo, sufrió una crisis de diabetes y debió ser enviado a su casa, en una licencia hasta que recuperara la salud.

En la actualidad, las autoridades indígenas están en su búsqueda, pues Domicó escapó de la comunidad y nadie sabe de su paradero. Si llegan a capturarlo, se le aplicará una sanción más drástica de la que inicialmente se le había asignado.

Sólo quedaba el caso de Nenzama Domicó, ausente también en la asamblea. Cuando se presentó, una semana después, explicó que estaba cuidando a su mujer, quien acababa de dar a luz a su hijo. Su defensa tenía que ver con que había sido obligado por un combatiente a participar de una fuga y encubrimiento, disfrazándolo de indígena.

Pero el miedo no parece ser una razón valedera para defenderse de las violaciones a la neutralidad. Nenzama Domicó fue castigado con cuatro meses de calabozo y trabajos forzados en la comunidad.

Juicios como este se han seguido realizando. Ahora se hacen sin comisión externa, es la propia comunidad la que se encarga de pedirles explicaciones a aquellos que no se han ceñido a las normas de la neutralidad.

Hasta ahora, la comunidad ha entendido a través de estos enjuiciamientos públicos, el compromiso que tienen para protegerse y proteger a los demás. Los grupos armados, según los dirigentes indígenas, se han controlado un poco a la hora

de involucrar a esta población neutral en las actividades que los fortalezcan frente a sus contendientes.

El primer juicio a los infractores de la neutralidad sirvió para que los indígenas sintieran las consecuencias que acarrea la desobediencia de una decisión colectiva y para que los grupos armados empiecen a respetar la autonomía de las comunidades.

Se destaca la forma en que los indígenas aceptan con valor su condena y el acatamiento de las decisiones que tomen las autoridades reconocidas por ellos. Los condenados aceptaron en silencio el castigo y ningún asistente mostró señales de descontento. Al final, todos se retiraron tranquilos y satisfechos con la solución de un problema que ellos mismos habían planteado. Al finalizar la tarde, los Emberá regresaron por los mismos caminos que recorrieron, pero con una tranquilidad que no los acompañaba por la mañana, al llegar al juicio.

La violación a la neutralidad se ha convertido en una nueva infracción y un nuevo derecho colectivo de obligatorio cumplimiento. Por eso, mientras aprenden a acatarla de manera estricta, estos juicios seguirán realizándose.

Anatomía de una historia: el crack, los Contras y la CIA

La tormenta sobre “Alianza Oscura”

PETER KORNBLUH

Traducción de Carlos Agudelo

Reproducido con autorización de *Columbia Journalism Review*. © 1997 *Columbia Journalism Review*.

De acuerdo con una investigación publicada en 1996 por el periódico San José Mercury News, de Estados Unidos, durante la mayor parte de la década pasada una red de traficantes de drogas de San Francisco vendió toneladas de cocaína a bandas de Los Angeles y canalizó millones de dólares en utilidades de drogas hacia guerrilleros de la llamada “Contra” en Nicaragua, con el apoyo de la Central de Inteligencia Americana (CIA) en Estados Unidos. Esta red abrió el primer conducto entre los carteles de las drogas colombianos y los barrios negros de Los Angeles, lo que convirtió a esa ciudad en la capital del ‘crack’ del mundo. La serie de reportajes del Mercury News provocó una aguda controversia sobre los métodos de trabajo y los alcances del periodismo investigativo en la prensa norteamericana. El debate fue analizado así por la revista *Columbia Journalism Review*.

Después de que Gary Webb gastara más de un año en una intensa reportería investigativa y semanas de redacción, sus editores en el San José Mercury News decidieron publicar su serie de tres partes el pasado agosto de 1996, cuando la atención de la nación estaba dividida entre la política y las vacaciones. La serie, *Alianza oscura: la historia tras la explosión del crack*, inicialmente “se hundió entre las Convenciones Demócrata y Republicana”, recuerda Webb. “Yo estaba muy sorprendido por la poca atención que generó”.

Webb no tenía que haberse preocupado. Posteriormente su historia se volvió la pieza de periodismo más comentada de 1996 y tal vez el más famoso—algunos dirían infame—grupo de artículos de la década. De hecho, desde su publicación, “Alianza Oscura” se ha transformado en lo que el reportero de The New York Times Tim Weiner, ha llamado una “metahistoria”—un fenómeno de ira pública, teoría de conspiración, y reacciones de los medios que han trascendido la misma serie original.

La serie, y la respuesta a ella, han provocado una cantidad de

preguntas fundamentales en el periodismo. La reportería original—sobre los lazos entre una pandilla de traficantes de drogas nicaragüenses, contrarrevolucionarios apoyados por la CIA, y el aumento del crack en California— ha provocado críticas sin paralelo del *Washington Post*, *The New York Times* y *Los Angeles Times*. Su decisión editorial de asaltar, en lugar de avanzar, la historia del Mercury News ha provocado, a su vez, comentarios críticos sobre las prioridades de estos pilares de la prensa más influyente.

Aún así, los alegatos generados por el Mercury News siguen vigentes, especialmente entre las comunidades de color. Ciudadanos y periodistas quedan en libertad de sopesar las fallas significativas de la pieza contra el valor de poner un asunto serio, que la prensa no ha explorado completamente, de regreso en la agenda nacional.

DROGAS Y CONTRAS REEDITADOS

Aunque muchos lectores de los artículos del Mercury News pueden no haberlo sabido, “Alianza Oscura” no fue el primer lazo reportado entre la guerra de los Contras y el contrabando de drogas. Hace más de una década surgieron

denuncias de que las fuerzas de los Contras, organizadas por la CIA para derrocar el gobierno Sandinista en Nicaragua, estaban de acuerdo con traficantes de drogas, con el conocimiento de funcionarios de Estados Unidos.

La Associated Press publicó la primera historia de este tipo el 20 de diciembre de 1985. Los periodistas Robert Parry y Brian Barger, de AP, reportaron que tres grupos de Contras "se han involucrado en el tráfico de cocaína, en parte para ayudar a financiar su guerra contra Nicaragua". Aun siendo tan dramática, la historia casi no salió, debido a la presión de funcionarios de la administración Reagan. (Ver "Narco-Terrorismo: un cuento de dos historias", CJR, septiembre, octubre, 1986). De hecho, la Casa Blanca libró una campaña concertada tras bastidores para ensuciar el profesionalismo de Parry y Berger y para desacreditar todos los reportajes sobre los Contras y las drogas.

Que la campaña hubiera sido la causa o no, el caso es que el cubrimiento fue mínimo. Mientras que periódicos regionales como el San Francisco *Examiner*—que en junio 23 de 1986 publicó una revelación de primera página sobre Robert Meneses, figura central en la serie del *Mercury News*—abrieron un campo significativo sobre las conexiones de las drogas y los Contras, los periódicos más grandes y las cadenas (con excepción de CBS) dedicaron poca atención al tema. La actitud de la prensa más influyente fue tipificada durante la conferencia de prensa de noviembre de 1987, realizada para presentar el informe final sobre los Comités Congresionales Conjuntos en el caso Irán-Contras. Cuando un reportero investigativo se levantó para preguntar al principal

abogado de los comités si los legisladores se habían encontrado con alguna conexión entre los Contras y el tráfico de drogas, un corresponsal de *The New York Times* le gritó despectivamente desde el otro lado del pasillo: "¿Por qué no hace una pregunta seria?"

Aun cuando el Comité Especial del Senado en Terrorismo, Narcóticos y Operaciones Internacionales, presidido por el Senador John Kerry, publicó su largamente esperado reporte, Drogas, Aplicación de la Ley y Política Exterior, el cubrimiento de los grandes medios constituyó poco más que un bostezo colectivo. El reporte de 1166 páginas—cubría no sólo operaciones encubiertas contra Nicaragua, sino también relaciones con Panamá, Haití, las Bahamas, y otros países involucrados en el negocio de las drogas— fue el primero en documentar el conocimiento de Estados Unidos del tráfico de drogas, y su tolerancia, bajo la excusa de la seguridad nacional. "En nombre del apoyo a los Contras", concluyó el Comité de Kerry en una triste pero apabullante acusación, los funcionarios "abandonaron la responsabilidad que tiene nuestro gobierno para proteger a los ciudadanos de todas las amenazas contra su seguridad y bienestar".

Aún así, cuando el reporte se dio a conocer el 13 de abril de 1989, el cubrimiento fue escondido en las páginas traseras de los principales periódicos e ignorado por las tres cadenas principales. El *Washington Post* publicó un corto artículo enfocado tanto en las peleas dentro del comité como en sus descubrimientos; *The New York Times* publicó una pieza corta; *Los Angeles Times* publicó una historia de 589 palabras. (Todo

esto contrastó ampliamente con las largas refutaciones de la serie del *Mercury News* siete años más tarde —que colectivamente totalizaron más de 30,000 palabras). *Nightline* de ABC decidió no cubrir la publicación del reporte.

Consecuentemente, el reporte del Comité Kerry fue relegado al olvido; y se perdieron oportunidades para explorar pistas, ocuparse de las obstrucciones de la CIA y del Departamento de Justicia que los investigadores del Senado dicen haber encontrado. La historia, concede Doyle McManus, el jefe de la oficina de Washington de *Los Angeles Times*, "no recibió el cubrimiento que merecía".

EVOLUCION DE UNA METAHISTORIA

La historia del *Mercury News* "tocó un nervio vivo de una forma que nuestras historias no lo había hecho", observa Robert Parry. Una razón es que las historias de Parry y Berger se habían enfocado en el tráfico de drogas antiséptico en la alejada Centro América. El cuento de Webb trajo la historia a casa, enfocándose en lo que él identificó como la red de distribución, y su blanco: el interior de las ciudades de California. La historia encontró audiencias listas, particularmente entre las comunidades afro-americanas, devastadas por la plaga del crack y desesperadas por información y respuestas. La historia reverberó desde los seguidores de Farrakhan hasta los más moderados comentaristas negros. "Si esto es cierto, entonces millones de vidas de negros han sido arruinadas y la cárceles y prisiones americanas están ahora atestadas de jóvenes prisioneros afro-americanos debido a una cínica conspiración de la CIA que históricamente ha

operado por fuera de la ley”, escribió Carl T. Rowan, el columnista sindicado.

La propagación de “Alianza Oscura” como un reguero de pólvora fue aún más interesante porque tuvo lugar sin la participación de la prensa más influyente. En su lugar, la historia se difundió a través de los nuevos medios de comunicación, Internet y la radio hablada negra, dos canales de información diferentes pero, en este caso, simbióticos.

Con Internet, como lo dijo Webb, “uno ya no tiene que ser el *Washington Post* o *The New York Times* para crear una historia nacional”. Entendiendo esta realidad de los medios, Mercury Center, el sofisticado servicio en línea del *Mercury News*, dedicó una cantidad considerable de tiempo de su personal para preparar la publicación simultánea de las historias de “Alianza Oscura” en el World Wide Webb. En la versión en línea, muchos de los documentos citados en las historias fueron puestos en el sitio del Mercury Center, ligados a la historia: grabaciones de audio de interceptaciones y audiencias, artículos de seguimiento del *Mercury News* y otros medios.

A medida que Webb comenzó a dar la dirección de su historia en el sitio del Mercury News en la red (<http://www.sjmercury.com/drugs/>) y en los programas de radio, el número de entradas aumentó dramáticamente, alcanzando algunos días hasta 1.3 millones. En total, Bob Ryan, quien dirige el Mercury Center, estimó que un incremento del 15% en visitantes desde que las historias aparecieron. “Para nosotros —dijo— ciertamente ha respondido a la pregunta: ¿hay alguien escuchando allá afuera?”

La demografía del tráfico en la Red es desconocida, pero algunos

especialistas en medios creen que el creciente número en el Mercury Center refleja en parte lo que el columnista sindicado del *Chicago Tribune*, Clarence Page, llama una “ciberconciencia negra” emergente. Servicios en línea y otros servicios de red pusieron la serie disponible para estudiantes, periódicos, estaciones de radio y organizaciones comunitarias afro-americanas. Patricia Turner, autor de *Me enteré de que*, el estudio definitivo sobre cómo la información viaja a través de la América negra, sugiere que ésta es “la primera vez que Internet ha electrificado a los africanos-americanos” en esta forma. “El telégrafo negro”, anota Jack White, un columnista de *Time Magazine*, refiriéndose a la red informal de palabra a palabra usada desde los días de la esclavitud, “se ha movido al ciberespacio”.

Los shows hablados de radio orientados hacia los negros amplificaron este fenómeno al dar la dirección del sitio en la red. Al mismo tiempo, los programas de llamadas se convirtieron en el punto focal de información y debate. Los anfitriones afro-americanos de los shows hablados usaron sus programas para referirse a las acusaciones de la complicidad de la CIA en la epidemia del crack, y la respuesta del público fue fuerte. El poder de la radio hablada se demostró cuando la congresista Maxine Waters fue invitada al show de Lisa Mitchell en *WOL* Baltimore el 10 de septiembre, y anunció que la reunión de Junta de Congresistas Negros de esa semana trataría el tema de la “Alianza Oscura”. Se esperaba a doscientas personas. Asistieron casi dos mil.

La presión política, organizada en todo el país y canalizada a través de la Junta de Congresistas Negros, empujó tanto a la CIA

como al Departamento de Justicia a iniciar investigaciones internas sobre las acusaciones de la complicidad del gobierno en el tráfico de crack. Incluso John Deutch, entonces director de la CIA, tuvo que dejar los seguros confines de su cuartel general en Langley para viajar a Watts y dirigirse a un cabildo de ciudadanos preocupados por las denuncias del *Mercury News* —un evento sin precedentes.

Para entonces, la serie “Alianza Oscura” se había convertido en el tornado de 1966, con información, desinformación, alegatos y especulaciones volando a través de las ondas electrónicas día tras día. Una acusación común emergió en los programas de radio hablados de los negros: el gobierno de Estados Unidos había conspirado para usar el tráfico de crack deliberadamente con el fin de hacer daño a la comunidad afro-americana. “CIA” ahora significaba “Crack en América”, o, como lo declaró la representante Cynthia McKinney en el Congreso, “Agencia Central de Intoxicación”. Miles de copias de “Alianza Oscura” fueron entregadas en cabildos a lo largo del país, jugando con “los más profundos temores —a veces lanzándose a la paranoia— que han perseguido el tema de la raza en América”. El *Boston Globe* editorializó en octubre. “Siempre hemos especulado sobre esto”, dijo Joe Madison, un anfitrión de un programa de radio de Washington, quien junto con el activista Dick Gregory fue arrestado frente a la CIA a mediados de septiembre en un acto de desobediencia civil. “Ahora tenemos la prueba”.

LAS HISTORIAS EN SÍ

En el primer tratamiento del fenómeno del *Mercury News* por



parte del *Washington Post* —que apareció en la sección de Estilo el 2 de octubre— el reportero de los medios Howard Kurtz notó “sólo un problema” con la controversia: a pesar de amplios indicios, la historia de Gary Webb nunca “realmente dice que la CIA sabía sobre el tráfico de drogas”. En una entrevista con Kurtz, Webb declara que su historia “no prueba que la CIA apuntó a comunidades negras. No dice que esto fue ordenado por la CIA”.

¿Qué dijeron en realidad las historias del *Mercury News*? La larga serie de tres partes cubrió las vidas y conexiones de tres criminales profesionales: “Freeway” Ricky Ross, tal vez el más reconocido traficante de crack en los Angeles en los años 80; Oscar Danilo Blandón Reyes, un expatriado derechista nicaragüense, descrito por un fiscal asistente de Estados Unidos como “el más grande traficante nicaragüense de cocaína en Estados Unidos”; y Juan Norwin (Norvin en algunos documentos) Meneses Cantarero, un amigo del caído dictador Anastasio Somoza, de quien se alega trajo a Blandón al negocio de las drogas para apoyar a los Contras y le entregó, por un periodo indeterminado de tiempo, cantidades significativas de cocaína.

La primera entrega de la serie, titulada *Las raíces de la plaga del ‘crack’ están en la guerra de Nicaragua*, abre con dos declaraciones dramáticas:

Durante la mayor parte de la década, una red de traficantes de drogas del área de la bahía de San Francisco vendió toneladas de cocaína a las bandas de los Crips y los Bloods de Los Angeles y canalizó millones en utilidades de drogas a un ejército guerrillero latinoamericano manejado por la Central de

Inteligencia Americana en Estados Unidos.

En el segundo párrafo, que capturó aún más la atención del público, se lee:

Esta red de drogas abrió su primer conducto entre los carteles de las drogas colombianos y los barrios negros de Los Angeles, una ciudad conocida ahora como la capital del ‘crack’ del mundo.

El resto del artículo intenta apoyar esas aserciones y explicar “cómo el negocio de cambiar la cocaína por armas apoyó la política de Estados Unidos y socavó a la América negra”.

La segunda entrega, titulada *Un trío disparateo crea un mercado masivo para el ‘crack’*, dio muchos más detalles de la alianza entre Ross, Blandón y Meneses y su papel en la explosión del crack. La tercera parte, *Una guerra contra las drogas de impacto desigual para los negros de Estados Unidos*, se enfocó en un tema que enfurece a muchos en la comunidad afro-americana: discrepancias en las sentencias dadas a negros y a blancos por tráfico de cocaína, como se ilustra en los casos de Blandón y Ross. Ross recibió cadena perpetua sin la posibilidad de excarcelación; Blandón pagó 28 meses de cárcel y se convirtió en un informante del gobierno, muy bien pagado.

En una defensa de Webb publicada en el *Sun* de Baltimore, Steve Weinberg, un antiguo director ejecutivo de Editores y Reporteros Investigativos (Investigative Reporters and Editors) arguye que el reportero llevó la historia hacia donde parecía dirigirse —a las puertas de las agencias de seguridad nacional de Estados Unidos. Aun si Webb fue demasiado lejos en algunos párrafos —basado en mi lectura cuidadosa, yo diría que su planteamiento fue limitado, si se dio de alguna manera— él

todavía tenía una investigación significativa y comprometedoras que publicar.

De hecho, la serie sí entregó una historia dramática y sin precedentes de dos derechistas nicaragüenses con claras —aunque no necesariamente fuertes— conexiones con los “luchadores de la libertad” del FDN, quienes se volvieron importantes traficantes de drogas. Inexplicablemente escaparon a acusaciones, e hicieron una significativa contribución a los miles de kilos de cocaína que fluyeron a Los Angeles y al interior de otras ciudades en California. “Ellos pagan efectivo”. Una grabación de audio colocada en el sitio de la red (de Internet) presenta a Blandón diciéndole a un asociado que se quejaba de que a él “no le gustaban los negros”. Blandón continúa: “Yo no trato con nadie más. Ellos compran todo el tiempo. Ellos compran todo el tiempo”. El testimonio de Blandón ante el gran jurado y en el juicio —el cual Webb llama, sobredramatizando, “records de la corte”— junto con una orden y oficio de registro del departamento del sheriff en 1986 y un reporte del Departamento de Prueba y Libertad Condicionada, documenta que una cantidad indeterminada de fondos iban a parar a las arcas de los Contra, posiblemente hasta 1986.

Mucha menos convincente fue la evidencia que el *Mercury News* presentó para ligar a los nicaragüenses con la misma CIA. Pero no por falta de ganas. Pasajes especulativos como “Freeway Rick no tenía ni idea de cuán ‘enchufado’ estaba su erudito proveedor de cocaína (Blandón). El no sabía sobre Norwin Meneses y la CIA”, estaban claramente dirigidos a implicar el involucramiento de la

CIA. Como una evidencia implícita del conocimiento de la CIA y su participación en el tráfico de drogas, los artículos enfatizaban las reuniones entre Blandón y Meneses por un lado (identificados sin evidencia de apoyo como funcionarios del FDN) y los líderes del FDN Adolfo Calero (identificado sin corroboración como un “viejo” operador de la CIA) y Enrique Bermúdez (identificado como “un agente de la CIA”). Para asegurarse, el FDN era, como lo describen los artículos, el “ejército de la CIA”—una fuerza paramilitar creada, entrenada, financiada, equipada y mayormente dirigida por la CIA. No obstante, los artículos fallaron en distinguir entre los funcionarios de la CIA que dirigieron la guerra de los Contras —y los “agentes” nicaragüenses u “operadores” tales como Calero y Bermúdez, quienes fueron puestos en la nómina de la CIA para propósitos de control, apoyo y/o información. Mientras que para algunos ésta puede parecer una diferencia trivial —“No hay ninguna diferencia si la CIA entregó los kilos ella misma, o si voltearon la cabeza mientras alguien más lo hacía, ellos son igual de culpables”, dijo la Representante Maxine Waters en un foro de Los Angeles— los artículos ni siquiera tocaron la posibilidad de que los funcionarios de la CIA a cargo hubieran sabido sobre estas operaciones de drogas.

Aún más, un pasaje crítico que Webb escribió para sugerir que el mismo Blandón tenía conexiones con la CIA que el gobierno estaba tratando de ocultar, citó documentos de la corte fuera de contexto. Webb reportó que “fiscales federales obtuvieron una orden de la corte previniendo a los abogados de la defensa [de

Ross] de meterse con las conexiones [de Blandón] con la CIA”. El citó luego esta moción como una afirmación de que Blandón “admitiría que era un traficante a gran escala de cocaína, y no hay ningún beneficio adicional para ningún defendido averiguar sobre la Agencia Central de Inteligencia”. Pero Webb omitió otra parte de la sentencia, que dice: “la amenaza de averiguar es simplemente una jugada de cambio”, así como el párrafo de la moción, que declara:

“Los Estados Unidos creen que tales afirmaciones no son ciertas, y que la amenaza para hacer tales afirmaciones está únicamente destinada a disuadir a los Estados Unidos de seguir adelante con esta acusación...”

Estas omisiones dejaron la impresión de que el Fiscal Asistente, L. J. O’Neale, estaba intentando ocultar una conexión con la CIA, cuando una lectura de la moción completa mostró que su propósito declarado era impedir que el abogado de la defensa de Ricky Ross desviara el proceso de la acusación.

Blandón, según la historia de Webb, implicó a la CIA en la aprobación del tráfico de cocaína cuando le dijo a un gran jurado federal en San Francisco que después de que los Contras comenzaron a recibir fondos oficiales de la CIA, la agencia no necesitaba más dinero de las drogas. “Cuando el señor Reagan llegó al poder, comenzamos a recibir mucho dinero”, declaró. “Y la gente que estaba a cargo era la CIA, así que no tenía que levantar ningún dinero [de drogas] porque ellos tenían, ellos tenían todo el dinero que querían”. En ese punto, él dijo, “comenzamos a hacer negocios por nosotros mismos”.

A pesar de lo intrigante de la declaración, ni Webb ni sus

editores parecieron haber notado que esta declaración contradecía algunas tesis de “Alianza Oscura”. Ronald Reagan llegó al poder en 1981; la CIA recibió su autorización inicial de US\$19.9 millones más tarde, en el transcurso del año, para organizar la guerra encubierta contra Nicaragua. Si Blandón y Meneses dejaron de apoyar al FDN en ese momento, no podría ser cierto que “por la mayor parte de una década” las ganancias millonarias de las drogas pudieron haber sido canalizadas hacia los Contras. Ni tampoco podría ser cierto que esta alianza oscura con los Contras fue responsable de la epidemia de crack en California a principios de los años ochenta.

Esta inconsistencia demuestra el problema predominante en la serie: la dificultad para usar el testimonio de Blandón ante la corte y el gran jurado, que es a menudo impreciso —Blandón en un momento parece fechar la ascensión de Reagan al poder en 1983— y contradictorio. Particularmente en relación con la línea de tiempo desde cuando encontró a Meneses, apoyó a los Contras, rompió con Meneses, y se convirtió en el mentor y proveedor de Ricky Ross —una serie de fechas críticas para el alegato central, según el cual esta red de traficantes nicaragüenses abrió el mercado de algunas ciudades norteamericanas al tráfico de crack para financiar la guerra de los Contras— el testimonio de Blandón y otros documentos son vagos o inconsistentes, o las dos cosas a la vez.

En un seguimiento inusual evaluando la controversia sobre “Alianza Oscura”, el veterano de treinta años del *Mercury News*, Pete Carey, revisó las discrepancias en el testimonio de Blandón y otras grabaciones.

Webb, según Carey, reconoció que le haría daño a la serie “si se mirara sólo el testimonio de Blandón. Pero no lo hicimos. Miramos otras fuentes”. La otra evidencia, señala Carey, incluyó el oficio del sheriff del condado en 1986 para el registro de las casas de Blandón en el cual “tres informantes confidenciales dijeron que Blandón todavía estaba enviando dinero a los Contras”. Mientras Carey desplegó toda la evidencia disponible “para que los lectores se formaran su propia opinión”, dice, la serie original no lo hizo. La omisión dejó a la serie vulnerable a los ataques.

LA RESPUESTA DE LOS MEDIOS

Inicialmente los medios nacionales recibieron la serie con un silencio enmudecedor. Ningún artículo en profundidad fue publicado en los principales periódicos en el mes de septiembre sobre la creciente controversia. Las cadenas de televisión estuvieron similarmente silenciosas ese mes, con excepción de CNN, que emitió varias piezas, y NBC, que hizo un reporte en profundidad en *Nightly News* (Noticias Nocturnas) el 27 de septiembre. A pesar de las presiones de algunas personas de la empresa y de gente de afuera, *Nightline* (Línea Nocturna), de Ted Koppel, no hizo nada hasta el 15 de noviembre, cuando Deutch, el director de la CIA, hizo su cabildo abierto en Watts; *Newshour* (Hora de Noticias) de PBS (Public Broadcasting System), de Jim Lehrer, también usó el tema de Deutch para su emisión del 18 de noviembre.

En algunos casos, la ausencia o aplazamiento del cubrimiento reflejó el escepticismo profundamente enraizado de reporteros veteranos quienes

habían cubierto la guerra de los Contras. Un reportero de periódico que ha escrito sobre inteligencia durante una década comparó los artículos a “la escena de un crimen que se ha alterado”, haciendo la verdadera historia difícil de obtener. “Alianza Oscura”, sugirió, era “un cocido de hechos duros, suposiciones y cálculos insensatos”. Para David Corn de *The Nation*, los reclamos de Webb “no estaban bien sustentados; eso era muy obvio al leer la historia”. Weiner, de *The New York Times*, estuvo de acuerdo en que la declaración inicial de que millones en fondos de drogas habían sido enviados a los Contras “no estaba apoyada en el cuerpo de la historia”. Sobre la primera lectura, el jefe de la oficina de Washington de *Los Angeles Times*, Dayle McManus, opinó que “Alianza Oscura” era “una gran historia”; después de revisarla más, concluyó que “la mayoría de las cosas que son nuevas no son ciertas y la mayoría de las que son ciertas no son nuevas”. De todos los periodistas consultados que habían escrito sobre la guerra de los Contras, solamente el que originalmente descubrió la historia de drogas y Contras, Robert Parry, sintió que “Alianza Oscura” era creíble. “No me impresionó como ‘Oh, eso es exagerado’”.

Fue la presión del público la que eventualmente forzó a los medios a referirse a las denuncias de Webb. El *Washington Post* después de un debate interno sobre cómo manejar la historia, publicó primero el 4 de octubre *La CIA y el crack: falta evidencia de supuesta conspiración*, un largo—y duro—reporte escrito por Roberto Suro y Walter Pincus. “Una investigación del *Washington Post*”, declaró el artículo, había determinado que “la información disponible no

apoya las conclusiones de que los Contras apoyados por la CIA —o Nicaragua en general— jugó un gran papel en el surgimiento del crack como un narcótico de uso generalizado en Estados Unidos” —un argumento raro desde que “Alianza Oscura” se había enfocado más que todo en el surgimiento del crack en California. El artículo enfatizaba partes del testimonio de Blandón en la corte, donde limitó el tiempo en que estuvo conectado a los Contras a 1981-82, pero no mencionó, sin hablar de evaluar, la evidencia contradictoria de que el dinero de la droga de Blandón estaba siendo lavado a través de un banco de Miami para la adquisición de armas para los Contras posiblemente hasta 1986. La desestimación de la serie por Suro/Pincus, combinada con una pieza compañera sobre la susceptibilidad de la comunidad negra a las teorías de conspiración, sólo sirvió para alentar la controversia.

El 21 de octubre, *The New York Times* cubrió el mismo terreno que el *Post* —encontrando “escasa evidencia” para las afirmaciones del *Mercury News*— pero con un tratamiento más mesurado. Un largo artículo por Tim Golden, —*Aunque la evidencia es pobre, la historia de la CIA y las drogas tiene vida propia*, examinó cómo y por qué “Alianza Oscura” había resonado a través de las comunidades afro-americanas, los problemas con la evidencia y las políticas que rodeaban el tema.

A pesar de su longitud, la pieza de Golden fue opacada por la masiva refutación de tres entregas publicada por *Los Angeles Times*, que comenzó el 20 de octubre. A diferencia de los periódicos de la costa este, *Los Angeles Times* había sido “chiviado” en su propio patio



trасero en un tema que tenía que ver con su propia ciudad.

“Cuando vi la serie por primera vez”, Leo Wolinsky, editor metropolitano del Times, dijo al *L.A. Weekly*, “me puso un gran taco en el estómago”. Aun así, le tomó un mes a los editores (quienes culparon a los planes de vacaciones y a las convenciones por la tardanza) comenzar a pensar cómo seguir al *Mercury News*. Una consulta a la oficina de Washington pidiendo dirección y consejo trajo un memo sustantivo, escrito por McManus, que hacía énfasis tres puntos:

* La oficina de Washington no tenía experiencia en la historia del crack en California; el escritorio de L.A. tendría que encargarse del asunto por sí mismo;

* Había habido reportes anteriores sobre los Contras y las drogas, incluyendo California —especialmente uno de Seth Rosenfeld, del *San Francisco Examiner*, publicado en 1986. Aunque la afirmación inicial de “millones” en dinero de las drogas que fueron a parar en manos de los Contras no estaba sustanciada, “había algo ahí”.

* Las denuncias sobre la protección del gobierno a Blandón y a Meneses eran las partes “más convincentes y problemáticas” del descubrimiento del *Mercury News* y era un terreno fértil para más investigación. En ese sentido, el memo recomendó una política de campo abierto.

McManus explicó su respuesta: “Yo dije: ‘No hay falta de fuentes o fuentes terriblemente débiles en la historia. Hay frascología aquí que es deshonesta. Pero obviamente valē la pena regresar y ver qué podemos establecer’”.

Tanto McManus como Wolinsky niegan que la respuesta

del *Times* fue “como un golpe a la serie del *Mercury News*”. Pero un reportero del Times reconoció haber sido “asignado al equipo para atrapar a Gary Webb” y a otro se le oyó decir: “le vamos a quitar el Pulitzer a ese tipo”. La apertura “Sobre esta serie” dejaba claro que las piezas del *Times*, explícitamente, atacarían y negarían la validez de todas las principales afirmaciones hechas en “Alianza Oscura”.

A pesar de todos los esfuerzos dedicados a tratar de destacar las carencias del *Mercury News*, sin embargo, el *Times* se encontró con algunos de los mismos problemas de hipérbole, selectividad, y credibilidad que estaba intentando develar. Por ejemplo, la primera entrega destacó muchos de los negociantes que habían jugado un papel en la llegada del crack a Los Angeles. El punto era mostrar que Ricky Ross pudo haber sido un *gran* protagonista, pero no era *el* protagonista, como los sugirió Webb, en la llegada del crack a los barrios negros de Los Angeles. “La historia del génesis del crack y la evolución está llena de un repertorio de caracteres intercambiables, desde billonarios despiadados hasta comerciantes callejeros, ninguno de los cuales es central en el drama”, escribió Jesse Katz, basado en su reportería y en la de otros seis reporteros del *Times*. “Aun en el mejor día que tuvo Ricky Ross, había mucha más cocaína allá afuera de la que él podía jamás controlar”, dijo Katz citando a un detective de narcóticos de San Fernando, y luego anotó: “Cómo la epidemia de crack llegó a ese extremo, a ese nivel, no tuvo nada que ver con Ricky Ross. Antes, durante y después de su reinado, una abrumadora cantidad de otros traficantes y proveedores ayudaron a alimentar la crisis”.

Menos de dos años antes, sin embargo, el mismo Jesse Katz había escrito a Ross como un verdadero Dr. Moriarti del crack. Un artículo de Katz de diciembre 20 de 1994, *Depuesto rey del crack*, abrió con esta dramática declaración:

“Si hubo un ojo en la tormenta, si hubo un cerebro criminal tras el largo reinado de una década del crack, si hubo un delincuente capitalista más responsable por inundar las calles de Los Angeles con cocaína mercadeada masivamente, su nombre fue Freeway Rick...Rick Donell Ross hizo más que cualquier otro para democratizar el crack, elevando el volumen, cortando precios, y regando la enfermedad en una escala nunca antes concebida.

O Katz era culpable de una amplia exageración en 1994 o estaba rebajando la evidencia que tenía en 1996. Si Ross fue “clave para la dispersión del crack en L.A.”, como dijo el *Times* en 1994, entonces su proveedor clave, Blandón, tuvo por lo menos alguna parte de la responsabilidad por la “democratización” del crack que Gary Webb le adjudicaba.

La segunda entrega, escrita por McManus, se apoyó en tres asociados anónimos de Blandón y Meneses, quienes negaron que los dos habían “mandado millones” a los Contras; ellos creían que la cifra era cercana a los US\$50,000, porque los traficantes de drogas estaban llenos de deudas, y no ganancias, en los primeros años. Tal vez más importante, *Los Angeles Times*, obtuvo una declaración de Dawn García, quien editó la pieza del *Mercury News*, de que la cifra de “millones” era una extrapolación, basada en la cantidad de coca que Blandón y Meneses habían vendido entre 1981 y 1986 combinada con el testimonio de

Blandón de que todo iba para los Contras.

Pero el *Times*, como el *Post*, tomó las piezas del testimonio de Blandón ante la corte en cual limitaba sus relaciones de drogas con los Contras a un corto periodo en 1981 y 1982.

Al mismo tiempo que buscó subestimar las especificidades de "Alianza Oscura", la pieza de McManus en realidad avaló la tesis de la conexión contra/crack. A los dos traficantes de drogas nicaragüenses sobre los que había escrito Webb, el *Times* agregó dos miembros más: el primo de Meneses, Jairo Morales Meneses, y Renato Peña Cabrera. Ambos fueron arrestados por cargos de cocaína en noviembre de 1984. A diferencia de Blandón y Norvin Meneses, cuyas descripciones en la serie de Webb como funcionarios de FDN fueron cuestionadas por los críticos, Renato Peña tenía un papel verificable, ya que había servido como secretario de prensa del FDN en California.

La pieza de McManus crédulamente pintó un retrato de la CIA como una agencia consciente y respetuosa de la ley. Incluyó abundantes testimonios de prominentes funcionarios de la CIA y del Departamento de Justicia —mientras que fallaba en informar a los lectores de algunos de los escándalos en la guerra de los Contras— afirmando que la CIA nunca toleraría el tráfico de drogas o negando que había habido alguna interferencia gubernamental con los procesos contra los traficantes de drogas conectados a los Contras. Esto a pesar de la existencia de documentación contradictoria.

De hecho, los tres periódicos ignoraron evidencias de mensajes clasificados de e-mail del Consejo Nacional de Seguridad y *The New York Times* y *The Washington Post* ignoraron

evidencias halladas en los cuadernos de notas de Oliver North, que servían de apoyo a la premisa subyacente de la serie del *Mercury News* —que los funcionarios de Estados Unidos condonaban y protegían a los traficantes de drogas y de esa manera apoyaban la causa de los Contras. La pieza de *The New York Times* del 21 de octubre ni siquiera mencionó el reporte del Comité Kerry. "Hace una década, los medios nacionales hundieron la historia Contra-drogas", observó David Corn en *The Nation*. "Ahora es, ha estado ahí, ha hecho eso".

LAS REPERCUSIONES

El 23 de octubre, el Comité Selecto del Senado en Inteligencia tuvo su primera audiencia sobre la polémica desatada por las denuncias sobre los Contras y las drogas. Jack Blum, el anterior investigador principal del comité Kerry, fue el principal testigo. Blum declaró que sus investigaciones no habían encontrado ninguna evidencia en absoluto de que la comunidad afro-americana era un blanco particular de una conspiración para vender cocaína - crack o que altos funcionarios de Estados Unidos tenían una política de apoyar a los Contras a través de la venta de drogas. Pero, testificó además, "si usted pregunta si el gobierno de Estados Unidos ignoró el problema de las drogas y subvirtió la aplicación de la ley para prevenir situaciones embarazosas y para premiar a sus aliados en la guerra contra los Contras, la respuesta es sí".

Una historia difundida en *World News Tonight* (Noticias Mundiales esta noche), de ABC, sobre la audiencia, abrió con la declaración de "no evidencia" de Blum, pero excluyó cualquier referencia al resto de su

testimonio. *The New York Times* publicó una historia de AP sobre la audiencia, pero cortó las referencias al testimonio de Blum. *Los Angeles Times* cubrió la audiencia, pero falló en siquiera mencionar al principal testigo y su testimonio.

Para los creyentes en conspiraciones, ese no-cubrimiento levantó el espectro de la colaboración del gobierno y los medios para enterrar la historia de los Contras y la cocaína. Esto es exagerado. Aun así, el furor sobre "Alianza Oscura" y la respuesta de los grandes medios a ella pone sobre el tapete dramáticamente el tema del periodismo responsable e irresponsable —particularmente en una era de creciente cinismo del público tanto hacia el gobierno como hacia la prensa institucional.

Para muchos en los medios, la reportería de Webb permanece en el centro del debate sobre la responsabilidad periodística. Un veterano productor de televisión se quejó del impacto de "Alianza Oscura" en la profesión. "Esas historias han abaratado la moneda del medio". Otro reportero veterano pregunta: "¿Puede alguien dudar de que Gary Webb añadió dos más dos y resultó con 22?" En el *Washington Post*, los principales directivos encabezados por Stephen Rosenfeld, editor asistente de la página editorial, incluso rehusaron imprimir una carta al editor escrita por Jerry Ceppos, el editor ejecutivo del *Mercury News*, relacionada con la crítica del *Post* a la serie. Aunque Ceppos había reescrito la carta varias veces a pedido del *Post*, Rosenfeld la consideró como "desinformación".

En su columna del 10 de noviembre la propia ombudsman del periódico, Geneva Overholser, objetó la decisión, así como la respuesta del *Post* a la "Alianza Oscura". "Hay otra

respuesta apropiada, una más importante, y es: '¿Existe algún mérito para las preguntas muy serias que originó la serie?'

El punto de vista de Overholser resonó dentro del *Post*. "Hay mucha infelicidad", dice un editor. "Mucha frustración. ¿Por qué cogerla con el *Mercury News*? Hay un reconocimiento de que sería apropiado hacer algo distinto". Ese reconocimiento condujo a la publicación de una pieza de seguimiento titulada *CIA, Contras y drogas: preguntas que todavía permanecen*. Esta reportó que en 1984 la CIA había autorizado a un grupo Contra en Costa Rica a recibir aviones y dinero en efectivo de un prominente traficante de drogas colombiano entonces bajo acusación en Estados Unidos. Los aviones fueron usados para transportar armas a los Contras y luego drogas hacia los Estados Unidos.

Claramente, había espacio para avanzar en la historia sobre los Contras y las drogas más que simplemente denunciarla. De hecho, en el *Post*, *The New York Times*, *Los Angeles Times*, y otros importantes oráculos, el curso del periodismo responsable pudo haber tomado diversos caminos, entre ellos: un tratamiento histórico del contrabando de drogas durante las operaciones encubiertas de la CIA en Indochina, Afganistán y América Central; una investigación sobre la supuesta obstrucción, por el Departamento de Justicia y la CIA, de la investigación del Comité Kerry a finales de los años 80; una evaluación de la mendaz insistencia de Oliver

North, después de que la serie del *Mercury News* fue publicada, de que "ningún funcionario del gobierno de Estados Unidos" jamás "toleraría" el tráfico de drogas como parte de la guerra de los Contras; y un seguimiento sobre varias de las pistas intrigantes en "Alianza Oscura". "La gran pregunta está todavía colgando allá afuera", dijo uno de los reporteros de *Los Angeles Times*, quien no estuvo de acuerdo con la decisión de los editores de simplemente enlodar "Alianza Oscura". "¿Qué sabía el gobierno y cuando lo sabía? Esta historia no está ni mucho menos acabada".

Con seguridad, la serie "Alianza Oscura" fue una pieza de reportería sobreescrita y con fuentes problemáticas. Repetidamente prometió evidencias que, en una lectura atenta, no entregó. Al hacerlo, el *Mercury News* tiene parte de la responsabilidad por el furor, a veces distorsionado, que las historias generan en el público. (Un trabajo de edición riguroso podría haberle evitado al *Mercury News* tal responsabilidad y todavía resultar en una importante revelación). "Webb ha convencido a miles de personas de sus afirmaciones que todavía no son ciertas ni apoyadas", dice McManus. "Esto poluciona el debate público".

Aún así, el *Mercury News* fue el único responsable de estimular este debate. Este periódico regional logró algo que ni *Los Angeles Times*, ni *The Washington Post*, ni *The New York Times* habían estado dispuestos a hacer: retomar una historia significativa que había sido inexplicablemente

abandonada por los grandes periódicos, hallar una nueva dimensión en ella y por consiguiente ponerla de regreso en la agenda nacional, donde pertenece. "Hemos sacado a la luz una historia de diez años que claramente es de gran interés para el público americano", podría reclamar correctamente Ceppos.

La negligencia no reconocida de la gran prensa hizo eso posible. De hecho, si los periódicos más importantes hubieran dedicado la misma energía y la misma tinta a investigar el escándalo de drogas de los Contras en los años ochenta como lo hicieron para atacar la historia del *Mercury News* en 1996, Gary Webb probablemente nunca habría tenido su primicia.

Y habiéndose revelado a sí misma como incapaz de seguir las pistas y poner la historia a descansar, la prensa enfrenta un desafío en el asunto de los Contras y la cocaína no muy diferente al del gobierno: restaurar su credibilidad frente a la desconfianza del público sobre la percepción de su papel en el manejo de estos asuntos. "Una de las responsabilidades principales de la prensa está en proteger a la gente de los excesos del gobierno," señaló Overholser. "El *Post* (y otros medios) mostraron más energía en proteger a la CIA de los excesos periodísticos" [que en averiguar la verdad]. La gran prensa declinó su deber más grande: por lo tanto carga con el fardo más pesado.

Ximénez: tragicomedia de un reportero

ANDRÉS VERGARA AGUIRRE

"La vida es triste, la vida es una composición de absurdos".

José Joaquín Jiménez

Ximénez llegó a Barrancabermeja en vísperas de la huelga petrolera de 1935. Primero, ni las atenciones de los empresarios y de los políticos, ni los coqueteos de los agitadores lo hicieron tomar partido. Observó, escribió y envió sus artículos a El Tiempo. Después, ni las amenazas de unos y otros lo hicieron retractarse. "Soy un reportero y cuento lo que veo, nada más" dijo. Ni en las indagatorias ante el inspector, ni ante los huelguistas, se amedrentó. Los poderosos intrigaron para que lo destituyeran del periódico, los obreros lo acorralaron y lo zambulleron en el río. Entonces, todavía destilando agua, se sintió feliz porque él, que apenas iba a cumplir los veinte años, acababa de recibir el verdadero bautizo en el periodismo. La crónica en la que contó estos sucesos fue publicada seis años después en El Tiempo. Quedó como un testimonio de vocación por este oficio.

José Joaquín Jiménez (Bogotá, 1915-1946) representa un interesante fragmento del periodismo colombiano. En su obra se refleja un sentido profundamente humano y una gran pasión por este oficio. Sus crónicas y reportajes tienen una mezcla de fiesta y de tragedia, de lamento y de burla; él cultivó un

estilo que sus contemporáneos llamaron la Ximenidad.

Ximénez como periodista es demasiado subjetivo, pero su subjetivismo no está motivado sólo por ideologías o conveniencias: expresa el sentimiento sincero del periodista que busca conmover al lector, por eso en su escritura se tomó licencias que sólo le estuvieron permitidas a él, niño mimado de la prensa colombiana.

Aunque muchas veces sus crónicas están perfumadas de ficción, presentan hechos y personajes reales que conquistan la credibilidad del lector y reflejan preocupación por la estética.

En sus crónicas y reportajes muestra la constante búsqueda de nuevas técnicas unida a la gran agilidad de su pluma. En Ximénez tenemos a uno de los precursores del reportaje en Colombia que alcanzó notoriedad en las décadas del treinta y del cuarenta.

TEMPRANA VOCACIÓN

José Joaquín, de espíritu aventurero, a muy corta edad comenzó su peregrinar. Los sufrimientos tempranos, fruto de la pobreza y la orfandad, le fueron templando el alma.

En él la vocación por el periodismo se manifestó pronto porque lo llevaba en la sangre. José Joaquín Ortiz, su bisabuelo materno, fue poeta y periodista. Su padre, Rafael Jiménez Triana,

Fue uno de los mejores cronistas judiciales que ha tenido Colombia en el siglo XX. Sus crónicas y reportajes publicados en los años treinta y cuarenta tienen una mezcla de fiesta y de tragedia, de lamento y de burla. Como reportero y columnista de El Tiempo, El Espectador, Estampa y otros periódicos y revistas, José Joaquín Jiménez cultivó un estilo original que sus contemporáneos no dudaron en llamar la Ximenidad.

también fue periodista, y además, un estudioso: ingeniero, médico y abogado. Fundó la librería Concha y Michelsen, habitada sólo por clásicos.

Ximénez, voraz lector, encontró en la biblioteca paterna suficiente alimento para saciar su hambre de lectura durante su época de estudiante.

Su formación está muy marcada por siete años de estudio, en colegios religiosos. La primaria la cursó en el colegio Salesiano León XIII, y los dos años de bachillerato en el Colegio Mayor de San Bartolomé, donde estuvo becado.

La educación de sacerdotes y religiosos lo influenció profundamente; además de su actitud de hombre piadoso, se siente un alto grado de moralismo en su obra.

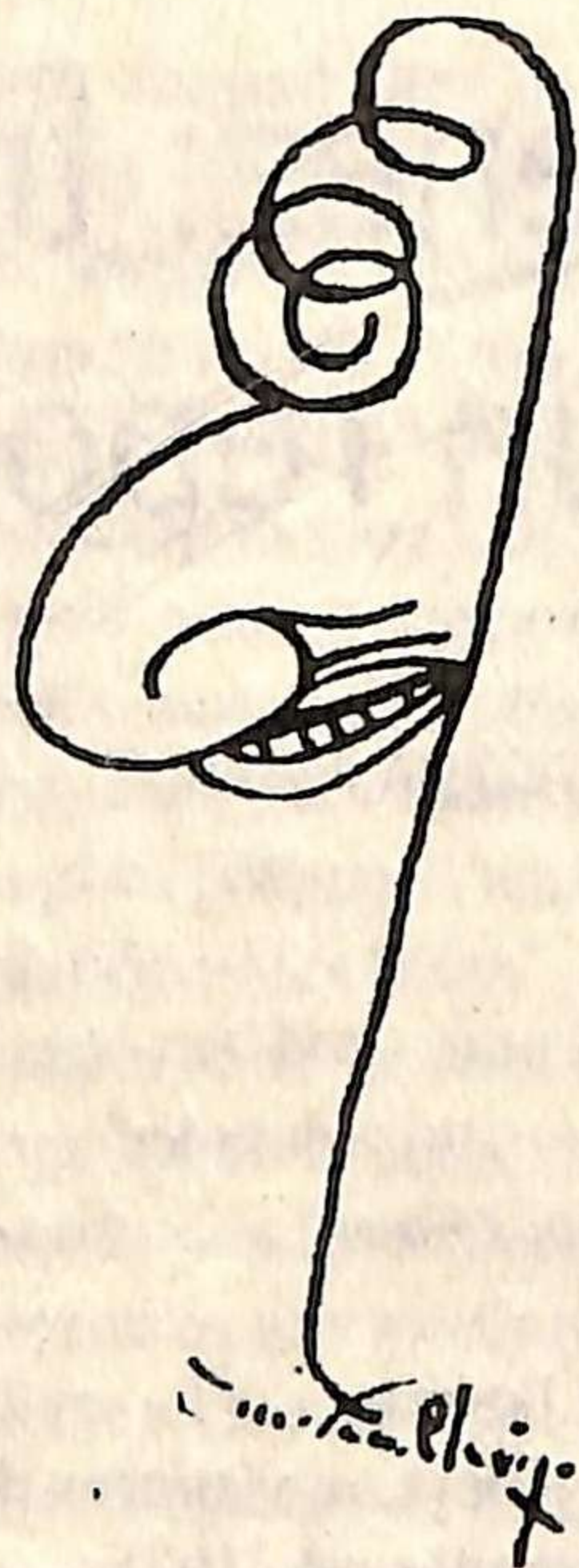
A los 13 años abandonó el colegio, acosado por las urgencias económicas de su familia y por su sed de aventuras.

NIÑO PERIODISTA

Tenía trece años, un cuerpo muy largo para su edad, y ya en su actitud asomaba el vagabundo, cuando comenzó a trabajar como quitapliegos en la Imprenta Nacional.

Las labores se iniciaban a las siete de la mañana, pero José Joaquín muchas veces llegaba tarde, pues se distraía en el almacén de Pedro S. Rey, en la Plaza de Bolívar, mirando por la vitrina los juguetes con los que soñaba.

Al llegar a la imprenta, el encargado de controlar los horarios le enseñaba, con malicia, su cuadernillo, donde nunca anotaba la falta, y Ximénez le respondía con su sonrisa amplia, transparente, esa sonrisa que fue casi permanente en él, y que era como el epílogo de una tragicomedia.



Encaramado sobre la tarima de la vieja prensa de cilindro, acomodaba los pliegos impresos para que no se repisaran. Pero muchas veces se ensimismaba y cuando se daba cuenta ya había cuatro o cinco pliegos repisados y sucios.

Con el sueldo de los primeros diez días trabajados (\$ 6.66) compró una escopeta de juguete en el almacén de Pedro S. Rey.

Llevaba cinco meses en la imprenta cuando fue despedido porque, en una actitud de niño ingenuo y soñador, se robaba los tipos con el anhelo de formar una pequeña imprenta en la casa para editar sus propios versos.

Después tuvo otros empleos, durante breves períodos: ayudante de carpintería, secretario de un congresista... En una ocasión intentó hacer vida de comerciante: alquiló dos mulas, las cargó con cachivaches y se fue con la intención de venderlos en los Llanos Orientales. Pero el calor del sol, durante largas jornadas, deterioró la mercancía.

Regresó a casa sin sentir el peso del fracaso; había perdido su pequeño capital, pero conocer tierras nuevas había despertado al trotamundos que siempre habitó en él.

Entonces ya no pudo quedarse en casa; quería viajar, conocer, vagabundear. Con esa curiosidad que siempre lo empujó a meter su enorme nariz en todas partes, se fue a Barranquilla, y de allí partió hacia Ponedora, una pequeña población del Atlántico en la que ejerció el cargo de Agente de Rentas.

Al regresar a Bogotá estuvo dedicado a la lectura durante algún tiempo, pero pronto volvió a partir; emprendió el camino a Cartagena, por tierra, y allí se embarcó en un bote hasta San Andrés, donde un amigo de la familia le ofreció el cargo de Secretario de Intendencia. El desempeño del nuevo empleo no le impidió hacer vida de marino y de bohemio prematuro. Ese período lo marcó hondamente y el resto de su vida fue una larga evocación de aquellos días.

En San Andrés conoció a Nella Jay Pang, su primera novia. Era hija de un inmigrante chino y tenía catorce años. Ximénez nunca pudo olvidarla; en muchos de sus relatos evocativos aparece la muchacha que un día se fue por el mar en busca del Oriente y nunca regresó.

Durante su estancia en San Andrés José Joaquín dio rienda suelta a su espíritu rebelde y aventurero. Quizás desde entonces conservó esa actitud festiva y parrandera que lo caracterizó.

De la isla regresó a los 16 años de edad, con el alma cargada de nostalgias prematuras y la cabeza poblada de sueños. De inmediato se vinculó al periódico El Tiempo, donde transcurrió casi toda su carrera periodística.

A finales de 1932 llegó al periódico a cumplir con la tarea de recibir y clasificar la información telegráfica. Pronto comenzaron a aparecer sus columnas, sin firma, que a veces tenían visos de crónica. Meses

después de publicado su primer artículo lo encargaron de la crónica judicial del periódico.

Fue así como a sus 16 años ese muchacho flaco y de sonrisa infantil ingresó al mundo de los adultos. Al comienzo mostró una candidez propia de adolescente en su modo de redactar los sucesos diarios. Sin disimulo, sin ningún recato, expresó su interés en las noticias graves, succulentas, sangrientas; fue un sensacionalista.

No buscó la noticias escuetas, económicas en palabras, sino que las adornó, y a veces las prologó con sus reflexiones:

"La espuela de la neurastenia se hinca en la carne desnuda de la ciudad cuando la lluvia y el frío insistentes decoran el ambiente. El día de ayer no se dio la mano con el cronista, fue un día embriagador de sombras y lleno de murria".

Ximénez fue un cronista moralista, a veces burlón, y casi siempre juez. Se rió de los protagonistas de la noticia, y en ocasiones hasta los regañó. También se enojó con los delincuentes cuando no le facilitaron buen material para su Crónica de Sucesos:

"La noche de ayer, toda ella, sí que fue un caso de policía. Un rotundo caso de policía, pero no picaresco y atractivo sino neurasténico, horriblemente neurasténico. Ni llovió ni hizo luna. Ni frío ni calor. Una atmósfera híbrida de patriarcal aburrimiento lo cubría todo. Los señores maleantes, en víspera de Corpus y otros acontecimientos de importancia, resolvieron hacerse los santurriones, hacerse los buenos,

edificar con su paz y sosiego, para que los ilustres personajes que nos visitan no se vayan a llevar de esta

pobre ciudad nuestra, ni el más insignificante recuerdo desagradable.

Está muy bien para ellos, pero no para nosotros, señor lector, que tendremos que disponernos fatalmente a dar lata, con dos o tres casitos minúsculos, que fueron los únicos que ayer se registraron".

Ximénez escribía unas noticias pintorescas, burlonas, llenas de gracia y colorido. Algunas las redactaba en rima, poniendo al servicio de la crónica judicial su gran capacidad para versificar. También usaba la picardía, la insinuación, que ponía a volar la imaginación del lector:

"Doña Rufina Escobar, mujer de partes hermosas, de muy donairoso andar y dotada de otras cosas de las cuales no hay que hablar..."

Esta misma noticia, más adelante, muestra a un periodista subjetivo, sin limitaciones en la técnica para buscar formas de presentar la noticia. Aquí entra a la conciencia de los personajes:

"Doña Rufina pensaba... ¿Por qué no iba a pensar doña Rufina? Pensaba, decimos, en algunos asuntillos que la traen y la llevan presa en cárceles de amor, y veía cómo la vida le pasaba por el frente, como resultado de los efectos de algunas dosis de licor que en grata compañía había ingerido.

Decimos que doña Rufina pensaba. Y agregamos que Antonio Luis Lince, hombre que tiene ojos de ídem, antiguo enamorado de doña Rufina, vióla allí, adivinóle su pensamiento e hirióla. ¡Hola! preguntará usted lector amable. Pues sí, hirióla de gravísima puñalada en el flanco derecho, de cuyas resultas doña Rufina hubo de ser hospitalizada..."

RASCAMUELAS

A comienzos de 1935 Bogotá estuvo muy pacífica. Hubo escasez de robos, riñas y asesinatos. Ximénez se aburría ante la ausencia de noticias sensacionales para sus lectores.

En marzo de ese año surgió Rascamuelas, un ladrón hábil, comandante de una gran banda. Entonces comenzó la racha de robos. El Tiempo diariamente informaba de asaltos, a veces simultáneos, ocurridos en diferentes lugares de la ciudad.

Con el paso de los días Rascamuelas se hizo famoso. La gente sentía gran curiosidad por la identidad del ladrón. Lo único que conocían de él era la descripción dada por el cronista:

"Alto de cuerpo, calentano de condición, vestía de blanco y usaba sobretodo negro, sobre todo por las noches, en que sentía frío, e iba armado de pistola, puñal y manopla..."

El interés de los lectores aumentaba y muchos ciudadanos, quizá sugestionados, tal vez con ganas de protagonismo, denunciaban delitos cometidos por el peligroso criminal. Ya casi todos los robos que sucedían en Bogotá eran atribuidos a Rascamuelas.

El General De León, prefecto de la policía, estaba desesperado. Organizaba redadas en las noches, atrapaba otros delincuentes, pero el gran ladrón no caía. Y al día siguiente, al buscar en la crónica de sucesos, encontraba noticias como esta:

"Un cuantioso y audaz robo fue perpetrado ayer tarde, por individuos pertenecientes a la famosísima banda de Rascamuelas, jefe de apaches y espejo de rateros que, a pesar de todas las gestiones de la policía, no ha sido capturado".

Finalmente, quizás compadecido por la desesperación del general, Ximénez decidió confesarle la verdad: Rascamuelas era obra suya, había salido de su imaginación para auxiliarlo en su labor periodística ante la escasez de noticias. Ignoramos cómo reaccionó el general De León.

RODRIGO DE ARCE

Ximénez, a sus 18 años, lleno de rebeldía y sediento de aventuras, no quería repetir. Siempre estaba en busca de la innovación.

En aquella época los suicidios eran muy comunes. Una de las formas de suicidio preferida por los bogotanos era la caída libre al Salto del Tequendama. Un suicidio ya no era novedoso, mucho menos los del Salto. Ximénez quería brindar algo nuevo a sus lectores, por eso le dio una novedad al cubrimiento periodístico de los suicidios.

Una mañana fue hasta el Salto del Tequendama a cubrir la noticia de un suicidio. Allí había una piedra conocida como la Piedra de los Suicidas porque desde ella se lanzaba la mayoría. Muchos, como en un rito, se quitaban el saco o el abrigo y lo dejaban sobre la piedra.

Esa mañana, José Joaquín escribió un poema y lo guardó en el bolsillo del saco que había sobre la Piedra de los Suicidas. Ese fue el nacimiento de don Rodrigo de Arce. Desde entonces, muchos de los suicidas del Salto aparecieron con baladas firmadas por el misterioso poeta. Eran unos versos llenos de disparates.

¿Quién era don Rodrigo de Arce? Los lectores de El Tiempo sólo sabían que la mayoría de los suicidas dejaba versos manuscritos, autoría del mencionado vate. Después

fueron apareciendo algunos datos sobre el ficticio personaje.

Las baladas escritas por Rodrigo de Arce, heterónimo de Ximénez, se basaban en la historia del suicida. Si era pobre, la balada era un lamento ante la pobreza; si tenía novia, o estaba enamorado, era un canto de despecho:

Suicidio Espectacular. Un desconocido se dio un balazo y luego se arrojó al Tequendama. A la 1:30 de la tarde de ayer se



registró en el Salto del Tequendama un doble y espectacular suicidio, que fue presenciado por los señores Enrique Micolta, Marino Caicedo y Camilo Caicedo, quienes ayer concurren a la catarata en calidad de turistas.

(...)

Sobre la famosa piedra que está situada a la margen izquierda del Salto, halló el policial un libretín de apuntes, que contenía varias rogativas a los santos y además los siguientes versos, copiados a máquina en una hoja de exfoliador, que según parece, son parte de la producción de don Rodrigo de Arce. Dicen así los versos:

Balada de Odiosas Perras

En el silencio que me cubre
cuatrocientas perras sarnosas
aúllan, maúllan y gimen
desaforadas y aparatosas.
Cuatrocientas perras fatídicas,
horripilantes, fantasmagóricas.
Rebaño infernal y famélico,
apetito saciado de sobras.
Cuatrocientas perras macabras
como cabras saltan rabiosas.
Sus 1600 patas mueven
en pantomimas estrambóticas.
Cuatrocientas perras hambreadas
van vapulando con sus colas,
cocolas peladas y apáticas
—látigos del diablo— la
atmósfera.
En sus pelambres 10.000 pulgas
excomulgadas danzan locas
y la negra sangre les chupan.
La podre líquida succionan.
¡Ay! cuatrocientas perras tísicas!
Cuatrocientas perras de mofa
25.000.000 de pelos,
800 pupilas de sombras.
Hueso soy yo, tímido hueso
esqueleto de mi memoria.
¡Nadie me libra! ¡Que perezco!
Cuatrocientas perras me acosan.
Rodrigo de Arce

Estas baladas trascendieron las fronteras de Colombia y fueron reproducidas en diarios de Argentina, México, y otros países de América. Eso de que en Bogotá hubiera un poeta especialista en suicidas era un caso muy curioso para los periodistas extranjeros que lo destacaban como una novedad. En Colombia también despertaba mucho interés. Así jugaba Ximénez con la curiosidad de sus lectores. Así le quitaba solemnidad a la muerte.

Las directivas de El Tiempo conocían el verdadero origen de Rodrigo de Arce y de Rascamuelas. Pero Ximénez era un cronista fuera de serie, y por eso casi todo le estaba permitido.

Los colegas de Ximénez también conocían la identidad del poeta de los suicidas, por eso cuando algún lector los interrogaba al respecto, ellos esbozaban una sonrisa maliciosa y se hacían cómplices de la Ximenidad.

Rodrigo de Arce también fue prolífico; en el semanario Sábado escribió sus baladas cacofónicas, sus peligrosas recetas de cocina, la popular sección de encuestas y su Teatro en Verso, entre 1943 y 1946. También escribió, desde 1944 y hasta su muerte, la columna Buenas tardes, en El Espectador. Y fue protagonista de varios relatos en los que se desempeñó como detective.

Rodrigo de Arce, bufón sin corte, vivía dentro de Ximénez, era la parte cómica de este cronista que vertió su mitad trágica en las crónicas sobre la ciudad, donde la risa se transformaba en una mueca de horror.

REVISTA DE LA CIUDAD

En esta sección, que apareció por primera vez en 1934 y que al comienzo firmó con el seudónimo de Stance, quedó guardada la mejor parte de todo lo producido por Ximénez en su vertiginosa y prolífica carrera de periodista.

Aquí muestra la tragedia de los campesinos que dejan la tierra para ir a la urbe que los enreda y los transforma: a muchos los convierte en timadores, rateros, pordioseros. A las mujeres les roba el color rosa de sus "mofletes" que es reemplazado por pinturas baratas, y luego las lanza a las cocinas, los bares, o al barrio donde, como diría Ximénez, la risa escandalosa, la mirada lasciva y la puñalada traicionera son parte constante del decorado.

José Joaquín escribió sus mejores crónicas y entrevistas de personalidad entre 1934 y 1939, y

es lamentable que haya sacrificado gran parte de su Ximénez narrador para dedicarse a sus comentarios, donde nunca alcanzó la calidad que había logrado como cronista.

En Revista de la Ciudad aparecieron muchas entrevistas de personalidad y algunos textos que ya mostraban el embrión del reportaje.

Entre 1934 y 1939, José Joaquín produjo crónicas prodigiosas que durante muchos años han estado sepultadas en páginas amarillentas, en tomos que se pueden comparar con otras milenarias.

Después de su muerte, la Biblioteca Popular de Cultura publicó una antología de sus crónicas, pero el libro casi ha desaparecido.

Homero, Cervantes, Azorín, Dostoyewski, los naturalistas, los románticos.. son muchas las influencias que se notan en Ximénez, quien se muestra modernista en su manera de darle flexibilidad al castellano, y clásico en el uso de términos arcaicos y en el lenguaje pulcro, castizo. Algunos de sus artículos parecen una parodia a Cervantes.

Seguramente en algo lo influenció José Antonio Osorio Lizarazo, quien también dedicó muchas de sus páginas a los pobres y a la clase media. No pudo ser simple coincidencia; José Joaquín siempre quiso emular a quienes consideraba los mejores.

En un artículo publicado el 8 de febrero de 1946, en El Tiempo, con motivo de su muerte, se dice acertadamente:

"...podía admirarse la elasticidad y gracia de su prosa, de fuertes raíces clásicas, alimentadas por la lectura de los maestros del idioma. En ese estilo, sin embargo, había siempre una novedad espontánea, que nada tenía de hechizo ni artificial. La

poesía, el amor, el humor, lo iluminaban con sus diversos y cambiantes matices y le daban una singular riqueza expresiva".

Ximénez no se limita en la técnica. Prueba diferentes ángulos de narración, variadas maneras de presentar el tema o el personaje, y busca siempre caminos nuevos. En ocasiones es demasiado subjetivo, otras veces permanece como observador pasivo.

Generalmente no encumbra al personaje, por el contrario, a veces lo caricaturiza, de modo sincero y desprevenido:

"Tiene cara de momia. Todo en él es arrugado, díscolo, único, personalísimo. En los ojos mongólicos le brilla la tremenda astucia racial..."

Ximénez tiene una enorme capacidad para transmitirle al lector lo que percibe de los lugares o los personajes. En la crónica sobre el anciano de un asilo, por ejemplo, escribe:

"Estas manos tiemblan en el aire y escarban las sombras. Sólo las pupilas, profundas, escondidas más allá de lo posible, indican vida. (...) Cuatro proyectos de lágrimas, trabajosamente, le caminan por las arrugas de las mejillas".

En 1941, en la revista Cromos, apareció por entregas El Misterioso Caso de Hermann Winter, una corta novela policiaca protagonizada por el detective y poeta Rodrigo de Arce. Aunque no es muy buena, es una de las pocas novelas policiacas colombianas, quizá la primera.

COLUMNISTA

Cuando Ximénez descolló como cronista sus comentarios pasaron a un segundo plano; los

escribió con menos frecuencia. Pero en 1939, sus crónicas comenzaron a perder calidad y frecuencia porque se dedicó a su nueva columna de opinión, bautizada con el nombre de Babel del Día.

De 1943 a 1946 esa columna apareció casi todos los días. Pero aunque fue un comentarista precoz, desafortunadamente no maduró mucho con el paso de los años.

En su primera época escribió comentarios en tono más serio; después se hizo escurridizo, fugaz en lo racional, burlón, irreverente, hasta terminar delirante, con la rematada locura de don Rodrigo de Arce.

Su Babel del Día es consistente sólo cuando se trata de alguna evocación, narración o semblanza; entonces surge el poeta profundo que vive a la sombra de Rodrigo de Arce.

Los comentarios de Ximénez valen más por su emotividad y por la belleza del lenguaje, aunque a veces altisonante y lírico, que por la fuerza de sus argumentos.

Algunos de sus artículos de opinión o comentarios quedan malogrados por los chistes, suicidas puñaladas asestadas por Rodrigo de Arce.

Entre Ximénez y Luis Tejada hay paralelismo: los dos tratan temas triviales, y ambos poseen una enorme capacidad para mover a la ternura y a la nostalgia. Los dos son cronistas precoces y prematuramente desaparecidos. Pero Tejada asume un constante tono serio, mesurado, mientras que Ximénez, perseguido por su duendecillo burlón y escurridizo, es más inconsistente como comentarista: a veces comienza con unas expresiones poéticas, propias del humanista atormentado ante los horrores del mundo. Pero de repente, en

la siguiente frase, aparecen las figuras locas, sin asidero en lo racional, obra del chiflado Rodrigo de Arce.

DEL REPORTAJE

José Joaquín fue un gran enamorado del periodismo. Para él, más que un oficio, era un mal que padecía con resignación:

"Cuando usted se haga periodista, reportero (y el buen Dios lo salve de infestarse de esa peste profesional..."

Del periodismo y del oficio de reportero hablaba con insistencia, y muchas veces se describía en su oficio, como en la crónica titulada El Periódico Por Dentro, donde se calificó con términos poco alentadores:

"Un cronista, un reportero vil, un escritorzuelo como yo, igualmente



estúpido e ingenuo..."

Cuando se es periodista por vocación, la vida, toda, gira en torno al oficio:

"La vida de un reportero es una estupenda aventura, un amable gozarse de la inteligencia. Las cosas se nos aparecen, de pleno, y así las gustamos, con un valor que tiene asomos de crueldad

masoquista. Todo nos es eventual, pasajero. Cuando nos damos cuenta, por razón de su cósmica grandeza, de un amor, de un dolor, de una alegría, ya se nos han ido, de las manos, los años venturosos. Más, precisamente, por esta desbaratada ansiedad y este temible afán vital, nuestra vida, aunque se empequeñezca por lo humano, resulta humildemente satisfactoria. ¿Qué importa que se nos pierda el ánimo y se nos ahogue en el silencio, el corazón, si a cada momento, a cada instante, Dios nos depara la fruta opípara de un reportaje?"

Aunque hace 50 años el reportaje todavía era confundido con la crónica, el informe, o la entrevista, Ximénez tenía mucha fe en este género. Afirmaba que "el periodismo moderno es todo reportaje".

Era un gran observador, estudiaba la técnica en su búsqueda del gran reportaje; la libreta y el lápiz le estorbaban, ¿Qué hubiera dicho de las grabadoras? José Joaquín reflexiona constantemente sobre el quehacer periodístico. En la entrevista a un académico venezolano, escribe:

"..Se tiene una idea absurda de lo que es un reportaje, aún entre los mismos reporteros, cosa solemne, aciagamente fundamental. El reportaje suele esconderse, hurtarse a sí propio. Saca todas sus defensas. Se reviste de una postura de artificio que le disfrazo la psicología. El reportero, posición extremadamente ridícula, va apuntando sus frases en el famoso cuadernillo. La presencia de las cuartillas y el lápiz constituye un obstáculo casi insalvable para la obtención de un mediano reportaje. El profesor, sin darse cuenta, asume la actitud clásica del reportaje. Yo lo

escucho. Más, a los pocos minutos, la charla del anciano se suelta, llana y sencilla. Este es el verdadero reportaje".

Caminos de Fuga

La muerte y la vejez son miedos constantes en Ximénez. Ama la muerte, la describe con ternura, pero la teme.

"Camino de fuga" es una expresión muy común en él; la usa para describir aquello que le da al hombre la opción de huir de la realidad, el dolor, las tristezas. Camino de fuga es el licor, la parranda, el amor, la muerte. Este verso lo repite en diferentes poemas, para referirse a la muerte o a la juventud:

"Eres camino de fuga que va y que nunca regresa".

Aquí contrasta juventud y vejez:

"A medida que la vida cursa ella misma nos va ofendiendo; dándonos rencores, amarguras; quitándonos ilusiones y ensueños; cancelándonos esperanzas. La juventud es una rica ropa que la vida nos arrebató. Y la vejez es la desnuda condición de uno mismo, con todas sus lacras, y tachas y verguenzas (...) A cada año que adviene se nos ajusta y endurece el corazón y la sutil substancia de la alegría se volatiliza en nuestro espíritu".

En este fragmento acepta la muerte y muestra resignación ante lo irremediable:

"Pues hemos de morir, amigos míos. Cualquier día de estos se aquietará el alocado corazón. El fuego excelso del amor fenecerá en nuestro pecho. Ni la angustia,

ni la fatiga, ni el arduo deleite del ensueño, tendrán fuerza para perturbar la eterna quietud de la sangre. Del polvo venimos, al polvo tomaremos.."

La relación de José Joaquín con la muerte deja una sensación de asombro, fascinación. En su último año se refiere a ella con insistencia, como si la presintiera.

En agosto de 1945:

"...escribe este sujeto sus notas de agosto... Va una docena... Esta es la número trece. Puede ser la última nota... En ocasiones, la vida, como tu viento, se lleva las hojas que supieron sostener el grave peso del rocío, se nos lleva las cosas que mejor queremos y a quienes más amamos... He cumplido, así, mes caro, con tu nota número trece...".

Después, en la presentación del mes de noviembre, al referirse a los muertos, insiste:

"En la memoria de cada quien prende el recuerdo de los difuntos. Se medita en la poquedad y vanidad de la vida. Se piensa en que este noviembre, ¿por qué no?, puede ser el último que Dios nos depare".

El 15 de enero, José Joaquín descendió un largo trecho del Salto del Tequendama, para escribir una crónica sobre el primer carro que se precipitó allí, un taxi con dos pasajeros. Esa fue su última crónica.

Allí, donde cayeron los suicidas sobre los que Rodrigo de Arce escribió sus baladas, había mucha humedad, según él mismo lo cuenta en esa crónica:

"Bajamos en cuatro patas, literalmente, por un húmedo,

sinistro, áspero sendero que conduce a una peña. Allí, repechando el propio borde del abismo, adelantamos las cabezas hacia el vacío. Una humedad física, helada, displaciente, nos golpeaba. El estruendo del agua, al despeñarse, casi rompía nuestros tímpanos.."

Esa humedad le causó una gripe que después se le convirtió en neumonía. Una semana antes de su muerte apareció en el periódico para dejar su última sonrisa. Tras esa salida tuvo una recaída de la que no se recuperó.

Murió el 6 de febrero de 1946, a las seis y quince de la tarde, a sus 30 años recién cumplidos.

Al día siguiente, todos los periódicos de Colombia expresaron su pesar ante la muerte del cronista, considerado por muchos como una gran promesa para las letras de este país. El presidente y sus ministros, muchos periodistas y escritores, la joven viuda, los parientes, y muchos de sus lectores, desfilaron con el cortejo fúnebre.

A José Joaquín la muerte le vino de la mano de su gran pasión, el periodismo.

Esa muerte llegó como un camino de fuga definitivo para Ximénez, víctima de un sufrimiento cósmico. Apareció la muerte como su salvadora, y llegó de la mano de una noticia.

Es como si al final de cuentas, para cerrar el círculo, el periodismo, al que dedicó su vida intensa y fugaz, lo hubiera salvado de este mundo que sufrió con un dolor tan profundo, en el que su obra queda como un testimonio de vocación por el oficio de escribir, y su historia como un cuadro tragicómico, copia fiel de su sonrisa.

La tarjeta profesional de periodismo: Q.E.P.D

Tras la estrepitosa caída de la Ley 51 de 1975 o Estatuto Profesional del Periodista, los colegas empíricos y titulados y los periodistas en ciernes, se vienen rasgando la piel a tiras, como si la Corte, travestida en Santa Inquisición, los hubiera condenado a la fogata, con todo y tarjetas profesionales.

Nada más conveniente para atizar el complejo de víctimas, que reclamar obsesivamente los derechos ciudadanos sin parar mientes a los deberes minúsculos, que en nuestra desprestigiada profesión comienzan por la expresión pulcra, la atribución correcta, el dato exacto y la interpretación de los hechos más aproximada a la verdad. Deberes que, todo sea dicho, se cumplen a medias, con medias verdades, y de ahí la conveniencia de este revolcón, para que las cosas vuelvan a quedar en su sitio, como estaban años atrás, cuando no existían las Facultades de Comunicación, pero a las generaciones silvestres de periodistas les sobraban facultades mentales y creativas para ejercer el oficio como un apostolado.

En fin, que sobre el genuino sentido del periodismo ni la Corte con todos sus poderes puede fallar, ni la Carta con su magnificencia puede garantizar que la gran mayoría de colombianos gocen del derecho a la libre expresión, cuando no gozan de la certeza de sobrevivir cada día, no pueden comprar un

periódico y carecen de criterio para reconocer la verdadera de la falsa información.

Aquí presentamos un repertorio de opiniones de las dos corrientes para que el lector saque sus propias conclusiones sobre este debate de interés nacional.

“ La ley de prensa del 75, en sus 22 años de existencia, ha demostrado de sobra su capacidad para hacerle daño al periodismo colombiano: con el pretexto de mejorarlo lo ha empobrecido y con el pretexto de defenderlo lo ha burocratizado”.

ANTONIO CABALLERO,
periodista y escritor. El
Espectador, 19 de febrero de 1998.

“ La única herramienta que tiene el Gobierno para garantizar que ese cúmulo de información sea canalizada y tratada de forma profesional es este documento. Es lo mismo que ocurre con la licencia de conducción. Así sea rey o mendigo, si quiere conducir un carro en cualquier parte del mundo se requiere la licencia[...]

La libertad de prensa en Colombia ha muerto. Estamos consternados al ver este fallo que acaba con todo. Eliminó el sigilo profesional, limita al periodista en el libre acceso a las fuentes, acaba con los derechos

Una polémica ha puesto a trastabillar este año al muy endeble Cuarto Poder, a periodistas profesionales y empíricos, a estudiantes, académicos y, en general, a todos los opinadores de oficio. La discusión se originó con la sentencia de la Corte Constitucional que declaró inexecutable la Ley 51 o Estatuto del Periodista. En Folios hemos querido registrar algunas declaraciones a favor y en contra del fallo, en un intento de ordenar un poco el caos y de ofrecer a los lectores, ya apaciguados los ánimos, apartes de este debate que, si se mira positivamente, puede servir de revulsivo a la mediocre enseñanza del periodismo y al laxo ejercicio de la profesión.

adquiridos de seguridad social y estabilidad laboral al suprimir la tarjeta y ha decretado la muerte física de las facultades”

GLORIA TAMAYO DE ECHEVERRY, presidenta del círculo de Periodistas de Bogotá. En El Espectador, 19 de febrero de 1998

“ La sentencia lo único que hace es acabar con un monopolio profesional”.

CARLOS GAVIRIA, Magistrado de la Corte Suprema de Justicia.

“ Tan poco conocida y utilizada fue la Ley 51 de 1975 y de inocua recordación que muchos periodistas no tenían ni la menor idea de lo que contenía [...]”

Cuando se aterriza la grandilocuente “libertad de expresión” a la realidad colombiana, se llega a la conclusión de que el periodismo en Colombia no es una carrera, ni una profesión, ni un oficio, ni un arte, y mucho menos un oficio, sino una suma de egocentrismo, manipulación, ignorancia, predominio de la forma y, sobre todo, una ausencia de contenido [...]”

Hay que insistir más bien en que la causa de los problemas del periodismo está en su ausencia de status. Y el status lo da, por ejemplo, la norma constitucional que garantiza la independencia del periodismo. Desarrollar conceptos como la cláusula de conciencia para proteger a los periodistas de las presiones; mejorar la situación salarial y laboral en vez de sentirse satisfechos porque la superestrella se gane 20 millones

al mes, como cualquier empresario. Construir un status que implique, como parte de la responsabilidad social de los medios, la obligación de formar a los periodistas; pero también como responsabilidad social de la universidad, dejar de producir periodistas a la orden de lo que quieran los medios”.

MARÍA TERESA HERRÁN. En El Tiempo, Lecturas Dominicales, 12 de abril de 1998

“ La garantía a toda persona de expresar y difundir libremente sus pensamientos y opiniones, y la de informar y recibir información veraz e imparcial, no puede estar condicionada al porte de una tarjeta profesional [...]”

JUAN MANUEL CHARRY URUEÑA, profesor de Teoría Constitucional. En la revista Cambio 16 del 23 de marzo de 1998

“ Lo más importante del fallo es que se salvó la libertad de expresión. Más allá de la tarjeta lo que estaba en juego era uno de los pilares básicos de la democracia y la libertad. El derecho a informar y a opinar para relacionarse con el mundo es tan fundamental para el ser humano como la respiración, el movimiento o la vida misma.”

“ Para muchos, la tarjeta se había convertido en escudo de causas innobles, o en pasaporte de privilegios indebidos, o, simplemente, en inevitable huésped dormido de la billetera, refundido entre los comprobantes del Credibanco a manera de instrumento pasivo de discriminación frente al ejercicio de un derecho fundamental del ser humano” .

JUAN LOZANO. En El Tiempo del 19 de marzo de 1998.

El reto y la importancia de las facultades de comunicación y periodismo están hoy más claros que nunca. Formalmente abierta la competencia para el ingreso a los medios con profesionales de otras disciplinas, el entrenamiento, la capacitación y el desarrollo de valores éticos que impartan las facultades han de convertirse en fortalezas diferenciadoras a la hora de la selección”.

JUAN LOZANO. En El Tiempo del 22 de marzo de 1998.

“ Lamento el fallo de la Corte. Considero que los lectores tienen un derecho adicional cual es el de que quienes nos dedicamos a este oficio pasemos por el barniz de la universidad que nos facilite o mejores las herramientas éticas y profesionales para ejercer un oficio cada día más exigente”.

OSCAR DOMINGUEZ, periodista. En El Tiempo, marzo 19 de 1998.

“ La Ley 51 de 1975 contradice la naturaleza misma del periodismo como profesión liberal y humanística, ajena a cualquier tipo de discriminación elitista, traba burocrática o restricción sindicalera. Una ley que ha contribuido a recortarle las alas a un oficio que solo debe estar regido por la vocación, la capacidad y la honestidad intelectual de quienes la asumen.”

ENRIQUE SANTOS CALDERÓN. En El Tiempo

“ El Estatuto del Periodista es una de esas cosas con la cual o sin la cual, el mundo queda tal cual. En este reino de Macondo el propio Presidente de la Corte se ha encargado de aclarar que nadie tiene que asustarse, que la sentencia no cambia nada, es decir, que el fallo tampoco sirve para nada”.

HERNANDO GÓMEZ
BUENDÍA. En El Tiempo, 24 de marzo de 1998.

“Cuánto más maduraríamos si el debate fuera alrededor del secreto profesional, de las fuentes anónimas, de las filtraciones y manipulaciones por parte de las fuentes, de la ética profesional y la calidad de los programas académicos y no si conviene una ley o una tarjeta. Dicho en pocas palabras, el problema no es de flecha sino de indio”.

RAFAEL SANTOS. En El Tiempo, 29 de marzo de 1998.

“ Es cierto que el profesionalismo de nadie lo valida un papel, y menos si el papel está expedido por una oficina pública, susceptible de maromas y de truquitos. Pero era, al menos, el comienzo de la profesionalización de un oficio que requiere vigor y rigor para su ejercicio. Pero la caída del Estatuto del Periodista es un retroceso en la búsqueda de profesionalizar la información. No porque fuera un mecanismo útil, sino porque al menos tenía en su espíritu exigir aunque fuera una mediana preparación académica”.

En REVISTA LA HOJA, 29 de marzo de 1998

“ El periodismo es una técnica, un oficio y en ese caso, es mucho mejor que un economista sepa escribir sobre economía y no que un periodista, que no sabe a ciencia cierta sobre el tema, nade en un mundo que no conoce”.

PATRICIA LARA, Directora de la revista Cambio 16. En El Tiempo, 2 de marzo de 1998.

“ La tarjeta ha sido el mecanismo con el que el Estado ha cumplido su deber constitucional de garantizarle al ciudadano su derecho a una información veraz y oportuna. El derecho a informar está subordinado al derecho a recibir información y, por tanto, es este el derecho que el Estado debe proteger sobre el derecho a informar, porque es base y fundamento de la democracia.

La información no puede quedar a merced de las intuiciones o improvisaciones de los aficionados, sino que debe entregarse en manos de los profesionales. Con la información, como con la propiedad, está pasando que su concentración es una amenaza para la democracia, y una información manejada sin técnica periodística, llegará a ser privilegio de los pocos que sepan manejarla y se mantendrá fuera del alcance de las mayorías. Poner en riesgo por falta de mecanismos apropiados, el derecho ciudadano a una buena información en nombre del sagrado derecho a opinar es incurrir a un anacronismo que deja indefensos a los lectores”

JAVIER DARÍO RESTREPO,
Defensor del
lector de El Tiempo. En El
Tiempo, 18 de marzo de 1998.

“ No se es profesional por decreto. Ese espacio laboral se gana con “trabajo bueno”, meritorio. Lo que debe decirse por tanto es que la decisión permite el tránsito de la legalidad a la legitimidad. Y eso a las facultades de comunicación debe interesarnos mucho. Por tanto queremos “leer” en la “tumbada” de la ley nuestra mejor oportunidad de ser competentes y competitivos. A partir de ahora los medios información tendrán la posibilidad de elegir entre periodistas profesionales y profesionales no periodistas. Se impone entonces la expresión mockusiana de la “meritocracia” o autoridad del conocimiento, o para ir más lejos, la propuesta Aristotélica de ciudad ideal en donde cada cual ocupe el puesto que se merece.”

LUZ GABRIELA GÓMEZ
RESTREPO, Decana Facultad
de Comunicaciones UPB.

“Sí es pertinente que se abra un gran debate sobre la educación de los periodistas. El fallo plantea nuevos retos para los medios, los gremios y las universidades. ¿Están respondiendo las facultades de comunicación a una sociedad que tiene derecho a reclamar la formación de profesionales idóneos? [...] ¿Tienen razón acaso quienes han dicho que en algunas facultades se anticiparon al fallo de la Corte pues desde hace algún tiempo empezaron a desmontar los programas de

formación periodística, tratados como cuestiones marginales dentro del mundo de la comunicación?

Salvaguardar la identidad de la carrera debe ser un objetivo prioritario, así como es indispensable fortalecer la especialización, que debe ofrecerse mediante el énfasis en áreas determinadas y la creación de posgrados para periodistas y otros profesionales”.

Editorial de EL COLOMBIANO,
22 de marzo
de 1998.

“Contrario a lo que algunos se empecinan en mostrar, el fallo no ha enterrado la carrera de periodismo sino que la ha ennoblecido al eliminar la tentación, en que ya se incurría,

de convertir la tarjeta en un efectivo vehículo para llevar la profesión a la mediocridad. El vacío, pues, a cuya existencia se apela para criticar a la Corte es inexistente, pero de llegar a presentarse, queda el Congreso como recurso para resolver los problemas que se puedan originar por esta sentencia, problemas que, contrario a lo que señalan los apocalípticos de vocación, no creemos que se vayan a presentar”.

Editorial de EL MUNDO, 23 de
marzo de 1998

“[...] Al eliminar de tajo el Estatuto, la Corte de alguna forma le quita al periodista ciertos privilegios y formas de protección que éste tenía frente a los demás ciudadanos. La

profesión, además, formalmente deja de serlo, al menos como forma de identificación. Y si se trata de entender este tema en terrenos más concretos, podría llegarse a pensar que la Corte de alguna manera ha castigado las tácticas y procedimientos de la anterior Fiscalía de filtrar expedientes lavándose las manos, al decir que el periodista había obtenido por sus propios medios dicha privilegiada información [...]

De modo que todo esto no fue más que un solemne autogol que coloca al periodista en igualdad de circunstancias frente a la Constitución, empero sin ningún tipo de prerrogativas, como antes sí las tenía [...]”.

D'ARTAGNAN, Columna
“Torre”, de El Tiempo, 22 de
marzo de 1998.

Un empleado del gobierno Samper en El Espectador

ALBERTO DONADÍO

En los velorios predomina el pesar. En el velorio de El Espectador de los Cano no hubo, sin embargo, tiempo para lamentar el ocaso de una tradición ilustre en que ese diario fue el más liberal de los grandes periódicos colombianos. Y no hubo tiempo para el pesar porque a los espectadores nos embargó otra sensación más fuerte, la del asombro. Sí, el asombro de la designación de Rodrigo Pardo como director de El Espectador. Pardo era un empleado del gobierno de Ernesto Samper Pizano, de modo que el Grupo Santo Domingo no designó a un periodista, sino a un socio del presidente de la República.

Como ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Ernesto Samper y como embajador suyo en Francia, Pardo no debía ser incluido en lista alguna de posibles directores de un gran diario. Pero como no fue un ministro cualquiera, estaba doblemente vetado. Pardo no fue uno de los ministros de la pesca milagrosa a la cual Samper se vio obligado a recurrir para llenar las vacantes del gabinete. Pardo fue miembro de primera línea de la campaña Samper Presidente en 1994. Que haya sido exonerado por la Fiscalía General de la Nación dentro del Proceso 8.000, es un hecho que tiene repercusión en la órbita

penal, pero que no excusa la responsabilidad política que le cabe y le cabrá siempre en la elección de un gobierno financiado y co-elegido por los carteles del narcotráfico.

El escenario más benévolo consiste en que Pardo no supo que la campaña en que participaba como director de comunicaciones estaba al servicio del Cartel de Cali. En gracia de discusión, se puede admitir esa hipótesis. Pero luego se supo públicamente lo que Pardo candorosamente ignoraba y él optó por refrendar con su presencia en el gabinete la financiación proveniente del Cartel de Cali. Si Pardo hubiera sido engañado por Samper y no hubiera estado de acuerdo con el ingreso de los aportes del narcotráfico, habría renunciado al gabinete. Como siguió en el gobierno, su responsabilidad política y moral en el Proceso 8.000 es similar a la de Ernesto Samper, Horacio Serpa y Fernando Botero. En contraste, el ministro de Hacienda Guillermo Perry, aunque tardíamente, optó por abandonar el gabinete y la defensa del gobierno. Pardo siguió adhiriendo pese a las incontrovertibles pruebas que se fueron conociendo desde la revelación de los narcocasetes en 1994. Siguió adhiriendo pese a la más elemental y poderosa prueba

Rodrigo Pardo, uno de los ex-ministros del pasado gobierno del presidente Ernesto Samper, ocupa ahora el mismo cargo de director que tal vez hubiera seguido ocupando Guillermo Cano Isaza si los sicarios del narcotráfico no lo hubieran asesinado frente al edificio de El Espectador. Alberto Donadío sostiene que esto no deja de ser una paradoja si se tiene en cuenta que Pardo también se benefició políticamente de los aportes del Cartel de Cali a la campaña liberal de 1994, en la cual él tomó parte al lado del ex-presidente Samper.

de la elección de Ernesto Samper con dineros del Cartel de Cali. Esa prueba consiste en que Samper nunca demostró que los 6 millones de dólares clandestinamente entrados a su campaña correspondían a otros donantes no vinculados al narcotráfico. Esa habría sido la más contundente defensa, si la campaña de Samper hubiera sido inocente de las acusaciones que se le formularon.

Al designar a Rodrigo Pardo, el Grupo Santo Domingo le dio su aval a un reo político del Proceso 8.000. Pero la mancha de Pardo no se borrará ni siquiera con el apoyo de un conglomerado económico. Su designación fue una afrenta a los lectores. Rodrigo Pardo no tiene autoridad moral para ser director de un periódico y no podrá esconder su rabo de paja sea cual fuere la orientación que le dé a El Espectador.

Por lo demás, el nombramiento de un empleado del gobierno (suponiendo que se trata no del gobierno Samper sino de otro legalmente elegido) en la dirección de un periódico constituye una regresión patética. Equivale a regresar a las épocas en que no había fronteras entre el periodismo y la política y, por el contrario, políticos y periodistas pasaban convenientemente de una actividad a la otra, por una bien aceitada puerta giratoria.

Pardo ha estado más años en cargos diplomáticos y políticos que en cualquier otro tipo de empleos. Es lógico que su manera de pensar corresponda a su hoja de vida. Es lógico que los políticos y los funcionarios oficiales estén buscando defender sus inversiones en los movimientos políticos a los cuales pertenecen y en sus propias carreras, así como el dueño de una panadería defiende sus hornos. Pero esa inversión es incompatible con la independencia del director de un periódico. Los políticos y los periodistas no pueden dormir en la misma cama. Los periodistas ejercen o deben ejercer una función de información y de fiscalización que obedece a razones distintas a las que orientan la actividad política. Y no es un asunto de ideología sino de incompatibilidad entre política y periodismo. Si como director de El Espectador hubiera sido nombrado Darío Arizmendi, de larga trayectoria en cargos periodísticos, no se podría levantar contra él el cargo de incompatibilidad. Lo mismo habría sucedido con periodistas de tiempo completo como Javier Darío Restrepo o Julio Nieto Bernal.

Ver publicados los editoriales de un empleado del gobierno en el mismo espacio en que distintos directores, todos de apellido

Cano, se pronunciaron contra presidentes liberales y conservadores desde el siglo pasado, ridiculizaron al general Rojas Pinilla, denunciaron las trapisondas de Jaime Michelsen Uribe y de su Grupo Grancolombiano y enfrentaron la máquina de escribir a las subametralladoras del narcotráfico, es una ofensa que se hace diariamente a la memoria de Fidel Cano, de Luis Cano, de Gabriel Cano y de Guillermo Cano.

La ofensa sube de punto si consideramos, como es forzoso hacerlo, que Rodrigo Pardo, socio de un gobierno en cuya elección participó el narcotráfico, es ahora el director de un diario que fue largamente asediado por las balas y las bombas del narcotráfico. Rodrigo Pardo, que políticamente se benefició de los aportes del Cartel de Cali a la campaña liberal de 1994, ocupa ahora el mismo cargo de director que tal vez hubiera seguido ocupando Guillermo Cano Isaza si los sicarios del narcotráfico no lo hubieran asesinado frente al edificio de El Espectador. El gremio de periodistas de Colombia no puede olvidar este homenaje del Grupo Santo Domingo a la memoria de Guillermo Cano.

Libros

Un taller de periodismo en seiscientas páginas

EL ESTILO DEL PERIODISTA.
Álex Grijelmo, Taurus, Madrid, 1997

La experiencia de Alex Grijelmo como redactor y editor por largos años del mejor periódico de España, El País, avala el interés de este manual de estilo periodístico que, en seis capítulos escritos con tono ameno y desenfadado, y con cientos de ejemplos tomados de la prensa ibérica, se convierte en una especie de taller de cabecera para sus lectores.

Con este copioso manual el autor nos demuestra que para meterse en los meandros del lenguaje periodístico hay que tener, primero que todo, conciencia del idioma, y luego adaptar las distintas jergas profesionales al estilo de los medios, lo que exige rigor en la expresión, manejo de las técnicas narrativas y argumentativas, dominio de los géneros y ética profesional. Como sostiene el autor, la única posibilidad de que la prensa sobreviva a la competencia de la radio y la televisión es con calidad literaria: "Antes, la aproximación al periodismo se daba desde la literatura. Ahora se hace desde el espectáculo. Los periodistas jóvenes quieren brillar y descubrir corrupciones hasta en el club de bolos del barrio".

Sin dejar de reconocer la importancia del Manual de estilo

de El País, también escrito por Grijelmo y varias veces reeditado gracias a su éxito en los países de habla hispana, esta obra ofrece una versión amplia y más personal de asuntos que ocupan la atención no sólo de periodistas y estudiantes, sino de todos los interesados en los misterios de la escritura y en los no menos misteriosos mecanismos de la información. A diferencia de los manuales de periódicos, adaptados a la línea editorial de la casa periodística, éste no tiene ataduras institucionales y transmite la visión crítica y apasionada de su autor sobre la profesión.

En "El estilo del periodista" hay una especie de declaración de principios sobre la escritura; además, un llamado para que los estudiantes y los periodistas se formen como editores, para que se especialicen en la edición de los textos propios y ajenos. En la introducción el autor se plantea esta pregunta: "¿Por qué los periodistas de ahora muestran tan poco cuidado en cuestiones fundamentales como la presentación de sus crónicas, las formas de elaborar los titulares o la estructura de un artículo?" Y a renglón seguido se responde: "Tal vez porque en España se produjo una brutal ruptura en la tradición interna de las Redacciones, que rompió la herencia apasionada del

"El lenguaje es el instrumento de la inteligencia. Nadie podría interpretar bien El Concierto de Aranjuez con una guitarra desafinada, nadie podría jugar con auténtica destreza al billar si manejase un taco defectuoso. Quien domine el lenguaje podrá acercarse mejor a sus semejantes, tendrá la oportunidad de enredarles en su mensaje, creará una realidad más apasionante incluso que la realidad misma. Pero ahora son muy pocos los periodistas que se lo proponen". Este es uno de los principales planteamientos de Alex Grijelmo, redactor y editor del diario El País, de Madrid, en su libro "El estilo del periodista", publicado recientemente por la Editorial Taurus, de España.

periodismo". Según él, la democracia liberó todas las amarras, incluidas las del lenguaje, y las nuevas generaciones comenzaron a despreciar el estilo clásico de los periodistas de la vieja guardia. A los periódicos comenzaron a llegar universitarios deseosos de comerse el mundo, sin antes digerir lentamente unas cuantas lecturas, sin dominar la herramienta del lenguaje.

"El lenguaje es el instrumento de la inteligencia. Nadie podría interpretar bien El Concierto de Aranjuez con una guitarra desafinada, nadie podría jugar con auténtica destreza al billar si manejase un taco defectuoso. Quien domine el lenguaje podrá acercarse mejor a sus semejantes, tendrá la oportunidad de enredarles en su mensaje, creará una realidad más apasionante incluso que la realidad misma. Pero ahora son muy pocos los periodistas que se lo proponen".

Como se ve, estas reflexiones de Grijelmo no están muy alejadas de nuestra realidad, donde las nuevas generaciones de periodistas prácticamente desconocen la tradición de excelentes prosistas que dieron brillo a nuestra prensa en épocas pasadas, y asumen el oficio con un descuido y una irresponsabilidad que convierten la profesión en el blanco de críticas y de burlas, como aquella frase del humorista Jaime Garzón: "Señor periodista, hágase bachiller", inspirada, qué duda cabe, en los múltiples atropellos que cometen los periodistas contra la sintaxis y contra la verdad.

Conviene, pues, tener a la mano este manual, para hacer los *mea culpa* que hagan falta, sobre todo en estos tiempos de alta tecnología, cuando el periodista asume la responsabilidad por sus textos, sin poder achacar los dislates al diablillo del computador, o a la miopía del corrector de pruebas o del editor. En estos menesteres no hay *peccata minuta*.

Valga destacar del temario el capítulo dedicado al estilo. Considera el autor rasgos propios del buen estilo la claridad, la sorpresa, el humor, la ironía, el léxico, la paradoja, el ritmo, el adjetivo, la metáfora, el sonido, el ambiente, el orden lógico y el remate. Y para ilustrar, nos trae ejemplos de esos excelentes columnistas de El País que hacen zumos del lenguaje, como Rosa Montero, Manuel Vicent, Maruja Torres, Eduardo Haro Tecglen. Y al ejemplificar el mal estilo, cae en desgracia hasta el muy escrupuloso escritor Gabriel García Márquez, quien en su último libro *Noticia de un secuestro*, incurrió en el vicio de repetir el verbo "ser", en numerosos párrafos. Mejor dicho, ni el Nobel escapó al escalpelo del periodista catalán.

Y siguiendo con las perversiones del lenguaje periodístico, no resisto las ganas de reproducir algunos de esos tópicos o lugares comunes más empleados por los periodistas, que acaban por destrozar el estilo: Cálidos aplausos/estadio lleno hasta la bandera/ interesante conferencia/ investigación exhaustiva/ el pertinaz verano o invierno/ espectáculo dantesco/ pavoroso incendio/ un equipo de lujo/ a lo

largo y ancho del planeta...En fin, que el lector puede continuar el repertorio con otros ejemplos criollos.

También es bastante aleccionador el epígrafe dedicado a los eufemismos, en sintonía con la moda del lenguaje "políticamente correcto" que nos llegó de las academias norteamericanas. Más que por afán de objetividad, es por pereza que los periodistas reproducen textualmente el lenguaje de los políticos, los militares, los economistas y los terroristas en sus informaciones, otorgando legitimidad a expresiones falaces. "Los periódicos hablan de limpieza étnica, y no de genocidio. De incursiones aéreas, y no de bombardeos (Guerra del Golfo). De impuesto revolucionario, y no de extorsión o chantaje. De ejecuciones de rehenes, y no de asesinatos. De confrontación, y no de enfrentamiento. De interrupción del embarazo, y no de aborto. De distintas sensibilidades en el partido, y no de tendencias.

Como si fuera por prescripción médica, los periodistas en ejercicio y en formación deberían leer este manual de estilo, y no tendrían que abstenerse otros lectores cercanos al mundo de las letras y de la comunicación. Si el derecho de la información está al alcance de todos los colombianos, como sentenció la Corte Constitucional en su reciente fallo, convendría ejercerlo con buena letra y ajustado criterio.

MARYLUZ VALLEJO MEJIA



CRÍTICA DE MEDIOS

La dura polémica de Silvia Galvis y Cambio:

Primera pregunta: ¿quién tiene la razón? Segunda pregunta: ¿Los periodistas censuraron a los periodistas?

REDACCIÓN DE FOLIOS

La defensa que el columnista D'Artagnan hizo en el periódico El Tiempo del ex superintendente Francisco Morris Ordóñez, cómplice del desorden financiero de finales de los 80, a propósito de un homenaje que le rindiera la Superintendencia Bancaria a varios de sus antiguos empleados al cumplir la entidad sus primeros 75 años, es una prueba de mala fe, según la columnista de Cambio, Silvia Galvis. Ella sostiene que Morris Ordóñez es uno de los principales responsables de la crisis financiera que padeció Colombia a comienzos de la década de los ochenta y que dejó en la miseria a más de 80 mil damnificados, además de obligar al gobierno del presidente Belisario Betancur a intervenir 17 instituciones financieras para impedir el derrumbe total del sistema bancario. Todo esto ocasionó una polémica que culminó con el triste retiro de la columnista. Dada la gravedad del incidente, que implicó la censura de opiniones que deberían ser libres, y debido a la intervención en este acto no de funcionarios del gobierno ni de "censores de oficio", sino de los propios editores de la revista Cambio, que son periodistas, en Folios consideramos decisiva la publicación y el análisis de algunos de los principales documentos de esta polémica.

La renuncia de Silvia Galvis a la revista Cambio en el mes de agosto de 1998 desató una polémica que seguirá resonando por mucho tiempo en nuestros medios, porque salieron perdiendo tanto los lectores de su excelente columna "De parte de los infieles" como el periodismo independiente que denuncia los abusos del poder.

Todo comenzó cuando el subdirector de Cambio, Jesús Ortiz Nieves, cometió la infidencia de transmitir por fax la columna de Silvia Galvis a D'Artagnan, el principal "afectado" supuestamente por las opiniones de la columnista, días antes de que el texto fuera publicado. Como en esta columna, titulada "Pobrecillo D'Artagnan", Galvis criticaba a Roberto Posada García-Peña por la defensa que hizo del ex-superintendente bancario Francisco Morris Ordóñez, D'Artagnan propinó a su vez sus golpes a la columnista en su siguiente columna de El Tiempo.

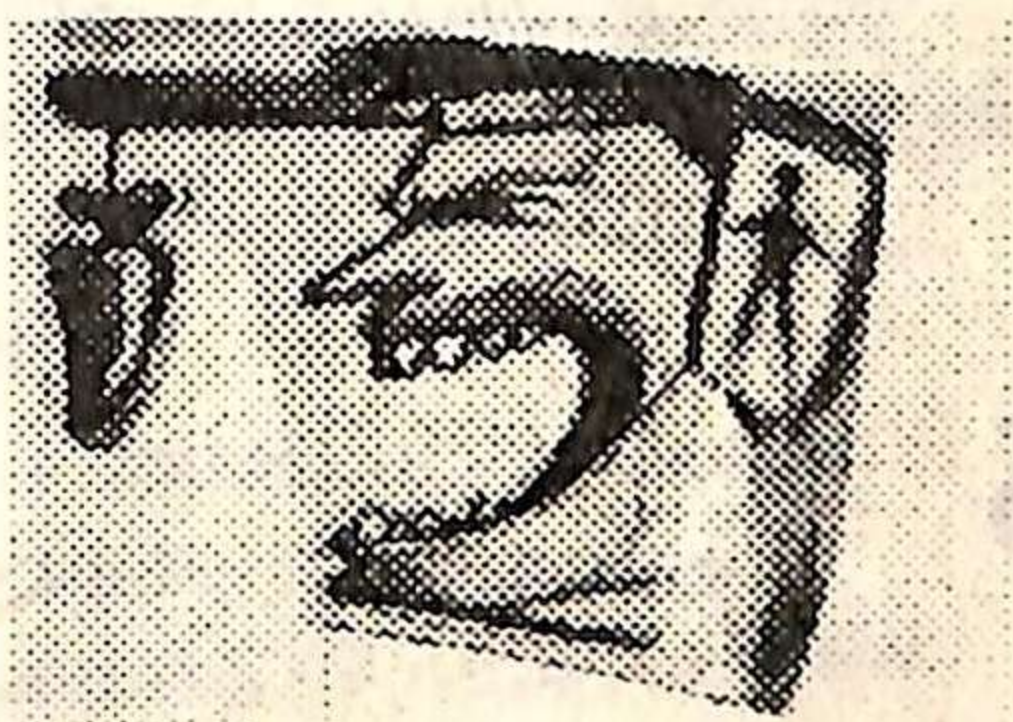
Para dirimir el conflicto, la directora de Cambio, Patricia Lara, resolvió publicar el mismo día la columna de Silvia titulada "El bobo y el saurio", en la que denuncia la infidencia antiética de Ortiz Nieves, y la columna de

respuesta del mismo subdirector Ortiz Nieves, quien aclara que su intención no fue para nada subrepticia. Lo grave y lamentable es que la directora haya encontrado como solución salomónica un procedimiento editorial a todas luces nefasto para la libertad de expresión: que "cuando a juicio de la dirección una columna trascienda la mera opinión y pase a hacer afirmaciones que puedan ser calumniosas o injuriosas, la dirección se comunicará con el periodista para verificar los fundamentos de su afirmación. Si la dirección encuentra que carece de ellos y el columnista insiste en publicar su escrito, la dirección le enviará su columna al afectado para que pueda, si así lo desea, responder en la misma edición de Cambio en la que circulará el ataque".

Folios, preocupado por los alcances de esta decisión, publica la columna que originó el debate y la última carta que Silvia Galvis envió a la directora, y que no fue publicada en esa revista, ni en ningún otro medio escrito de circulación nacional.

La columna dice así:

(Ver página siguiente.)



SILVIA GALVIS
Cambio No. 268
Agosto 3 de 1998

Pobrecillo D'Artagnan

Pobrecillo D'Artagnan: está apeestado, y no de la peste macondiana del olvido, sino de la plaga espantosa de la mala fe, que mala fe — indecible mala fe— es su defensa de Francisco Morris Ordóñez, que fuera Superintendente bancario durante el reinado venal del doctor Turbay Ayala. "...En ese entonces, Pacho Morris fue estigmatizado, bajo la acusación de que había sido blando cuando no "cómplice" frente a algunas actuaciones del Grupo Grancolombiano" afirma —que no recuerda— el pobrecillo. Y agrega con letras de mala intención: "Absuelto por las autoridades competentes de todas esas acusaciones... y resarcido en su honra y en su integridad moral... Morris Ordóñez fue uno de los personajes no sólo condecorados sino más aplaudidos, con ocasión de los 75 años de la Superbancaria."

Pues, sí, que los condecoren y los aplaudan, y hasta los premien a los tres: a la señora Chiappe, que invitó a Morris a la celebración; y a Morris, el emblema de la crisis financiera del 82, y al apeestado D'Artagnan, que ni aplausos ni condecoraciones cambiarán la memoria nacional ni la historia financiera del país, pues para los que saben y se acuerdan de Morris Ordóñez, con o sin Chiappe, con o sin D'Artagnan, fue, es y seguirá siendo el superintendente bancario turbayista, irremediamente recordado por su brillantísimo desempeño en el campo de lo ilícito.

Pues, sí, que lo condecoren, que eso no borra el hecho comprobado de que fue gracias a la complicidad de Morris como se gestó el caos financiero que le estalló a Belisario Betancur en vísperas de posesionarse el 7 de agosto de 1982.

Entonces, el nuevo Superintendente, Germán Botero de los Ríos, intervino, con carácter urgente, la friolera de 17 instituciones bancarias y corporaciones financieras, sin hablar del Grupo Grancolombiano, que merece capítulo aparte.

Dicho en otras palabras, el doctor Botero de los Ríos entró a poner orden en el desorden de Morris y a apagar el fuego ilícito que dejó propagar el amigo de D'Artagnan y el condecorado de la señora Chiappe. (Que algún peso debe cargar en la conciencia desde que el columnista ya se precipitó a defenderla: "Estoy seguro de que en poco tiempo su transparencia ética saldrá a relucir, cuando se demuestre... etc").

Autopréstamos, falsificaciones, y trampas ocurrieron, pero el Superintendente no quiso ver porque los cuatro años de Turbay, Morris se la pasó turbayando y quien dice turbayando dice haciéndose el turco mientras más de 80.000 colombianos se convertían en infelices damnificados.

A no ser porque era amigo de Julio César Turbay Jr., nadie sabe qué méritos exhibía Morris para llegar directamente a superintendente bancario, cargo que tiene rango de ministerio. Y allí se quedó el cuatrienio entero turbayando,

ciego y sordo, mientras en el Banco Nacional, en el Banco del Estado y en el Banco de Colombia hacían de las suyas Félix Correa Maya, Jaime Mosquera Castro, Jaime Michelsen Uribe y otros presos que mejor no nombro no sea que a D'Artagnan le de por ponérmolos de ejemplo y a la señora Chiappe por condecorarlos. Que eso de invitar a Morris ya fue una ofensa inmensa contra Botero de los Ríos, ese sí funcionario probo y severo, a quien el país le debe el saneamiento del sector financiero y el castigo de los banqueros tramposos.

Es, entonces, urgente curarlo de los ataques de peste del olvido, de los embates de la plaga de la mala fe que debe estar sufriendo el pobrecillo, no sea que en una de estas le dé por desacreditar, digamos, a Alfonso López Pumarejo, y en cambio escribirle loas a León María Lozano, alias el Cóndor, o ensombrecer la memoria de don Roberto García Peña y restablecer la honra de Alberto Giraldo como modelo de periodistas, que es tanto el disparate que la plaga de la mala fe le hace decir, que si lo dejan seguir con esta contumacia desafortada va a ocurrir que la Corte Suprema va a llamarlo bajo el mismo cargo de los no prevaricadores de la absolución presidencial, que absolvieron cuando ahí estaban las pruebas para condenar.



Patricia Lara.

FOTO CAMBIO

La respuesta de Silvia Galvis

Agosto 17 de 1998

Señora
Patricia Lara
Directora
Cambio
Bogotá

Señora Directora:

Una evolución esquizofrénica ha tenido la protesta que presenté contra el subdirector de Cambio por la filtración de una columna mía a D'Artagnan.

De un lado, Cambio reconoce que "fue un error enviarle la columna de Galvis a D'Artagnan antes de su publicación", como se lee en la página 6 de la edición del 17 de agosto, aunque, a renglón seguido afirma que el subdirector no obró de mala fe. En cambio, yo sí terminé calificada de calumniadora e injuriadora. En efecto, a raíz de mi columna, Cambio adoptó una norma según la cual cuando una columna contenga afirmaciones "que puedan ser calumniosas o injuriosas, la dirección se comunicará con el columnista para verificar los fundamentos de su afirmación. Si la dirección encuentra que carece de ellos y el columnista insiste en publicar su escrito, la dirección le informará que le enviará su columna al afectado para que pueda, si lo desea, responder en la misma edición de Cambio en la que circulará el ataque".

Es obvio que al adoptar esta norma con ocasión de mi columna y "para que el error no se repita", usted está afirmando que mi escrito fue injurioso y calumnioso.

Esta doble acusación es falsa; peor aún, significa que el error grave

no fue la filtración, sino la publicación de mi columna por tratarse de un texto que, según usted, era calumnioso o injurioso.

No puedo aceptar, de ninguna manera, que se me acuse de haber incurrido en injuria y calumnia porque mi columna no es ni lo uno ni lo otro y porque ambos constituyen delitos y Cambio incurriría en esos mismos delitos al acusarme falsa y abiertamente de esas conductas. Exijo, pues, una rectificación pública, inmediata y concreta en el sentido de que mi columna publicada en la edición 268 no es calumniosa ni injuriosa.

Adicionalmente, aunque ya no soy columnista de su revista, como periodista y como lectora protesto contra la norma adoptada por usted, pues constituye un atentado contra la ética y contra el derecho penal. Es una falta contra la ética periodística divulgar escritos o noticias calumniosas o injuriosas, sin importar que previamente hayan sido conocidos por los afectados.

Y también es un delito, pues la consulta al interesado y la defensa simultánea que éste haga en la misma publicación, no eximen de responsabilidad penal ni al autor del escrito ni al director del medio. Por ejemplo, sería antiético y delictuoso afirmar, sin pruebas, que un magistrado vende las sentencias. La publicación de semejante denuncia, si es infundada, constituye un delito contra la honra y el buen nombre, delito que no se purga por permitirle

El 17 de agosto, pocos días después de la publicación de la polémica columna de Silvia Galvis y de la respuesta —en la misma edición— de la crítica respuesta de Jesús Ortiz Nieves, subdirector de Cambio, se produjo un nuevo cruce de cartas. Esta vez, en una sección de la revista, publicada en la página 6, Silvia Galvis envió una carta de protesta por lo que consideró una práctica indebida de la revista. La directora Patricia Lara contestó a esta carta diciendo que en su opinión "se trataba de una desavenencia entre colaboradores a los que la revista les debía igual lealtad." En la polémica terció también el Defensor del Lector del diario El Tiempo, Javier Darío Restrepo, simplemente con un concepto verbal entregado a la directora de Cambio: no con un documento escrito.

antes de divulgarla, ni por darle la oportunidad de escribir una respuesta en la misma edición.

La dirección de Cambio, asesorada, como afirma la edición del 17 de agosto, por Javier Darío Restrepo, sienta un precedente funesto y peligroso y expone a la propia revista a demandas penales, porque la norma reconoce que en Cambio será práctica corriente y plenamente aceptada la publicación de calumnias e injurias, con la única salvedad de que el calumniado o injuriado conocerán de antemano el texto calumnioso o injurioso. Difícilmente puede haber otro caso en el mundo en que una publicación sostenga abiertamente que en sus páginas se permitirán la calumnia y la injuria siempre y cuando les sean comunicadas previamente al afectado, presumiblemente por la vía del fax. Es asombroso el desconocimiento de conceptos elementales por parte de la directora de una publicación y por parte de quien ustedes llaman "máxima autoridad colombiana en ética periodística". Hay injuria cuando

se acusa falsamente a alguien de una conducta deshonesto o indebida y hay calumnia cuando falsamente se acusa a alguien de una conducta delictiva. No existió el más leve asomo de calumnia o de injuria cuando critiqué la mala fe de D'Artagnan al falsificar la verdad histórica y asumir la defensa oprobiosa de un ex funcionario del Estado como el ex superintendente bancario Francisco Morris Ordóñez, el cual goza de merecido descrédito en el ámbito nacional y cuya gestión corrupta y corruptora contribuyó a que más de ochenta mil ahorradores sufrieran la pérdida o la congelación prolongada de sus depósitos bancarios.

Cambio y Javier Darío Restrepo confunden la calumnia y la injuria con el ejercicio recio y vehemente del periodismo. Mi columna contra D'Artagnan es muestra de una posición enérgica y clara sobre un punto de interés público.

Cumplí con el deber que tienen todos los periodistas de denunciar los extravíos, las faltas y las violaciones a la ley no solamente de los funcionarios oficiales sino también de los

propios medios de comunicación. Y constituye una grave falta contra la ética de parte de Roberto Posada (D'Artagnan) asumir la defensa de un personaje descalificado ante el tribunal de la opinión pública y descalificado también por numerosas actuaciones gubernamentales adoptadas por su sucesor y por el gobierno de Belisario Betancur en el intento de sanear el desastre financiero y las múltiples infracciones a las leyes en que incurrió la Superintendencia Bancaria en la época (1978-1982) en que Morris Ordóñez ejerció el cargo de superintendente.

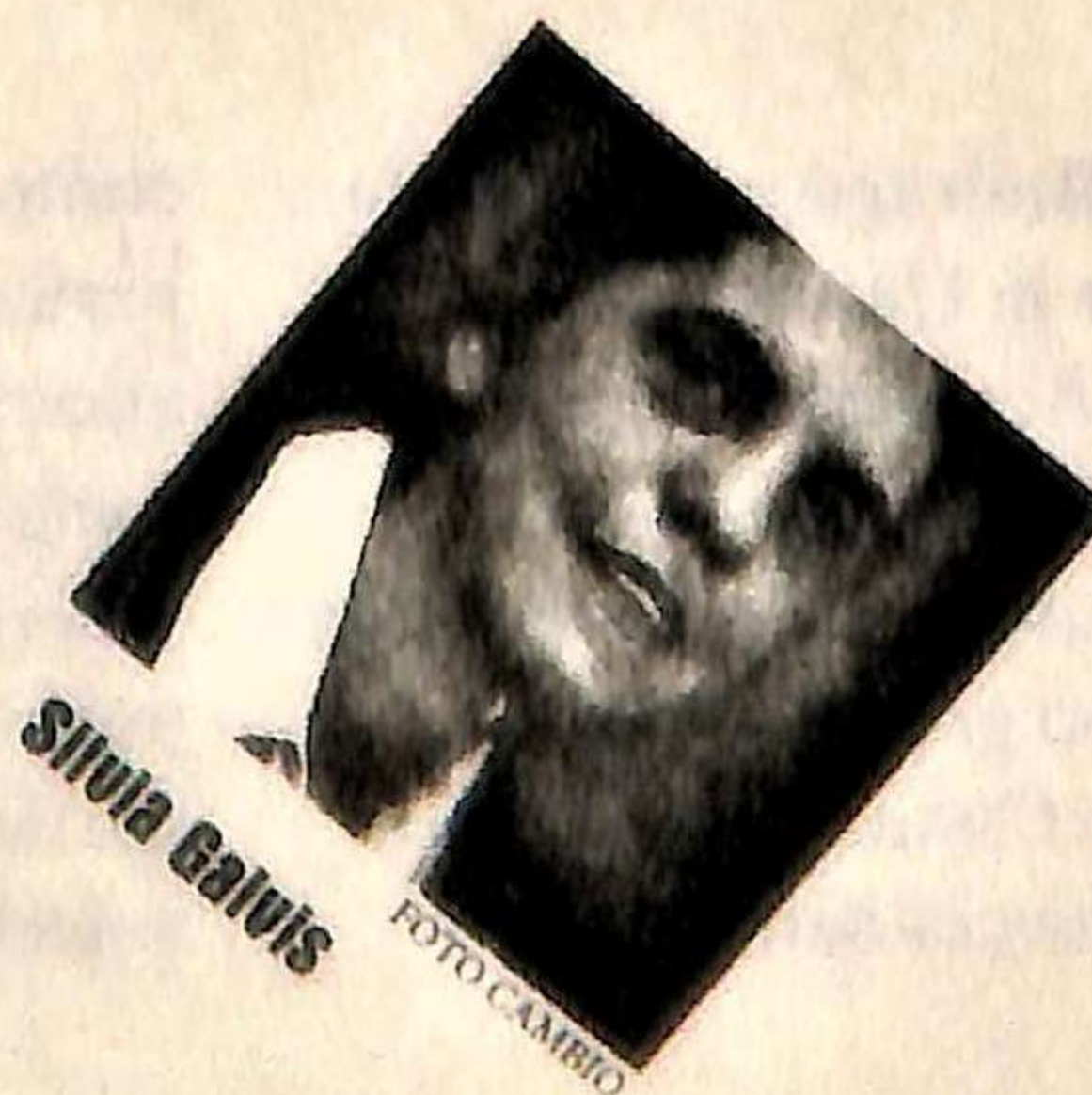
Reitero finalmente mi exigencia para que Cambio aclare inmediata y públicamente que no es injuriosa ni calumniosa mi columna publicada en su edición 268, en la cual precisé, en beneficio de los lectores, un episodio de la historia nacional que el columnista de marras pretendía falsificar.

Atentamente,

Silvia Galvis



Javier Darío Restrepo



Silvia Galvis

Colaboradores

GAY TALESE

Uno de los más notables periodistas norteamericanos de las últimas décadas. Nació en Ocean City, New Jersey, en 1932. Fue reportero del periódico *The New York Times*. Entre sus libros de reportajes más destacados están *El reino y el poder*, *Fama y oscuridad*, *Honrarás a tu padre*, *La mujer de tu prójimo* y *A los hijos*.

LUIS FELIPE ATEHORTÚA

Ha sido redactor del periódico *El Mundo*, en Medellín. Es egresado del programa de especialización en Periodismo Investigativo de la Universidad de Antioquia.

LUZ ENITH ARIAS

Trabaja como periodista en el Servicio nacional de Aprendizaje SENA. Es egresada del programa de Especialización en Periodismo Investigativo de la Universidad de Antioquia.

MARCO ANTONIO MEJÍA

Licenciado en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana. También es egresado del programa de Especialización en Periodismo Investigativo de la Universidad de Antioquia.

ARTURO GIRALDO SUÁREZ

Editor de las páginas de opinión del periódico *El Mundo*, de Medellín y egresado del programa de Especialización en Periodismo Investigativo de la Universidad de Antioquia.

MARCELA GARCÍA.

Redactora del periódico *El Colombiano*, de Medellín, y egresada de la Especialización en Periodismo Investigativo de la Universidad de Antioquia.

PETER KORNBLUH

Periodista norteamericano. Colabora ocasionalmente con la revista *Columbia Journalism Review*.

ANDRÉS VERGARA

Periodista egresado de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia.

ALBERTO DONADÍO

Es abogado y periodista. Por su trabajo de más de una década en la Unidad Investigativa del periódico *El Tiempo*, en Bogotá, y por sus libros, es considerado uno de los pioneros del periodismo investigativo en Colombia. Entre sus obras más conocidas están *Banqueros en el banquillo*, *¿Por qué cayó Jaime Michelsen?*, *Colombia nazi*, *La guerra con el Perú*, *Yo, el fiscal* y *La mente descarrilada*.

Gabriel Buitrago

Gabriel Buitrago es periodista egresado de la Universidad de Antioquia. Actualmente trabaja como fotógrafo profesional independiente y como profesor de reporterismo gráfico en la Facultad de Comunicaciones de la misma universidad. Trabajó

como reportero gráfico en el periódico *El Mundo* durante diez años y fue coautor de los libros *Imágenes* y *Fotoprensa de El Mundo* (seis volúmenes) publicados por ese periódico. Ha participado en varias exposiciones colectivas en Medellín y

haganado en siete ocasiones de premios de periodismo gráfico. Sus lentes han registrado el devenir de nuestra ciudad y de nuestra región durante los últimos veinte años.

